

Momentos Especiales

MAVERICK & SHEA

Patricia Sutherland



Contenido

Título

Dedicatoria

Sinopsis

Entrando en ambiente...

- 1

- 2

- 3

- 4

- 5

- 6

- 7

- 8

- 9

Sobre Patricia Sutherland

Notas

Momentos Especiales

“Maverick & Shea”

Extras Serie Moteros # 6

de Patricia Sutherland

Versión 2019.1

Copyright © 2019 Patricia Sutherland

Todos los derechos reservados.

Ediciones Jera

Colección Jera Romance - *Shorties*

Diseño de cubierta: Nune Martínez

JS03 Momentos Especiales - Maverick & Shea

Extras Serie Moteros # 6

Romance contemporáneo

Nivel de erotismo: ♥ ♥ ♥(Muy sensual)

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es
pura coincidencia.

Dedicado con todo mi cariño y mi agradecimiento...

A mis padres, a quienes siempre llevo en mi corazón y en mis recuerdos. Hasta que volvamos a vernos.

A mis Bollitos del grupo de Facebook y a mis seguidoras de Románticas porque son y siempre serán una fuente de inspiración para mí.

A las lectoras que eligen seguirme únicamente a través de mis libros. Aunque nunca hayamos coincidido en el mundo virtual o en el real, saber que están allí, apoyándome en la distancia, me hace inmensamente feliz.

A mis lectoras beta Laura, Verónica y Claudia. Por su labor, por su cariño, por ayudarme a hacerlo un poquito mejor cada día. Es muy difícil ser crítico y fan al mismo tiempo, y ellas, sencillamente, lo bordan.

SINOPSIS

Lo último que esperaba Shea al trasladarse a Londres tras su divorcio era que, apenas un mes después de instalarse, su corazón volviera a palpar por otro hombre al que se siente ligada de una manera que no es capaz de explicar.

Lo último que esperaba Maverick aquella mañana era conocer a la mujer de su vida allí mismo, en la barra de su propio bar.

Desde la primera vez que sus miradas se cruzaron, todo ha sucedido a velocidad de vértigo entre los dos. Sienten que se conocen profundamente a pesar de ser unos extraños, y su relación se afianza a todo gas.

Pero los flechazos solo están bien para la matiné del domingo, con palomitas y un refresco. En la vida real, generan muchas turbulencias, algo que la pareja no tarda en comprobar de primera mano...

Momentos Especiales. Maverick & Shea narra el momento de la gran decisión en la vida de la segunda pareja más votada de la serie de ficción romántica, *Los moteros del MidWay*.

Esta historia pertenece al mundo de ficción de dicha serie y, por lo tanto, la secuencia de lectura recomendada (para

conocer el inicio de la relación de esta pareja) es como sigue:

Los moteros del MidWay, 1

Los moteros del MidWay, 2

Los moteros del MidWay, 3

Momentos Especiales - Maverick & Shea

ENTRANDO EN AMBIENTE...

Como indico en la sinopsis, te recomiendo conocer la historia de esta pareja desde el principio y eso lo relaté a lo largo de las tres temporadas de *Los moteros del MidWay*.

A modo de recordatorio si has seguido mi recomendación, y para que no estés tan perdida si no lo has hecho, a continuación te dejo los sucesos inmediatamente anteriores a estos “Momentos Especiales”. Lo que estás a punto de leer forma parte de *Los moteros del MidWay*, 3.

* * * * *

Madrugada del viernes 2 de abril de 2010.
Bar The MidWay,
Hounslow, Londres.

Maverick dejó el currículo a un lado y echó un vistazo a la hora. Acababa de inaugurarse el sexto día sin Shea y la desesperación empezaba a hacer mella en él. Su tercer intento había resultado en un “ahora no puedo” y desde entonces, no había vuelto a saber de ella, lo que podía significar tanto que “seguía sin poder” como que “seguía disgustada”.

Volvió a revisar la carpeta donde guardaba la información de los candidatos. Tenía que decidirse por uno y cruzar los dedos. Después de todo, el primero que había

contratado le había parecido una joyita y había acabado echándolo a la semana. Necesitaba resolver aquel asunto de una vez; las cosas con Shea serían mucho más sencillas si él no fuera un esclavo del bar.

Shea, nena, me estás matando. ¿Por qué no me llamas?

El barman bajó las piernas que había puesto sobre la mesa y fue a la barra a por una cerveza. Se la estaba sirviendo cuando oyó que golpeaban en una de las ventanas. Su corazón palpitó al alzar la vista y comprobar de quién se trataba.

Saltó al otro lado de la barra como poseído por un ataque de energía y le indicó a Shea con un gesto que lo esperara en la puerta lateral del edificio, que daba acceso a la vivienda de Dakota y Tess.

Y cuando la tuvo frente a sí, la estrechó entre sus brazos. Le alivió comprobar que ella no se resistía.

—Gracias, nena... Me estaba volviendo loco, te lo juro... Ven, que te preparo un buen *capuccino* ¿o prefieres un *espresso*? —ofreció tomándola de la mano.

El corazón de Mav no era el único que palpitaba. Shea también se estaba volviendo loca, y desde su aparición matutina y aquella declaración colmada de sinceridad, mucho más. Llevaba desde entonces intentando infructuosamente tener diez minutos tranquilos para dedicárselos a él, pero su querido padre había concertado a sus espaldas una visita de cortesía con varios clientes y la había tenido todo el día de un extremo al otro de la ciudad. El único consuelo era que habían conseguido cerrar dos acuerdos provechosos.

—Me gustaría un *espresso*, sí, lo necesito, pero ¿todavía tienes las máquinas encendidas?

—Pide por esa boquita y no te preocupes —dijo él. Introdujo un código y la puerta que conectaba con el bar se

abrió. Él se hizo a un lado y la dejó pasar.

Y ni un solo instante de los tres segundos que ella demoró en pasar frente a él, Maverick apartó su mirada de ella. Era más que amor, más que deseo; tenía un mono insoportable de lo que sentía cuando estaban juntos.

Ella acusó recibo con una advertencia.

—Deja de mirarme así porque ya sabes que conmigo no funciona por las buenas.

Lo que venía a querer decir que se dejara de miraditas y le preparara el café, que tenían que hablar. Maverick asintió obediente.

—Vas a tener que tenerme un poco de paciencia, nena. Después de cinco días sin ti estoy bastante desesperado, por no decir desesperado del todo —le hizo un guiño que no alivió en lo más mínimo la intensidad de sus palabras. Ni el efecto que estas tuvieron sobre Shea.

Ella sacudió la cabeza. Lo miró con los ojos brillantes.

—Te lo estoy diciendo muy en serio, Maverick. A veces, tengo la sensación de que no te das cuenta de los... —hizo una pausa intentando buscar la palabra adecuada— *estragos* que provocas con las cosas que dices y la forma en que las dices. Esto no es un juego, es la vida real, y en la vida real cuando le haces daño a alguien, sangra. Con sangre de verdad.

Maverick dejó el café a medias y se encaminó hacia la mesa donde estaba Shea, derritiéndolo con sus preciosos ojos grises. Se sentó a su lado.

—No estoy jugando. Ni siquiera el día que toqué tu puerta por primera vez estaba marcándome un farol a ver si colaba. Tú eres lo más serio de mi vida, Shea. Y lamento la forma en que descubriste que no tengo la edad que pensabas, pero te voy a decir dos cosas. Y van a ser tan demoledoras

como dices. Primero, te diste cuenta de que era muy joven y de hecho, hiciste un comentario al respecto, pero no lo preguntaste directamente. ¿Por qué? Segundo, me achacas que te mentí. No lo hice, pero me pregunto si mi presunta mentira te habría parecido igual de mentirosa si en vez de ser más joven, fuera más mayor que tú. ¿Y sabes qué me respondo? Que no.

Shea se puso roja. Él seguía provocando estragos en ella. Había sido así desde el minuto cero.

—Lo que tenemos es como un sueño y da miedo. Te levantas pensando “hoy es el día que me dice “se acabó” y me convierto en otro pringado a quien el amor de su vida ha dejado en la cuneta, otro pringado igual que los demás”, pero el día te sorprende siendo más grandioso que el anterior y vuelves a venirte arriba, tan arriba que puedes ver el mundo a tus pies. Hasta que abres los ojos por la mañana y piensas que es demasiado perfecto para ser real y el miedo vuelve a llenarlo todo. Mi edad no fue más que una excusa para dejar de sentir ese miedo, Shea. Te viste recién divorciada de un capullo que quebró tu confianza en el género masculino, con tu familia camino de Londres y mi evidente juventud disparando un millón de preguntas... Y fue demasiado.

Ella respiró hondo. Tenía gracia, pensó. Se había pasado cinco días diciéndose que había sido una ingenua por haber creído que la vida intentaba compensarle el batacazo sentimental con un regalo como el hombre que la estaba desarmando con su mirada. Ahora se sentía idiota. Y terriblemente injusta.

—Necesito ese café... —le dijo con dulzura.

—Y yo necesito que confíes en mí, Shea. Sin eso, nos vamos a hacer mucho daño y vamos a sangrar. Con sangre de

verdad.

Shea le echó los brazos alrededor del cuello. Él la abrazó muy fuerte.

—Perdóname... Por favor —murmuró ella.

—Dios, princesa, estoy hasta las trancas por ti —confesó Mav envuelto en un suspiro.

—Y yo por ti... Esto es una locura, Mav... Una locura increíble y hermosa y... —ronroneó Shea, buscándolo.

—Y acojonante —murmuró él.

—Sí... *Terrorífica*.

Un instante después los dos estaban de pie, besándose apasionadamente.

—Tengo mi casa sitiada; mi padre y mi hermana están allí —se quejó ella entre suspiros.

—Y ya sabes que yo vivo con mi madre... —repuso él, y empezó a avanzar sin liberarla.

—¿Dónde vas, loco? —dijo, bebiendo de sus besos entre palabra y palabra—. Desde fuera se ve todo con lujo de detalles.

La pareja dio contra la barra y Mav se apartó solo un poco.

—Si apago las luces, me perderé la mitad del espectáculo —repuso él y volvió a robarle besos.

—¿La mitad solamente? —la mano de Shea recorrió sensualmente los abdominales masculinos, una tableta perfecta al tacto y más perfecta aún a la vista.

Los dos sonrieron de pura desesperación, pero cuando ella intentó apartar la mano de esos imponentes músculos, él se lo impidió.

—¿Despacho o bodega? —ofreció él, guiando los movimientos de la mano sobre su estómago. Para entonces

había dejado de sonreír.

Ella le regaló una mirada alucinada. Él continuó convenciéndola a su manera.

—El despacho está lleno de papeles, pero eres una ejecutiva y seguro que allí estás en tu salsa...

Shea se cubrió la cara con su mano libre. Sin embargo, cuando su mirada asomó entre los dedos, había picardía en sus ojos, y no vergüenza como quería hacer parecer. Mav se vino arriba.

—Y la bodega... Aissss, esa bodega me da un morbo... Porque hace frío y vas a necesitar que te caliente bien... Y porque solo hay paredes, ¿sabes? —sus cejas se movieron sensualmente y él bajó la voz—. ¿Bodega o despacho?

Mav volvió a besarla sin darle tiempo a responder. Comenzó en sus labios y recorrió un camino descendente que se perdió en el escote de la elegante camisa de seda de Shea. Ella echó la cabeza atrás y se permitió sentir a fondo. Entonces, los brazos poderosos del barman se cerraron en torno a su cintura y él la elevó, mirándola a los ojos intensamente.

—Bodega —dijo ella.

Él volvió a dejarla en el suelo, abrió la puerta y empezó a quitarse la camiseta. Ella lo detuvo.

—Y un *striptease* —añadió Shea. Sintió cómo el fuego subía por sus mejillas pero le aguantó la mirada.

Él se mordió el labio de puro deseo. Se moría por hacerle uno desde dos segundos después de conocerla, pero ella de una forma u otra, siempre se las había arreglado para evitarlo.

—¿Hoy quieres conocer al *stripper*? —dijo él en un murmullo apenas audible. De pronto, se había puesto tan

caliente que no le salía ni la voz.

Shea asintió sin apartar sus ojos de él. Quería, claro que quería. Deseaba volverse loca, sentir a fondo, a flor de piel... Libre de prejuicios, de heridas del pasado, de todo. Vivir el presente junto al único hombre capaz de leerle el alma.

—Quiero un *striptease* completo —murmuró.

Él exhaló una bocanada de fuego. La empujó suavemente con su cuerpo hacia el interior de la bodega y encendió todas las luces. La rodeó con un solo brazo pegándola a él y le recorrió el perfil con su mano libre, haciéndola estremecer.

“Esta noche vas a alucinar” fue lo último que se oyó antes de que él cerrara la puerta y el bar volviera a quedar en silencio.

* * * * *

Y ahora sí, sin más dilación, vamos con los *Momentos Especiales - Maverick y Shea*.

¡Buena lectura!

Londres, Gran Bretaña. Miércoles, 7 de abril de 2010.

Maverick se dio la vuelta boca abajo, enterró la cabeza debajo de la almohada y estiró una pierna, atravesándola a lo ancho de la cama. Siguió durmiendo plácidamente hasta que la alarma de su reloj de muñeca empezó a sonar.

La detuvo a ciegas, y continuó remoloneando un rato más mientras la conciencia volvía lentamente. Supo que eso empezaba a suceder al recordar que había quedado para hacer *footing* con la mujer más increíble de la galaxia. Sin siquiera haberse despedido, ya estaba sonriendo.

Se colocó boca arriba y cruzó los brazos debajo de la cabeza, envuelto en sus ensoñaciones de hombre enamorado.

Los últimos días habían sido una auténtica locura. Con el bar a rebosar durante todo el fin de semana gracias al festivo de Semana Santa, y la familia de Shea en Londres, instalados en su piso, apenas habían podido verse. Ya no hablar de cosas más placenteras.

Pero la noche anterior se habían puesto al día de todo. Shea había ido a recogerlo al bar después de dejar a su padre y a su hermana en el aeropuerto, y él se las había arreglado para que uno de sus socios aceptara quedarse a cargo del bar. Habían compartido cena, noticias y también había podido aliviar un poco sus ganas de ella. Dos veces para ser exactos.

Dos increíbles, alucinantes, vibrantes momentos de

locura. De conexión total. De una plenitud indescriptible. Jamás se había sentido igual estando con una mujer, y había sido precoz para casi todo, así que hablaba con conocimiento de causa.

Sonrió ante sus propios pensamientos. Estaba loco por Shea. Loco de remate. Había pasado de ser un tipo práctico para los menesteres sexuales, de los que iban al grano, a convertirse en este otro sibarita de la intimidad, un experto en preludios largos. Se les daban de miedo los preparativos pre-sexo... Las ganas de disfrutar de uno, bien largo y bien caliente, empezó a tomar forma en su mente.

Y no solo en su mente, pensó al darse cuenta de que se estaba excitando.

Maverick exhaló un suspiro. Su mano, instintivamente, acudió a procurarle alivio.

Si Shea supiera la cantidad de veces que pensar en ella acababa de la misma manera...

Quizás, debiera decírselo.

Pero en aquella amplia habitación, Maverick no estaba solo. Porque no era la habitación del piso que compartía con su madre, sino la de Shea. Los dos se habían quedado dormitando después de hacer el amor. Les sucedía con frecuencia. Normalmente, era ella quien recuperaba la conciencia un rato después y lo despertaba para que se fuera a dormir a su casa. Esta era la primera vez que los dos habían cedido al sueño y, en consecuencia, habían pasado la noche juntos. Volver a despertarse acompañada después de su divorcio le había resultado extraño. Extraño que fuera un hombre diferente de Ian, alguien totalmente distinto en todo;

desde el aspecto físico hasta la forma de ser. Extraño que, a pesar de que solo habían transcurrido cinco meses desde el divorcio, su ex fuera poco más que un recuerdo desdibujado, un mal recuerdo. Extraño que al hombre que ahora ocupaba su cama, le hubiera resultado tan fácil llegar hasta allí. Y lo más extraño de todo, lo cómodo y agradable, incluso familiar, que le resultaba todo aquello.

¿Era posible que alguien a quien acabas de conocer te haga sentir como si hubieras vuelto a casa, que te conozca tanto y tan bien, que entienda de ti hasta tus silencios, y que a ti te suceda exactamente lo mismo con él?

Cada vez que intentaba poner un poco de luz en aquel tema, acababa con dolor de cabeza. Porque nada tenía sentido. En ese asunto nada era como le habían enseñado. Estaba enamorada de Maverick. Intensa y profundamente enamorada de él. Como nunca. Y no era el típico caso de la mancha de mora que otra verde quita. Mav era el amor, Ian el impostor que le había robado quince años de su vida. Lo sabía con una certeza que no podía explicarse.

Como se saben las cosas importantes de la vida. Simplemente.

Lo sabía tan bien como que estaba allí, junto al quicio de la puerta, con sus ojos ya acostumbrados a la penumbra, contemplando al hombre que yacía en su cama. El hombre con mayúsculas.

El único.

Maverick abrió los ojos cuando sintió que otra mano apartaba la suya y se adueñaba de su verga. La conciencia plena regresó de golpe, y fue entonces que se dio cuenta de

dónde estaba; en casa de Shea. Se le rió el corazón.

El impulso fue decirlo en alto, mostrar su ilusión por aquella primera vez amaneciendo juntos, pero cuando los labios de Shea tomaron el lugar que antes ocupaban sus dedos, él cerró los ojos y, simplemente, se dejó llevar.

* * * * *

Maverick la miraba de tanto en tanto y sonreía. Shea ya estaba allí cuando él reapareció en la barra con la camiseta arremangada hasta el codo, secándose el sudor de la frente con el dorso del brazo, después de haber estado acomodando las bebidas que los proveedores habían entregado temprano por la mañana. Cheryl ya se había ocupado de servirle un *espresso* que ella bebía tranquilamente mientras esperaba a Theresa Gibb-Taylor. El bar recibía la primera oleada de clientes en la pausa para el café, así que la conversación había sido breve. Un “hola, preciosa, me encanta tu traje”, una rápida caricia en la mano, un guiño y, desde entonces, un montón de mensajes que se expresaban en miradas y sonrisas sin venir a cuento. Suficientes para recordarles a los dos que aquel había sido su primer amanecer juntos, en la misma cama, y que como todas sus primeras veces juntos había sido apoteósica.

Para Shea había sido una locura y no solo en la parte física de la locura; especialmente en la emocional. Maverick era un hombre atento. No había más que verlo en su papel de barman. Aunque él decía que era atento por conveniencia,

especialmente con el público femenino, había algo en él, una permanente disposición para hacer sentir cómoda a la otra persona. Era así incluso con sus socios. Para Shea, tan poco acostumbrada a ser objeto de atenciones de los hombres importantes de su vida, era toda una novedad. La devoción patente en cada una de las miradas que le dedicaba era solo comparable a la inconmensurable ternura de sus palabras. Mav conseguía hacerla sentir esencial.

Aquella mañana, más. No podía dejar de mirarlo y pensar en cómo había conseguido cambiar sus días, su humor, todo. No podía dejar de intentar tropezar con sus ojos y que estos volvieran a susurrarle naderías al oído.

Como si le hubiera leído el pensamiento, cosa que probablemente hubiera hecho, lo vio dirigirse donde estaba ella.

—No esperaba verte por aquí esta mañana —dijo él, sonrisa en ristre, descansando los codos sobre la barra como si tuviera todo el tiempo del mundo y estuviera dispuesto a usarlo conversando con ella.

Shea exhaló un suspiro.

—¿Ah, no?

—Claro. Habría ido a cambiarme de saber que venías. Esta camiseta huele a tigre.

—Es lo que pasa cuando la hora de ir a trabajar te sorprende en plena juerga... —Sus ojos, delineados por una gruesa línea azul, abandonaron el café y se posaron sobre él cargados de una mezcla de picardía y sensualidad.

Esta vez los suspiros fueron de Maverick. Esos alucinantes ojos grises continuaban siendo su amarre, su puerto seguro, el centro de su mundo. Igual que el primer día.

—Y que lo digas... Por suerte, tiene fácil arreglo. Con

poner una muda limpia en el maletero, asunto resuelto.

Su mano llena de anillos se movió con disimulo hasta rozar la de Shea. El brillo de sus ojos le comunicó que el contacto era más que bienvenido; ella disfrutaba de ese coqueteo disimulado.

—O sea que planeas repetir...

—Si la dueña de casa me deja... —Su sonrisa ladeada coronó la inevitable pregunta—: ¿Me vas a dejar?

La voz de Cheryl cambió el tono del momento.

—No has marcado la comanda de la pareja que está en el mesa del rincón. ¿Te ocupas tú, o me dices qué les cobro?

Mientras hablaba, la mirada de la camarera no se había apartado de Shea quien consideró oportuno ignorarla y centrarse en el barman.

Él, a su vez, decidió que estaba demasiado feliz para mantener una conversación de jefe con una empleada resabiada por razones que no tenían nada que ver con el trabajo.

—Márcalo tú, por favor. Un café, una pinta y dos canapés de atún. Gracias —repuso. A continuación, como si la camarera se hubiera evaporado, Maverick devolvió toda su atención a quien le importaba de verdad.

—¿En qué estábamos?... Ah, sí... ¿Me vas a dejar que repita?

Shea se moría por decir que sí. Estaba en Londres, lejos del escrutinio familiar, había recuperado el control de su vida y era libre. Y sí, la verdad era que lo que más le apetecía era que Maverick repitiera. Repetir de todo porque todo se le daba de miedo y a ella le encantaba.

Se moría por decir que sí, pero hacerlo tan pronto restaría diversión al momento. Porque también era verdad

que le encantaba ese flirteo que se traían entre manos.

Lo miró con una sonrisa interesante.

—Depende.

—¿De qué, de mí...?

Ella continuó sonriendo, pero no respondió de inmediato. Más allá de los juegos, había algo sumamente importante para ella.

—¿Sabes qué es lo mejor de esto que tenemos? Que simplemente sucede, Mav. —Sus ojos lo miraron intensamente. Había ilusión, expectativa y algo más—. De eso depende, de que lo dejemos suceder. Sin planes. Sin artificios.

Maverick asintió. Su mano volvió a rozarla y esta vez no se retiró.

—Entendido. —Ella ya había vuelto a su café cuando él añadió—: Espero que no te importe que haga un poco de trampa, ya sabes, dándole un buen empujón a la magia para que la breva caiga antes. No te importa, ¿verdad, preciosa?

Los dos rieron. Fue una risa íntima, cómplice, tras la cual Maverick decidió que lo mejor era cambiar de tema antes de que las ganas de encerrarse con ella en la bodega se volvieran insoportables.

—No me comentaste nada de que venías a ver a Tess...

Esos increíbles ojos grises brillaron de emoción. Otra clase de emoción, de tipo profesional, que a Maverick le encantó ver.

—No estaba previsto. Me llamó hace un rato.

La sonrisa, tan preciosa e ilusionada como su mirada, le comunicó a Maverick que las cosas estaban saliendo a pedir de boca.

—¿Va a firmar contigo?

Ella asintió repetidas veces con la cabeza sin dejar de

sonreír.

—Tengo que llamar a Dylan para decírselo. Fue él quien me dio el contacto.

—¡Bien hecho, preciosa! ¡Felicidades! —Se inclinó por encima de la barra para hablarle al oído y de paso, le dejó un ligero beso sobre el lóbulo—. Puedes subirte a la barra y celebrarlo bailando para mí, si quieres.

Cuando se apartó, la famosa blancura de aquel rostro pecoso era historia. Un rojo bermellón precioso había ocupado su lugar.

—Te adoro, nena —no pudo evitar decirle—. Y me parece que vamos a tener que dejarlo para más tarde porque Tess está entrando por la puerta.

Una sonrisa imposible dominó el rostro masculino cuando se acercó a hablarle al oído.

—Mi baile, digo. No creas que vas a librarte.

* * * * *

Tess no había llegado sola, sino acompañada por Dakota. Era su ocasión de desaparecer durante un rato y cambiarse de ropa, pensó el barman.

Además, venía de buen humor. Sus invariables saludos a base de gestos de la mano, hoy añadían palabras tipo “hola, qué tal” o “bien, gracias, tío”.

—Te hacía en el taller —comentó Maverick, al tiempo que depositaba una pinta de cerveza frente a él.

Dakota le dio un buen sorbo. Venía seco. Cerca de una

hora en una sala de espera donde lo más fuerte que se podía beber era una gaseosa.

—Y yo te hacía un tipo serio, pero ahora ya no sé qué pensar... ¿Llevas puesta la misma ropa de anoche o me lo parece? —dijo el motero con guasa.

Y se quedó mirándolo con una sonrisa de “te he pillado, colega” que volvía a confirmar su gran estado de ánimo.

Dakota estaba exultante. Venían del médico. Tras unos análisis adicionales, él había confirmado el embarazo de Tess y la había puesto en tratamiento: dieta, controles mensuales y descanso. El mayor proyecto de la vida de los dos estaba en marcha y aunque ella refunfuñaba por el apartado descanso -decía que estaba perfectamente y no necesitaba “tanto descanso”-, él se sentía como un hombre nuevo.

—Te habrá parecido... —respondió Maverick con segundas, y decidió hacerle un poco la pelota antes de proceder con su petición—. ¿Qué, cómo están los flamantes futuros padres? ¿Todo bien?

Dakota asintió, pero no se explayó. Siguió mirándolo divertido. No era solo la camiseta; el yogurín tenía cara de haberse puesto las botas con su chica y hasta sus largas patillas a lo Elvis Presley bailaban de puro gusto.

—Vale —concedió el barman—. La cosa se alargó y no me dio tiempo a pasar por casa. ¿Satisfecho?

La sonrisa del motero se hizo más grande.

—¿Y se alargó mucho la cosa? —Dakota no llegó a acabar la frase que ya se estaba partiendo de la risa—. Joder, tío, eres más finolis que Evel, y te aseguro que eso es decir muchísimo.

Para entonces, él no era el único que se estaba divirtiendo a costa del barman; clientes y empleados se

servían a placer. Maverick sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué, Dakota? Pasa a este lado de la barra y síguete tronchando mientras voy a casa y me cambio. —Cuando acabó de decirlo ya había cogido las llaves de su coche.

—¡Por mí quédate otro rato “alargando las cosas”, si quieres! Hoy estoy de buen humor —repuso el motero a la espalda de Maverick que ya había llegado a la puerta. Las carcajadas resonaron en el bar.

El barman yogurín del MidWay ni se molestó en volverse; su dedo corazón se ocupó de mostrarles a todos los presentes lo que podían hacer con sus bromas.

* * * * *

Tess devolvió los documentos a Shea después de firmarlos. Estaban en el rincón especialmente dedicado a ser la sede provisional de la editorial, en un extremo de la buhardilla situada encima del bar. La editora era una mujer amable y de sonrisa fácil, pero aquel día su felicidad estaba relacionada con el embarazo que había llegado para ponerle el broche de oro a un año que ya había comenzado por todo lo alto con la apertura de su propia editorial.

—Ahora sólo falta ponerse a trabajar —comentó Tess—. Disculpa mi olvido, ¿puedo ofrecerte un café, té, infusión... —Sonrió con picardía—, o algo más fuerte para celebrar nuestro acuerdo? Yo voy a prepararme una infusión, todo lo demás lo tengo prohibido —y al verla asentir, añadió—: Bien,

acompañame, así seguimos conversando.

Shea dejó los documentos sobre la mesa y la siguió hasta la cocina.

—La verdad es que no me importa la dieta estricta que me han puesto... Bueno, eso lo digo ahora. Seguro que dentro de nueve meses estaré desesperada por tomar un café —bromeó la editora.

—Sí, supongo que es lo que sucede cuando pasas de los treinta; los médicos quieren curarse en salud y al final parece que en vez de estar embarazada, estás enferma... ¿Recordarán estos señores que hasta no hace mucho la mayoría de las mujeres parían en sus casas, cuando no en los bosques?

Tess asintió con énfasis. Estaba totalmente de acuerdo. Incluso en su propio caso, en el que había más asuntos por los que preocuparse que una mera cuestión de edad, al ver la larga lista de “noes” en las hojas que le había dado el médico, había pensado exactamente lo mismo.

—Yo creo que se pasan de prudentes, pero me temo que no voy a librarme de portarme bien. Si el médico es un pesado, no quieras imaginar cómo es el padre de la criatura —dijo, tronchándose de risa ante su propio comentario. Era la primera vez que se refería a Scott en esos términos, por lo demás totalmente acertados, ya que desde que se había enterado de que estaba embarazada le controlaba todo: horas de sueño, qué y cuándo comía, horas de trabajo...

—Me lo imagino. Los hombres de mi familia son bastante miedicas con sus mujeres e hijas. Así que con los problemas que habéis tenido, puedo entender que los próximos meses él vaya a estar pendiente de ti y de todo lo que haces —Shea le ofreció una sonrisa tierna—. Pero seguro que es bonito que te cuiden tanto...

Tess sirvió una infusión para las dos y una bandeja de galletas dulces que tomaron allí, sentadas a la mesa de la cocina.

—Espero que todo esto no te resulte incómodo... En otras circunstancias, habríamos quedado para comer en un bonito restaurante y habríamos intercambiado unas cuantas cortesías antes de firmar el acuerdo que nos permite hacer negocios juntas, pero ¡voy a ser madre! —dijo alegremente—. Todo lo que me llevo a la boca tiene que pasar un exhaustivo control de calidad y me han recetado reposo, así que...

La editora podía haber añadido que Shea le había caído bien desde el primer momento y que además, apreciaba mucho a su hermano, pero ni todas las hormonas revolucionadas del mundo conseguirían tan fácilmente que lo dijera en alto. Al menos, no todavía.

A Shea no le hacían falta disculpas ni aclaraciones. Llevaba semanas cruzando los dedos para que la editora aceptara su propuesta de negocio. Creía firmemente en los proyectos puestos en marcha por mujeres, y desde que Brennan Mitchell se había retirado dejando la imprenta en manos de sus dos hijas, Shea se había dedicado a explotar esa línea comercial. De hecho, varias del gran conglomerado de cuentas pequeñas y medianas que habían sacado a la empresa familiar de su tradicional nicho de mercado -las publicaciones religiosas-, tenían una mujer a la cabeza.

—¿Incómodo? Al contrario, Tess. Si me lo permites, es una muestra de confianza que me abras las puertas de tu casa. Confianza que agradezco mucho y no voy a defraudar, puedes estar segura de ello.

—Bien —concedió la editora, ofreciéndole la bandeja para que tomara una galleta—. ¿Cuándo crees que podré

tener en mi poder la prueba de impresión?

—Pronto. Cuatro o cinco días. Te avisaré.

—Qué bien... Llevo tanto tiempo deseando ver esa historia entre dos tapas de cartón que me parece increíble... Es un sueño hecho realidad.

La voz de Tess vibró de emoción, arrancándole a Shea una sonrisa tierna.

—¿Significa tanto para ti?

Ella asintió varias veces con la cabeza. Se había enamorado de la pluma de Diana Simmons cuando todavía era una universitaria y, al igual que sus fans, llevaba años esperando la prometida última historia de su serie Hombres de honor, solo que en el caso de Tess, convertirse en la editora de la aclamada autora tejana había sido una de sus mayores aspiraciones profesionales.

—Muchísimo. Algún día te contaré por qué. Antes quiero ver esa prueba y quiero que su autora la vea... —Tess exhaló un suspiro cargado de ilusión y sacudió la cabeza—. Dejar Boston, después de tantos años, y regresar a Londres para poder estar con Scott fue duro. Todo el mundo me decía que había perdido la cabeza. La oposición familiar sigue siendo grande, y eso no ha facilitado las cosas. Pero cada día que pasa no hace sino confirmar que fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Nada de este gran momento que estoy viviendo habría sido posible sin Scott. En realidad, nada de lo que he vivido los últimos tres años, habría sido posible sin él. La diferencia de edad no significa nada en absoluto.

Durante un instante las dos mujeres se miraron. Shea no sabía a cuento de qué la editora había dicho esas cosas, pero le resultó tranquilizador oírlas. Tess sonrió algo incómoda.

—Te aseguro que por regla general soy mucho más

discreta, ¡pero voy a ser madre y mis hormonas están de fiesta! —se excusó con una sonrisa.

Había más razones para que Tess se hubiera saltado nuevamente el protocolo. Estaba al tanto de la relación que Shea mantenía con el nuevo socio del bar y no necesitaba que nadie le advirtiera de que la noticia no sería bienvenida por la familia, le había bastado con ver la hosca expresión de su padre cuando Maverick bailaba sobre la barra. Desde entonces, esperaba el momento de equilibrar la balanza, mostrándole con su propio ejemplo que la gente se equivocaba respecto del amor. Eran los prejuicios los que hablaban por ellos. Tess no tenía por qué hacerlo, y su habitual cautela había descartado la idea en un principio, pero pensar que ojalá ella hubiera encontrado algún aliado entre tanta oposición, le dio los ánimos suficientes para hacerlo.

Y al ver el agradecimiento en el rostro de la ejecutiva, supo que había hecho muy bien.

Shea esbozó una sonrisa algo tensa y bajó la vista hasta tu taza. No deseaba que su mirada delatara lo que pensaba; que Brennan Mitchell no se quedaría en observaciones acerca de lo rápido que ella parecía haberse recuperado del divorcio. Era una simple cuestión de tiempo.

* * * * *

Maverick entró en el piso procurando no hacer ruido. Por la hora, era bastante posible que su madre no estuviera

en casa, pero no quería arriesgarse. Desde que había vuelto a la vida laboral, solía salir para hacer la compra del día y dejar la cena preparada antes de irse a trabajar. Pero las jaquecas que le habían quedado de secuela después de la hecatombe, continuaban reapareciendo de tanto en tanto y cuando lo hacían, el único alivio era encerrarse a oscuras en su habitación y procurar dormir.

No era esa la única razón para que Maverick fuera tan sigiloso; otra secuela de Madeleine Curtis era el miedo. Ella, por supuesto, no lo admitía. Se quejaba de que Londres por la noche se había vuelto muy peligrosa y lo regañaba cada vez que él trasnochaba. Y aquella noche en particular ni siquiera había ido a dormir a casa.

Sin duda, se trataba de una excusa. La vida la había golpeado con fuerza los últimos diez años y justo ahora parecía que empezaba a recuperarse, así que Maverick procuraba no preocuparla.

Todo estaba en silencio, no solo en penumbras. Se asomó a la habitación de su madre y la cama estaba hecha. No había nadie en casa. Maverick se cambió de camiseta a prisa, también los calcetines y la ropa interior con los que hizo un bollo que dejó en el cesto de la ropa sucia. Volvió a coger sus llaves y se dirigió a la puerta. Con un poco de suerte, quizás Shea todavía estuviera en casa de Tess y pudiera verla un rato antes de que se marchara.

El barman había llegado a la puerta cuando esta se abrió y apareció su madre. La mujer, de aspecto muy joven, vestía jeans y cazadora vaquera, y llevaba sus gafas de sol sobre la cabeza.

—Vaya, te has acordado de que tienes una casa.

A pesar de su tono, Madeleine dejó un beso sobre la

mejilla de su hijo, y siguió camino hacia el interior de la casa.

Maverick la detuvo, tomó las dos pesadas bolsas que cargaba, y las depositó sobre la mesa de la cocina.

—Sí, lo siento. Anoche las cosas se alargaron en el bar y al final me queda dormir en casa de un amigo. No quería despertarte.

La mirada de su madre mostró exactamente lo que pensaba; a otro perro con ese hueso.

—Qué considerado, Mav. Pero prefiero eso, a darme cuenta de que no estás y pasarme el resto de la noche en vela por la preocupación.

—Pero mamá, ¿preocupación por qué?, ¿qué me va a pasar?

Qué le había pasado, debería preguntar.

—Hay mucho lobo por ahí fuera. —Hizo una pausa y añadió—: *Y lobas.*

Maverick le dedicó una sonrisa resignada. Se acercó hasta ella, que se había sentado a la mesa y desde allí lo miraba con cara de madre sabelotodo mientras vaciaba el contenido de una de las bolsas, y esta vez fue él quien le dejó un beso en la cima de la cabeza.

—Qué imaginación, señora Madeleine... Tengo que irme. Pero no te preocupes que ni me ha pasado nada, ni me pasará.

—¿Vendrás esta noche a dormir? —oyó que le preguntaba cuando él ya había llegado a la puerta.

—Que sí, mamá... Te digo más, si tenemos un poco de suerte igual podemos hacer una cena tardía...

Madeleine Curtis ya estaba junto a su hijo cuando le preguntó:

—¿Qué sucede para que puedas tener un vida normal con horarios normales como el resto del mundo, acaso ha

cerrado el bar?

—Serás desconfiada... No, no ha cerrado, al contrario, cada día va mejor... Pero he hablado con mis socios, han estado de acuerdo en contratar a otra persona unas horas, y el nuevo empleado empieza hoy. Si la cosa va bien, quizás pueda dejarlo solo un par de horas esta noche y venir a cenar contigo, ¿te gustaría?

Por toda respuesta, su madre le echó los brazos alrededor del cuello, feliz como una niña.

* * * * *

No hubo tal cena tardía.

El nuevo empleado lo hacía bien, pero no tanto como para dejarlo solo en su primer día. Y como daba igual lo cansado que estuviera, Maverick ya no era capaz de irse a la cama sin pasar aunque fuera un rato con Shea, después de cerrar, había puesto rumbo al centro de la ciudad.

Era más de medianoche cuando golpeó con los nudillos en la puerta del piso.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —quiso saber Shea, abriendo la puerta de par en par.

Él se inclinó y el beso fue largo.

—Tu portero me adora —repuso, y entró como perico por su casa haciendo uno de los sugerentes pasos de baile con los que entretenía a la clientela femenina del Midway cuando el ambiente se ponía a tope.

Shea siguió con los ojos aquella espalda de infarto que se

movía al ritmo de una música imaginaria. También lo que seguía a continuación de la espalda. Ni las puntadas que le atravesaban el vientre desde la tarde gracias a sus queridos ovarios, conseguían ensombrecer aquella visión inspiradora.

Cuando dejó de ver la silueta masculina, cerró la puerta y regresó al salón. Él había soltado sus cosas sobre un sillón y la esperaba de pie junto al sofá con la manta de Shea abierta y su sonrisa imposible en ristre. Ella se echó y dejó con mucho gusto que él la arropara.

—Si el edificio tuviera portero te adoraría, de eso estoy segura, pero no lo tiene. Así que repito, ¿cómo has llegado hasta mi puerta, guapo?

Maverick inspeccionó el rostro femenino en vez de responder. El maquillaje que lucía por la mañana ya no estaba y en su lugar había una palidez cadavérica y unas pronunciadas ojeras, lo que sumado a haberla encontrado en pijama, confirmó sus sospechas. Se inclinó y besó sus labios otra vez. A continuación, se incorporó y desapareció del salón ante la cara de sorpresa de Shea.

—¿Qué haces, Mav?

Nadie respondió. Oyó sus pasos en la habitación de al lado y le dio un instante antes de insistir.

—¿Holaaaaaaa? Tierra llamando al barman buenorro del MidWay... Por favor, responda, cambio —dijo, imitando el tono de voz de una comunicación por radio.

Y de pronto, él reapareció y la dejó sin aire.

Maverick enchufó la almohadilla eléctrica, retiró un poco la manta y la colocó sobre el vientre femenino. Mantuvo sus manos allí hasta que empezó a producir calor y en ningún momento apartó sus ojos de Shea.

—Gracias por lo de buenorro, pero dime, ¿por qué no

me llamas cuando estás así?

Maverick *el Demoledor* al ataque otra vez, pensó ella. Buen día había elegido para volver a demostrarle la clase de hombre que era.

—¿Esa es tu forma de cambiar de tema? —Se arrellanó, perezosa, bajo la manta. El relajante efecto del calor empezaba a extenderse por su cuerpo.

Maverick se acomodó a su lado, de frente a ella. Lo bastante lejos para no agobiarla; lo bastante cerca para poder inclinarse y besarla cuando ya no pudiera aguantarse más.

—Tu vecino del segundo. Me lo encuentro cada dos por tres —y al ver que ella fruncía el ceño, aclaró—: Pelirrojo, rellenito, veinteañero... Tiene el turno de tarde en el McDonalds de la avenida Shaftesbury. Repito, ¿por qué no me llamas cuando estás así?

—¿Y cómo sabes dónde trabaja mi vecino?

—Porque me lo ha dicho. También sé que se llama Jonathan y que está ahorrando para comprarse una moto porque en su casa, aunque están forrados, no quieren saber nada de que sus hijos vayan en moto. Hijos, en plural; Jonathan tiene un hermano mayor, David, que también vive en casa. —Ante la mirada asombrada de su chica, añadió—. Soy barman, preciosa. Mi segunda especialidad es conseguir que la gente se sienta tan cómoda conmigo que hable hasta por los codos.

—¿Y la primera cuál es?

—Encandilar a las mujeres con mi *sex-appeal* —repuso con su sonrisa seductora—, pero desde que te conocí, ya solo me dedico a servir bebidas y a hacer de psicólogo. Soy muy bueno escuchando, ¿sabes?

“Eres muy bueno en todo”, pensó Shea.

—¿En serio?

—En serio. Así que repito, ¿por qué no me llamas cuando estás así?

—¿Para decirte qué, Mav? ¿Que me duele? ¿Que lo único que me apetece es meterme en la cama y no hacer nada? A la mayoría de la gente que conozco no le interesa escuchar que no tienes un buen día.

—La mayoría de la gente que conoces no es como yo. Soy tu hombre, el adecuado, ¿recuerdas? A mí me interesa todo de ti.

Aquella referencia a una de sus primeras frases demoledoras trajo las mismas emociones de entonces. La certeza de que él no se parecía a nadie que ella hubiera conocido jamás y la emoción de sentir que, por imposible que pudiera parecer, lo había encontrado, que era él; si existía una mitad suya dando tumbos por el mundo, ese era Maverick McCrae.

—Ay, Mav.... ¿Por qué me dices estas cosas si sabes que estoy en uno de esos días en los que lloro por todo? —La dulzura de su voz le comunicó a Maverick que no se trataba de una regañina.

—Me encanta verte feliz, oírte reír es... *mágico*, pero si tienes un mal día, también quiero estar. Igual el bar está a tope y tardo un poco en venir, pero podemos hablar por teléfono, chatear... Sé que estás mejor cuando estamos juntos porque a mí me pasa igual. Así que la próxima vez, dímelo.

Un montón de recuerdos que ojalá pudiera borrar para siempre, acudieron a la mente de Shea y nada pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Recriminaciones, comentarios hirientes, alusiones peyorativas. Su calvario personal había comenzado a los

catorce y no había mejorado con el tiempo, como esperaban los médicos. Lo que sí había conseguido el transcurso de los años era enseñarle a tolerar la incomprensión ajena, especialmente de parte de personas que supuestamente la querían. Ian había sido un gran maestro. Lo había escuchado tantas veces decirle “ya estás sacando las cosas de quicio otra vez. ¿Estás en uno de esos días o qué?”, que había dejado de hacerle daño.

Para sorpresa de Shea, la respuesta de Mav fue aún más demoledora.

—Ven aquí, preciosa —le dijo en un susurro al tiempo que la tomaba entre sus brazos—. Desahógate, ya verás como después te sientes mejor.

Ella se abrazó fuertemente a él, que la acunó en silencio y solo cuando percibió que ya no había sollozos, volvió a hablar.

—¿Mejor? —Intentó apartarse un poco para poder mirarla, pero ella se lo impidió. Maverick sonrió—. ¿Piensas quedarte así toda la noche? Por mí, perfecto. Ya lo sabes.

—¿Te quedas conmigo?

—Guau...

—Solo dormir, Mav —aclaró Shea y lo oyó reír suavemente.

—Ah. Vaya...

Shea buscó su mirada algo desconcertada por su respuesta.

—¿”Ah. Vaya”?, ¿eso es todo lo que tienes que decir?

Maverick reía y ya había vuelto a abrazarla y la acunaba, disfrutando a fondo del momento.

—A ver, preciosa, soy el hombre adecuado, pero no un santo. —Su cara de niño guapo se iluminó con una sonrisa

traviesa que a Shea le acarició el corazón—. ¿En serio “solo dormir”?

—En serio —repuso ella, riendo.

El barman exhaló un suspiro y mientras su corazón celebraba por todo lo alto la ocasión de pasar otra noche -¡la segunda!- junto a la mujer que amaba, él la levantó en brazos y la condujo hasta la habitación donde la depositó suavemente sobre la cama. Las luces se encendieron inmediatamente en cuanto atravesaron la puerta.

—¿Te quedas? —murmuró Shea, ilusionada.

Él ya se estaba desvistiendo.

—No sé... Me lo sigo pensando —repuso, divertido.

Se metió debajo de las sábanas y rodeó a Shea con sus brazos, pegándola a él. Los dos suspiraron.

La habitación quedó a oscuras cuando Shea dio la instrucción en voz alta.

Y por segunda noche consecutiva, Maverick no durmió en su propia cama.

Lunes, 26 de abril de 2010.

Shea salió de su ensimismamiento romántico cuando un intenso olor acre le anunció que las tostadas se estaban quemando. Las sacó con unas pinzas y comprobó que, en efecto, estaban casi carbonizadas. Pisó el pedal del cubo de la basura y las dejó caer dentro con resignación. A continuación, volvió a poner rebanadas nuevas en la tostadora. Las graduaciones automáticas no la dejaban a su gusto, algo que solo lograba cuando era ella quien controlaba el nivel de tostado, y las sacaba a tiempo. Hoy, por lo visto, no era uno de esos días.

Y no había razón para extrañarse. Maverick disfrutaría pronto de sus primeros días de vacaciones y se habían quedado despiertos hasta las tantas planeando una escapada romántica. Ella no disponía más que del fin de semana, ya que su empresa empezaba a rodar y no podía permitirse cerrar un día laborable, pero la ilusión de planear un viaje juntos, aunque solo durara un par de días, los había tenido muy ocupados. Eso, y otras cosas, claro... Una sonrisa enamorada iluminó el rostro de Shea cuando los recuerdos de otra noche excitante junto a Mav regresaron a su mente.

Dios, qué hombre...

En aquel momento, su móvil empezó a sonar. Shea lo tomó de encima de la mesa y la expresión de su rostro cambió

radicalmente al ver de quién se trataba.

Su ex. Otra vez. Estaba hasta la coronilla de él. Realmente harta. Y como ya le había explicado de todas las maneras posibles que ni estaba interesada en perdonarlo ni, mucho menos, en darle la ocasión de “enmendar sus errores”, simplemente lo dejó sonar. A ver si con un poco de suerte se cansaba de hablar con su buzón de voz y la dejaba en paz.

Instantes después, su móvil volvió a sonar. Esta vez indicaba que había recibido un SMS. Shea exhaló el aire disgustada. Lo abrió y leyó:

“Estarás ocupada... No importa, te llamo más tarde. Besos, Ian”.

Volvió a dejar el aparato sobre la mesa. ¿Pero qué demonios le sucedía? Era como si todo siguiera igual que siempre entre los dos. Como si ella no le hubiera pedido el divorcio después de descubrir que llevaba años siéndole infiel. Como si ahora *no* vivieran en países diferentes. Por lo visto, la demanda de divorcio (y el consiguiente desplume) lo habían hecho entrar en razón. Y con tal avalancha de lógica en su cerebro de chorlito, se había dado cuenta de que, a pesar de habérsela pegado con cuanta falda se había cruzado en su camino, todavía la quería. Desde entonces, mes sí mes no, volvía a la carga. Llamadas, mensajes, incluso le había enviado regalos a la sede londinense de la imprenta... Las primeras veces Shea lo había atendido por educación, más que otra cosa. Hacía tiempo que había dejado de hacerlo. Su último ramo de flores lo había devuelto al remitente con una nota: “olvídate de mí”. Lo conocía muy bien y sabía que esas tres palabras levantarían ampollas en su vanidad. Así había conseguido no volver a oír de él durante varias semanas.

Pero ya estaba erre que erre otra vez.

Su familia no estaba al tanto del asunto. Maverick tampoco. Las cosas no podían continuar así.

Exhaló un suspiro de hartazgo y fue entonces, cuando un ya familiar aroma vino a completar el cuadro, informándole que se le habían vuelto a quemar las tostadas.

* * * * *

Cuando Maverick entró en la cocina, Shea había conseguido tostar cuatro rebanadas de pan y estaba haciendo café.

Todavía no se había vestido y aquella bata supermini que llevaba supuso todo un aperitivo para sus sentidos. Avanzó hasta ella sin hacer ruido y la sorprendió rodeándola con sus brazos desde atrás.

—Mmm... Qué suerte tengo —murmuró, hundiendo su nariz en el cuello y aspirando, como hacía siempre.

—¿Porque no tienes que prepararte el desayuno? —Shea se pegó a él y lo dejó hacer. También como siempre. Aquella cocina debía tener alguna clase de encantamiento, porque rara vez conseguían salir de ella con la ropa puesta.

—Y porque no te has vestido...

Sus manos ya se habían colado debajo de la delicada prenda de seda, y le acariciaban el vientre dibujando círculos con experta lentitud.

—Mav, no empecemos...

A pesar del susurro remolón, Shea lo decía muy en serio. Eran tal para cual en casi todo, y en los preludios más que en

ningún otro aspecto de su relación. Como continuaran insinuándose de aquella manera que se les daba tan bien, se olvidarían de que era un día laborable y de que los dos tenían responsabilidades.

—Eso díselo a él. —Tras tomar la mano de Shea, la puso sobre su bragueta. Ella exhaló un suspiro e intensificó las caricias sobre el miembro masculino.

Él la hizo volverse de frente y el beso fue húmedo, largo y correspondido. Muy pronto, se acariciaban apasionadamente, la bata de Shea había caído al suelo y él acababa de liberar su pene que, en erección plena, se insinuaba entre los muslos femeninos.

—Ay, Mav... No deberíamos. Es tarde ya... —Su voz sonó como una letanía cuando ella habló, envuelta en un suspiro.

Maverick guió el tacto femenino sobre su miembro. La erección le llenó la mano y extendió ramalazos de placer por todas sus terminaciones nerviosas.

—Y tanto que es tarde... —concedió él. Buscó a tientas la caja de condones que guardaban en un cajón de la cocina, al igual que en el mueble bar del salón y el armario del baño, siempre preparados para hacer frente sin demora a sus frecuentes momentos de arrebatos. Rasgó el envoltorio de uno y se lo puso. La obligó a darse la vuelta, a continuación hizo que apoyara las manos sobre la encimera y tiró suavemente de sus caderas para que se inclinara hacia adelante.

Un gemido ronco salió de la boca femenina cuando lo sintió hundirse profundamente dentro de ella. Volvió a gemir cuando el ritmo de las embestidas se aceleró.

Y ya no dejó de hacerlo. Ni de retorcerse de placer cada vez que él se retiraba completamente para volver a embestirla con fuerza.

Maverick tampoco. Era su mujer ideal, el lugar favorito de los dos y la postura que a Shea más le gustaba. Aquello era el mismísimo paraíso y no pensaba perderselo por nada del mundo.

Ella había empezado a acompañar con fuerza las embestidas masculinas, algo que los dos sabían que era el preámbulo de otro orgasmo bestial. Maverick se inclinó hacia adelante, detuvo el movimiento de sus caderas solo un instante, el tiempo necesario para morder el hombro de Shea lascivamente, arrancándole un grito. Luego volvió a embestirla, se movió dentro de ella, frotando deliberadamente su punto G y fue entonces cuando una de sus manos abandonó la formica y se apoderó de sus testículos.

Esta vez fue él quien gritó.

—Ahhhh... Joder, sigue, sigue, Shea... Sigue, nena.

—Te gusta, ¿eh?

Él se enderezó un poco. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, abandonándose al placer que aquella mano le proporcionaba.

—¿Gustarme? Me vuelve loco... Toda tú me vuelves loco.

—¿Muy loco? —susurró ella, enderezándose con cuidado mientras él se acoplaba para continuar íntimamente unidos. La postura oponía cierta resistencia y eso los encendió aún más.

—¿Quieres verlo? —Los dos regresaron a la posición original, dando rienda suelta a su mutua locura.

En aquel momento, el sonido del timbre los dejó paralizados.

Estaban a punto de caramelo. ¿Quién puñetas venía a joderles un polvazo de muerte?, pensó él con desesperación. Los pensamientos de Shea fueron igual de desesperados.

—Déjalo —rogó Maverick—. Dame un minuto más.

Shea se apretó contra él, que respondió acelerando sus movimientos.

—Los que quieras...

El timbre volvió a sonar. A continuación, lo hizo el móvil de Shea.

Los movimientos de los dos se volvieron desesperados. Él la embestía febrilmente y ella se retorció, casi sin aliento, empujándolo al deseado orgasmo que la enviaría al paraíso y que algún inoportuno intentaba malograr.

—Joder.... ¿Pero quién coño...? —farfulló Maverick. Se estiró por encima de Shea para agarrar el móvil.

Ella se lo quitó de las manos. No estaba dispuesta a perderse el final de aquel encuentro alucinante. Pero cuando fue a dejarlo nuevamente sobre la encimera, vio el nombre que se iluminaba en la pantalla...

Y se quiso morir.

—Es mi padre —murmuró.

—¡¿Quéeee?! —Maverick ya se había apartado y la miraba con los ojos desorbitados.

Ella le cubrió la boca con una mano. Le indicó con un gesto que guardara silencio. El móvil dejó de sonar y muy pronto oyeron el ascensor.

Maverick soltó un suspiro. Shea otro. No estaba segura que quien había tocado el timbre fuera la misma persona que la había llamado por el móvil, pero ¿quién otro podía ser? ¿Y si era él, por qué se presentaba en Londres sin avisar? Tuvo que sonreír ante aquel pensamiento. ¿Por qué? Porque era Brennan Mitchell, y el recto y moralista padre que le había tocado en suerte, no veía con buenos ojos que ella se hubiera recuperado tan rápidamente del divorcio. Aunque Ian fuera

un infiel y un impresentable, lo que esperaba de ella era que llorara su desgracia, sola y triste, durante unos cuantos años. Lo suficiente para dejar a salvo el buen nombre de la familia. Era su padre y lo quería, pero que le dieran morcillas a él y a su moralidad.

Shea volvió a acercarse a Maverick. Comprobó que, a pesar del imprevisto, las condiciones seguían siendo idóneas para continuar donde lo habían dejado. Rodeó los testículos y dejó que le llenaran la mano antes de apretarlos. Él se estremeció, exhaló un suspiro.

—Casi, casi... —murmuró ella. Su mano ahora rodeó el pene y comenzó a frotarlo.

—Joder... ¿Y si vuelve? No quiero que me encuentre...

Ella lo empujó suavemente contra la encimera y le dio la espalda, insinuándose con sus nalgas contra el bajo vientre masculino. Buscándolo. Tantos años de sequía junto a su ex, tantos años ninguneada... Maverick y sus tantísimas atenciones la habían devuelto a la vida, a sentirse una mujer amada, valorada, deseada. Habían despertado al ser apasionado que vivía en su interior. No podía ni quería renunciar a nada. A ninguna caricia. A ningún beso. A un solo minuto de intimidad, sintiéndolo dentro suyo. Encima. Detrás. Lo quería en todas partes y a todas horas. Porque con él se sentía viva.

—¿Qué te encuentre cómo?

Él le dio lo que quería y los dos se deshicieron en un largo gemido.

—Follándome a su hija.

—Pues su hija está encantada, así que sigue... —rogó ella.

—Joder, nena... ¡Joderrrrrrrrr....!

Media hora más tarde, Maverick aún se resistía a regresar al mundo real. Todavía seguía en la cocina, rodeando a Shea con los brazos desde atrás, mientras ella untaba de crema de cacao una tostada.

—Vete, Mav... Para ti es tardísimo ya. Y encima te has quedado sin ir a entrenar. En cualquier momento vendrá Dakota a buscarte —bromeó ante los suspiros de su novio.

—No lo estropees mentando a mi socio, preciosa. Oye, ahora que lo pienso, igual el timbre de antes era él... ¡Lo mismo se contagió de Tess, tuvo uno de esos pálpitos de embarazada sobre que yo llegaría tarde, y vino a sacarme de la cama por los pelos!

Los dos celebraron la broma. Maverick no tenía la menor idea de quién podía haber elegido tan mal momento para aparecer por casa de Shea, pero ella creía que podía tratarse de su padre. Shea, en realidad, estaba un poco desconcertada al respecto. Brennan Mitchell podía ser bastante imprevisible cuando se lo proponía, ¿pero presentarse en Londres sin avisar? ¿Y cómo era que su hermana no se lo había dicho? Su padre no era alguien fácil de perder de vista; si hubiera cogido un vuelo, Erin lo sabría.

Shea le ofreció un mordisco de su tostada y él se sirvió a gusto sin cambiar de postura.

—No da el perfil, la verdad. Dakota me parece más bien de la clase “desastre”.

Él ladeó la cabeza y la miró con interés haciéndola sonreír.

—Sí, ya sabes, de los que viven la vida loca.

Maverick rió ante aquella alusión tan descriptiva que

Shea hacía parafraseando “Livin’ La Vida Loca”, una canción latina de moda. Imaginarse a Dakota sacudiendo las caderas al estilo Ricky Martin le arrancó una carcajada.

—¿Qué? —preguntó Shea, también riendo. Él había apoyado la frente sobre su hombro y se estaba tronchando, haciéndola mover con sus carcajadas.

—Eres genial... Ahora, cada vez que mi socio aparezca por el bar me acordaré de esto y me reiré en su cara —celebró Mav, intentando recuperarse. Tras unos instantes continuó—: Por lo poco que sé, fue un tiro al aire hasta que conoció a Tess. Ahora...

El suspiro de Maverick hizo que Shea, que se estaba sirviendo un café, se volviera a mirarlo extrañada.

—¿Ahora qué?

Maverick se había apoyado contra la mesada, con una pierna cruzada frente a la otra. En una mano sostenía una de las tostadas de Shea, a la que daba pequeños mordiscos.

—Ahora está bipolar, esa es la palabra. —Volvió a reírse—. Va de la felicidad a la preocupación en una fracción de segundo, y como pasa mucho tiempo en casa con Tess para asegurarse de que ella hace lo que le dijo el médico, cada dos por tres baja al bar y pone en jaque a todo el mundo con su impaciencia. Que si las bandejas de canapés no pueden estar vacías, que si hay que recoger las mesas más rápido, que si quedan solo tres botes en el cajón de las gaseosas... Estaba igual la semana antes de su boda... Pero aquello fue una semana ¡y esto serán nueve meses, Dios mío! —Volvió a reír de pura desesperación.

Shea regresó junto a Mav y le entregó su taza de café. Se quedó a su lado, de pie, bebiendo el suyo a pequeños sorbos.

—¿Dices que se queda en casa para que Tess no se salga

del libreto? ¿No está trabajando?

—Trabaja por la mañana en el taller de lunes a viernes y hace media guardia los fines de semana para echarle una mano a Evel con los tuneos que presentarán en Barcelona, en la Harley Days. Pero el resto del tiempo es toooodo nuestro. Bueno, de Tess, principalmente.

—No sueñas muy animado... ¿Qué pasa? ¿No te parece bien?

—¿Que se ocupe de Tess? —Shea asintió—. Al contrario. Lo que no me gusta es que interfiera en mi trabajo... Bueno, eso y que a veces, es un poco bestia... Ya sabes, excesivamente sincero, pero es buen tío.

Shea asintió varias veces con la cabeza. Tenía un hermano que también pecaba de excesivamente sincero, así que conocía la experiencia de primera mano.

—Pero en lo de Tess, estoy con él al cien por ciento —continuó el barman—. Todo el mundo se lo tomó como la típica broma dakotiana la noche que anunció todo emocionado que “estaban embarazados”. Es evidente que no estaba de broma y me parece perfecto. Un embarazo es cosa de dos. Yo seré peor, así que vete preparando —sentenció. Dio un último sorbo a su café y se puso en marcha—. Bueno, preciosa, me tengo que ir, o Dakota *el Terrible* vendrá y se pondrá a aporrear tu puerta.

Al llegar a la salida y comprobar que ella no estaba por ningún lado, retrocedió hasta la cocina y asomó la cabeza.

—¿Holaaaaa? He dicho que me voy, que por otra parte es lo que llevas media hora pidiéndome que haga. ¿Qué pasa, ya no hay besos de despedida en la puerta? —Su rostro se iluminó con una sonrisa traviesa—. ¿O es que has cambiado de idea y quieres que me quede? Ya sabes que yo, encantado.

Shea no se había movido porque su alusión a un futuro embarazo la había dejado paralizada. Clavada al suelo. Nunca habían hablado del tema... En realidad, todo entre ellos había sucedido a tanta velocidad desde el principio, que sus días juntos eran un descubrimiento permanente. Este tema, sin embargo, era especial para ella, y descubrir que algo que con su ex marido había constituido una fuente inagotable de discusiones cada vez más ácidas, con Maverick estaba concedido de antemano sin más, le había dejado en blanco. Él ya lo daba por hecho; en algún momento tendrían un hijo. O quizás, varios.

—¿Holaaaaa? —repitió él. Sonreía, pero menos—. ¿Nena, estás bien?

Shea aterrizó en la realidad de sopetón. Le quitó importancia con un gesto y fue a su encuentro.

—Claro. ¿Cómo voy a estar después de los amaneceres alucinantes que me das cada mañana, señor barman del bar de moteros más famoso de la ciudad? —repuso ella, frotándole el hombro cariñosamente—. Venga, largo. Que no quiero que tengas problemas con tu socio bipolar.

Llegaron a la puerta del piso y Shea la mantuvo abierta mientras él se ponía la cazadora.

—¿Tailandés o mexicano para la cena? —ofreció él. Se inclinó a besarla en los labios. Esta vez fue ella quien se sirvió a gusto.

Los dos se apartaron a regañadientes con un suspiro.

—Mexicano. Pero yo me ocupo.

—Hecho. Luego te llamo —le dio un último beso y sus rápidos pasos se alejaron escalera abajo.

Shea cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Y una sonrisa inmensa se adueñó de su rostro.

* * * * *

Shea llevaba un buen rato poniendo al día el estatus de los distintos contactos que había hecho la última semana. Tenía que reconocer que aquella tarea que habitualmente sucedía con rapidez, aquel día en particular se le estaba resistiendo. No podía decir que fuera una sorpresa, porque desde que estaba con Maverick, su mente parecía hallarse mucho más a gusto distrayéndose en quehaceres placenteros, que trabajando. Y eso que abrir una filial en Londres era un sueño que llevaba acariciando desde hacía tiempo.

Pero por más ideal que fuera todo pensamiento relacionado con el barman, tenía que acabar con ese tema ya que su próxima visita estaba prevista para dentro de una hora y tenía que desplazarse hasta las oficinas del cliente.

Se levantó del escritorio y fue a por un café. Al igual que le sucedía últimamente, esa simple acción la devolvió a los desayunos compartidos con Maverick, y su imaginación comenzó a volar otra vez.

Exhaló un suspiro.

Se sentía como una adolescente. De pronto, se había despertado una mañana y ya no era la mujer descreída del amor que acababa de poner fin a su matrimonio. Era como si se hubiera quitado quince años de encima de un plumazo.

Regresó a su mesa dando pequeños sorbos a su café. Tal y como había sucedido todo entre Maverick y ella desde el principio, un día de primeros de mes, él había comenzado a

amanecer en su cama varias veces por semana. Ninguno de los dos lo había buscado, tampoco habían hablado del tema; simplemente sucedía. Y contra todo pronóstico, teniendo en cuenta los recientes cambios en su curriculum sentimental, le encantaba abrir los ojos por la mañana y sentirlo durmiendo a su lado. Era una sensación indescriptible.

Decidida a apartar esos pensamientos tan agradables durante un rato para poder acabar con el trabajo, Shea dejó el café sobre la mesa y se concentró en acabar de volcar la información en el ordenador.

Ya casi había acabado cuando sonó el teléfono interior.

—*Shea, buenos días, tienes una visita. O mejor dicho, tenías, porque va camino de tu despacho...* —Oyó que le decía la joven recepcionista del centro de negocios.

Por el tono, Shea tentó el pronóstico.

—¿Maverick está aquí de nuevo? —Una sonrisa ya iluminaba su rostro porque aunque no habían quedado ni esperaba que se presentara apenas tres horas después de haberse marchado, verlo siempre era un buen plan.

—*No, tu padre.*

Lo que siguió a continuación sucedió con mucha rapidez. Primero, tomar conciencia del asunto. ¿Su padre estaba en Londres? ¿Había sido él quien había tocado el timbre? Acto seguido, salir a su encuentro.

Se encontraron a mitad de camino.

—Papá, ¿qué haces aquí? Te devolví la llamada, pero estabas sin cobertura.

—Porque apagué el móvil al embarcar. —Brennan Mitchell se inclinó a besarle la mejilla—. Tengo una empresa y una hija en esta ciudad. ¿Por qué te sorprende tanto?

El hombre ataviado con un sobrio traje gris oscuro, hizo

un gesto caballeroso permitiéndole pasar en primer lugar de regreso al despacho, que no encubrió en absoluto su habitual impaciencia.

Shea obedeció, y la conversación no se reanudó hasta que entraron en la oficina y cerraron la puerta.

—¿Puedo ofrecerte un café o un té?

Él ya se había sentado en una de las sillas frente al escritorio principal. Rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—Bueno, tú dirás... —dijo ella regresando a su mesa y ocupando su lugar.

—No soy yo quien tiene que decir. Estoy aquí para que tú me digas a mí.

—¿Que te diga qué, papá?

—A ver, Shea. Si esperabas que me quedara tranquilo después de conocer a las personas de las que te estás rodeando desde que has llegado a esta ciudad, has errado de medio a medio. Ese tipo de compañías son propias de Dylan, no de ti. Y si a esto sumamos que hace apenas unos meses que te has divorciado del hombre junto a quién has pasado los últimos quince años de tu vida, creo que el cuadro está completo. Me preocupa. Muchísimo. En lo personal y, lamentablemente, también en lo profesional.

La sorpresa de Shea era tan grande que permaneció mirándolo con sus grandes ojos grises, como platos, sin atinar a más.

—No es normal, hija. Sé que querías a Ian, de no ser así no habrías estado junto a él tanto tiempo. Sin embargo, ha sido poner un pie Londres y transformarte. No me malinterpretes, me parece bien que intentes seguir con tu vida, recuperarte, pero esto... —Brennan sacudió la cabeza y cuando volvió a mirarla, había recriminación en su mirada—.

Esto es de locos, Shea.

Pasado los primeros instantes de asombro, lo que dominó en Shea fue el enfado. Que se presentara en Londres a leerle la cartilla como si no se hubiera dado cuenta de que lo que tenía enfrente era una mujer de treinta años y no una niña, le parecía indignante. Eso, sin entrar en las alusiones que hacía respecto del tipo de gente de la que se estaba rodeando. Por una vez, sintió en su propia piel lo que tantísimas veces debió haber sentido Dylan.

Apuró su café. Respiró hondo.

—De lo personal, basta decir que me parece una impertinencia de tu parte presentarte aquí a hablar de lo que no sabes y a dar consejos que no te he pedido, olvidándote de que soy una mujer hecha y derecha. Ya no soy una niña, papá. Y lo que haga de mi vida es asunto mío y sólo mío. Y en cuanto a lo profesional, tendrás que aclararme a qué te refieres. ¿O acaso eres de las personas que piensan que no es posible sentirse bien con uno mismo y ser eficaz en el trabajo al mismo tiempo? La empresa va muy bien, mucho mejor de lo previsto. Y si has venido a ayudarme, eres bienvenido. De lo contrario... —Eché un vistazo a su reloj, una ostensible invitación a que se marchara, y a continuación miró a su padre—. Tengo una reunión en cuarenta minutos, así que me marcho.

Brennan, cuyo rostro había enrojecido, Shea no tenía claro de si por vergüenza o por rabia, se puso de pie.

—Te acompaño.

—No, papá. No me acompañas. Si necesito ayuda, te la pediré. Pero si quieres quedarte aquí y echar un vistazo a los nuevos contratos, no me importa. —Su mirada, firme y brillante, dijo a las claras que el asunto no estaba abierto a

debate.

Lo vio asentir de mala gana.

—¿Te marchas hoy o necesitas alojamiento? —le preguntó fríamente.

—Mi vuelo sale por la mañana.

“Adiós, comida mexicana en buena compañía”, pensó Shea con resignación.

Asintió de tan mala gana como su padre había hecho antes y estaba a punto de marcharse, pero ¡qué demonios!, era su vida, y él no tenía ningún derecho a presentarse cuando se le antojaba, dando por hecho que le parecería bien. Se dio la vuelta junto al quicio de la puerta y añadió:

—Ah, papá... La próxima vez que quieras hacerme una visita imprevista, por favor, resérvate un hotel. Tengo una vida, ¿sabes?

Dicho lo cual, tomó su abrigo del perchero y abandonó el despacho.

* * * * *

Tan pronto subió al taxi, Shea llamó a Maverick. Él, que estaba en el bar conversando con unos clientes, se apartó para que pudieran hablar tranquilos.

—Hola, preciosa. Así me gusta, que me llames mucho, que ya sabes que siempre estoy pensando en ti —se anticipó.

—*Mi padre está aquí. Acabo de dejarlo en la oficina después de un cambio de palabras un tanto fuerte, y te juro que tengo ganas de morder...* —fue la respuesta de Shea, que tomó a Maverick

completamente por sorpresa.

—¿Era él el que tocaba el timbre?

—No, era el que llamaba. Estaba en Dublín, a punto de embarcar.

—¿Y por qué fue la discusión? —preguntó con cautela. Su primera impresión al conocer a Brennan Mitchell se correspondía con lo que Shea le había contado de él. Sin embargo, tenía la sensación de que le había caído bien. O por lo menos, no le había caído mal, lo cual tratándose del padre de su chica ya era todo un logro.

—Porque él es así. Su mente está anclada en el siglo diecinueve y pretende que todos vivamos de la misma manera.

—¿Te refieres a mí? —preguntó con dulzura.

Shea sacudió la cabeza contrariada. Con lo detallista y lo buena gente que era Maverick, saber lo que su padre había dicho no le iba a resultar agradable. Sin embargo, no podía ocultárselo.

—No, directamente. Creo que esperaba que me encerrara en casa tras el divorcio y no volviera a salir en diez años. Supongo que para él, eso sería suficiente muestra de dolor social y así nadie cuestionaría la moral de su hijita.

—O sea, que no le preocupó yo, sino que estés teniendo una relación con otro hombre tan pronto. —Su voz dulce volvió a acariciar el oído de Shea.

—Supongo. La cuestión es que está aquí, inspeccionando mi vida, y fastidiándome mucho. Hace un año atrás lo habría tolerado, pero ya no. Así que el cambio de palabras fue fuerte y la verdad, me gustaría decir que me siento mejor, pero no es el caso.

Tras una pausa en la que ambos se mantuvieron en silencio, Shea continuó.

—No soy como Dylan. Y te juro que muchas veces quisiera

poder serlo. No puedo desentenderme de mi padre, y aunque le haya plantado cara, me molestan sus observaciones. Me duele mucho su falta de confianza... De verdad, qué frustrante es... Con lo bien que había empezado el día...

Maverick podía entender lo que sentía. Y no porque hubiera vivido nada parecido, sino porque la conocía. Era una persona sensible y mucho más tierna de lo que su exterior daba a entender. Quería a su familia, estaba muy apegada a ellos. Lanzarse a la aventura de abrir una nueva filial de la empresa familiar, había sido también un intento de dar un giro a su propia vida, pero estaba siendo duro para ella. Él se daba cuenta, incluso por la forma en que Shea se alegraba con sus apariciones inesperadas, de que no estaba acostumbrada a estar sola.

—Bueno, a ver, no soy un experto en la materia, pero sé que normalmente la desconfianza es una consecuencia de no saber. Quizás, lo que necesita tu padre es vernos en acción, ver cómo son nuestros días, cómo es nuestra relación... Darse cuenta de que estás viviendo un gran momento sin necesidad de explicárselo, sólo por ver cómo se te iluminan esos ojos increíbles que tienes... Quizás no debas mantenerlo al margen. A lo mejor, la solución es justamente lo contrario, dejar que él sea parte de esto que tenemos y que compruebe en persona lo bien que estamos.

Shea continuaba demasiado enfadada para ser capaz de pensar en su padre con un poco de empatía. En aquel preciso momento, lo que sentía era ganas de enviarlo a dormir a un hotel. Pero tampoco deseaba contrariar a Maverick, él sólo estaba intentando tranquilizarla, ofrecerle una alternativa. Una alternativa que pasaba, como todo lo que tenía que ver con él, con ir de frente.

—*¿Me dejas que lo piense?* —ofreció. Maverick supo por el tono de su voz que ella se estaba serenando.

—Claro, preciosa... *¿Sabes qué? ¿Qué te parece si en vez de mexicano para dos, lo pides para tres y lo disfrutamos en compañía de tu padre? A mí no me importa, te lo digo de verdad, y si esto va ayudar a que tu relación con él mejore un poco, encantado.*

Al oírlo, la mente de Shea regresó inevitablemente al hombre con quien se había casado en primeras nupcias y, como cada vez que su egoísmo supino quedaba contrapuesto a la generosidad de Maverick, volvió a asombrarse.

—*Eres un tipo increíble, Mav. No sabes lo orgullosa y lo agradecida que estoy de que seas parte de mi vida.*

—Pero... —dijo él con una sonrisa pícaro, esperando que ella añadiera la objeción de rigor.

—*Deja que me lo piense, ¿vale? ¿Eh, por favor?*

La voz de Shea era casi normal; tierna como siempre que se dirigía a él.

Maverick no tuvo que pensarse su respuesta. Lo que ella decidiera, iría a misa. En ese asunto y en todos los demás.

—Por supuesto, preciosa.

* * * * *

Shea aprovechó que su padre se estaba dando una ducha para avisarle a Maverick que dejarían la cena mexicana para otro día. Después de cuatro citas comerciales y otro duro intercambio de palabras con su progenitor, que insistía en

seguir discutiendo las fases de un proyecto que estaba funcionando incluso mejor de lo previsto, había cubierto su cuota por el día. No estaba de humor para más tonterías paternas. Especialmente, no estaba de humor para que Brennan Mitchell estropeará la primera relación romántica funcional de su vida con sus sermones moralistas pasados de moda. En cuanto él se enterara de que su “acompañante” no solo parecía muy joven, sino que además lo era, no se librarían ninguno de los dos. El tema surgiría antes o después, pero de ninguna manera permitiría que fuera aquella noche. Su paciencia no daba más de sí.

Él la atendió al segundo timbrazo.

—*Eh, pero mira a quién tengo pegada a mi oreja... ¿Cómo estás, preciosa?*

El suspiro adelantó la respuesta de Shea a las mil maravillas.

—*¿Para tanto es la cosa?* —dijo él.

—No te lo imaginas. Estoy a un tris de cometer un parricidio. ¿Te puedes creer que no está de acuerdo con lo que he negociado con el dueño de la nave industrial? Dice que es muy precipitado y que, además, eso del alquiler con opción a compra le parece tirar el dinero. ¡Me dijo que quería hablar con el propietario! —repuso, ofuscada.

Maverick se apartó en busca de intimidad al notar que los ojos de Cheryl no le perdían pisada.

—*Yo creo que sería un error que lo hiciera. Es un buen trato, para ti mejor que para él. No hay que darle razones para que lo reconsidere.*

—Ya no puede reconsiderarlo, esta mañana firmamos el contrato. Mi padre no lo sabe todavía. Se lo diré después de cenar... Y por cierto, como las cosas se pondrán complicadas,

prefiero que dejemos nuestra cena mexicana para mañana. El vuelo de mi padre sale a primera hora, así que si quieres, cuando acabe de trabajar puedo pasar a buscarte por el MidWay... ¿No te importa, Mav?

La sonrisa desapareció del rostro de Maverick. La idea de no verla aquella noche no le gustaba en lo más mínimo. Pero enseguida comprendió que a ella le gustaba tan poco como a él.

—Claro que no. Bueno, sí que me importa. Me encantaría que fueras lo último que veo antes de dormir, y ninguna alternativa me parece mejor que esa, pero... Entiendo lo que sucede y si encima me dices que mañana vienes por aquí y podré fardar de novia preciosa entre los colegas del bar, entonces no me quejo.

—Eres genial, Mav...

—Venga, arriba ese ánimo. Seguro que consigues no cometer un parricidio.

—¿Tú crees? Aj, de verdad que hay veces que lo mataría... Es terco como una mula... ¿En serio no te importa cenar solo esta noche?

La voz de Shea rezumaba dulzura y a él no le hacía falta su dulzura; ya tenía suficientes ganas de comérsela a besos sin necesidad de una ración doble de azúcar.

—No voy a mentirte, preciosa. Me importa, pero no te lo tendré en cuenta, tranquila —bromeó—. Además, no cenaré solo. Gracias a ti, hoy mi madre estará feliz de verme el pelo. ¡No se lo va a poder creer!

Esta vez una sonrisa apareció en el rostro de Shea.

—Me alegro, no me gustaría que empezara a odiarme antes de conocerme... —bromeó—. Bueno, te dejo. ¿Hacemos footing mañana?

—A las siete en punto me tendrás tocando tu puerta.

—Perfecto. Un beso, y que sueñes con los angelitos.

—*Ya. Tú mejor sueña conmigo, ¿vale? Que con semejante bombón de mujer, no me fío de ellos aunque tengan alas* —dijo Mav con segundas, y enseguida se echó a reír.

Shea soltó la primera risa auténtica del día.

—Ay, qué largo se me va a hacer hasta mañana, Mav...
—murmuró antes de colgar.

Y a él. Eterno, admitió el barman para sí. Dios, mejor que no se pusiera a pensar en eso porque era capaz de presentarse en su puerta de madrugada, aunque solo fuera para robarle un beso.

* * * * *

Sin embargo, ninguno de los dos tuvo una noche tranquila aquel día.

Al llegar, Maverick encontró a su madre en la cocina. La mesa estaba puesta y la comida en el horno, ya que no había querido oír hablar de comida rápida. Y su bienvenida había consistido en decirle “siéntate, que tenemos que hablar”.

—¿Sucede algo, mamá? —le preguntó, algo preocupado.

A Madeleine Curtis le había costado levantar cabeza y aún seguía en tratamiento. Volver a la vida laboral le había ayudado a recuperar la normalidad, pero Maverick no había conseguido quedarse tranquilo del todo. Siempre esperaba que sonara el teléfono en cualquier momento. La depresión era un enemigo silencioso, siempre al acecho, le había dicho su psiquiatra.

—Eso me gustaría saber a mí, Mav.

—¿Es por mí?

El alivio fue patente en el rostro juvenil de su hijo, pero Madeleine pensó que, quizás, fuera demasiado pronto para aliviarse.

—Vamos a ver, cariño... —repuso ella, armándose de paciencia al tiempo que se sentaba a la mesa y le indicaba a su hijo que hiciera otro tanto—. Desde que dejaste de repartir ultracongelados y empezaste en ese bar, tu vida es una locura. Ahora, además, la mayoría de las noches ni siquiera duermes en tu cama. Trabajas mil horas, te vas de juerga cuando deberías descansar, comes mal, duermes cuando te acuerdas, y casi no te veo el pelo... Así no puedes seguir, Maverick.

Él se dejó caer en la silla con un bufido. Lo que le faltaba después de un turno de doce horas de pie era un sermón materno.

—Mamá, por favor, no me des la brasa... ¿No podemos cenar en paz? Dices que no me ves el pelo y sí, es cierto que últimamente ando muy liado, pero... ¿así quieres pasar este rato juntos?

Madeleine respiró hondo. Era una mujer moderna y el estilo de vida de la gente joven no le suponía ningún problema. Lo que le preocupaba era el exceso. Desde niño, Maverick era de esa clase de personas que gozaban de un nivel extraordinario de energía y estaba acostumbrada a verlo en constante actividad. Sin embargo, el tipo de vida que llevaba desde hacía unos meses era insostenible. Pero últimamente, su actividad febril también ocupaba las horas nocturnas. No necesitaba que él le explicara a qué se dedicaba después de que el bar cerraba, sino verlo poner orden en su vida.

—De acuerdo, Mav. Te lo voy a decir una vez. Está muy bien divertirse, pero cuando llevas meses trabajando mil horas por día sin parar, no puedes también estar de juerga todas las noches. Además, a diferencia de nosotras, a vosotros os agota. Ya me entiendes.

En un primer momento, Maverick se quedó mirando a su madre sin atinar a decir nada. De sentirse sermoneado a sentirse como si estuviera sentado sobre brasas. Había sido estriper, por lo que su sentido de la vergüenza no era especialmente acusado. Pero estaba bastante seguro de que acababa de ponerse rojo.

—No puedo creer que estés diciendo lo que creo que estás diciendo...

¿Y por qué no? ¿Acaso la tenía por una momia? Estaba viva y también tenía una vida sexual aunque, evidentemente, no tan activa como la suya. Madeleine le dedicó a su hijo una mirada displicente.

—Esto sí que es bueno... Oye, que el olfato todavía me funciona muy bien y tú hueles a sexo cada vez que entras por la puerta. —Madeleine volvió a sacudir la cabeza ante la expresión alucinada que había en la cara de su hijo—. Tu padre también tenía una amante para cada día de la semana, lo que se hereda, no se roba, pero eres mi hijo y cumplo en decirte que me preocupas mucho y que no quiero que las cosas sigan así. Pon orden en tu vida, Maverick. Por favor.

Así que ella creía que él estaba emulando a su padre, yéndose de picos pardos con una diferente cada noche. No salía de su asombro; aparte de algún lejano parecido físico, nunca había compartido ninguna otra cosa con él.

Esta vez fue Maverick quien sacudió la cabeza. Estuvo a punto de decirle que no eran varias, sino una mujer quien

ocupaba su mente y su corazón, pero no lo hizo. Jamás había tenido siquiera una novia de instituto o una amiga especial y después de la hecatombe emocional de su madre -provocada por la ludopatía de su segundo ex marido que acabó dejándolos con lo puesto-, no estaba seguro de cómo tomaría la noticia.

—Vale, mamá. Reclamación anotada. ¿Podemos cenar? Me muero de hambre.

En la otra punta de la ciudad, Shea se sentó en el sofá, agarró el mando de la mesilla y encendió el televisor en un intento de poner fin al altercado.

Altercados, en plural, lo expresaría mejor. Porque desde que su padre había aterrizado en Londres, le estaba poniendo la cabeza como un bombo con todo. Para colmo, al ir a ducharse había visto un bote de espuma de afeitar en uno de los estantes del armario del baño. Como si fuera asunto suyo lo que ella hacía en su propia casa... Para evitar más discusiones, Shea había quitado de en medio el asunto recordándole que el piso era de Dylan, que a la sazón era hombre y como era de todos sabido, se afeitaba hasta la cabeza. Estaba segura de que él no le había creído, pero al menos había conseguido cerrarle la boca.

De poco había servido. Después de una ducha relajante y una cena a base de nachos y fajitas que no había dejado de criticar, Brennan Mitchell había vuelto a la carga con su caballito de batalla preferido; el “proyecto Londres” de sus hijas.

—Lo siento, papá. No es un tema abierto a discusión y estoy cansada. Necesito desconectar.

Él le quitó el mando de las manos y lo apagó. Permaneció de pie, frente a ella, mirándola directamente.

—¿Qué modales son esos? Mira, Shea, que me haya jubilado de la imprenta, no quiere decir que mi cerebro se haya jubilado. En absoluto. Has encarado esto como si necesitaras demostrarle algo a alguien. Vas a toda marcha y no estás viendo las luces de advertencia. ¿Por qué quieres meterte en un contrato a cinco años por una nave inmensa medio en ruinas, que es el doble de lo que vas a necesitar en una década, por lo menos? Puedes seguir subcontratando el trabajo unos meses más hasta asegurarte una buena cartera de clientes y entonces, invertir en una nave acorde a tus necesidades y equiparla en condiciones para seguir creciendo, ir a por las grandes editoriales, no emprendedores o esas empresas minúsculas con las que estás trabajando. Esa es la forma de hacer las cosas, hija.

—Esa es tu forma, no la mía. Y perdona, pero lo que dices no tiene nada que ver con el proyecto que estoy sacando adelante y al que diste el visto bueno en su momento, ¿te molestaste en mirarlo siquiera? —Shea exhaló un suspiro ante la dureza de la mirada de su padre—. No voy tras las grandes editoriales, esas ya están servidas de sobra. Voy tras un nicho nuevo de mercado, y para generar beneficios reales necesito eliminar a los intermediarios. No es nada raro ni estoy haciendo ninguna locura. Es lo que estaba previsto, aparece en tu dossier. Así que, por favor, acabemos ya con esta discusión sin sentido.

Brennan respiró hondo, cada vez más indignado.

—Retrasaré mi vuelo. Quiero ir a ver esa nave industrial y hablar con su dueño.

Ya basta, pensó Shea que se levantó del sofá y puso

rumbo a su habitación ante la expresión iracunda de su progenitor.

—No hay nada que hablar, papá. Tú tienes voz pero no voto en este asunto. El contrato ya está firmado y yo me voy a dormir.

—¿Cómo que ya está firmado? ¿Te has vuelto loca? Shea, vuelve aquí... No sigas tirando del cable porque se va a cortar —advirtió, yendo detrás de su hija.

El portazo en sus narices, seguido por el sonido de la cerradura, le informó alto y claro que, por parte de Shea, el cable ya se había cortado.

Shea había conseguido quitarse de la línea de fuego, pero no mejorar su ánimo. Hora y media después de haberse encerrado en su habitación, continuaba sin pegar ojo. Había tenido discusiones con su padre en el pasado muchas veces, pero, de alguna forma, aquel día había sido diferente. No solo había enfado en ella, también la sensación de que había alcanzado su límite. Sin embargo, en medio de su hartazgo, no dejaba de resultarle curioso que la misma actitud paternalista de siempre, en el mismo hombre de siempre que se creía dueño de la verdad absoluta, pudiera haberle resultado tan inaceptable aquel día...

Después de darle vueltas al tema, se dio cuenta de que lo que había sucedido era que ella había cambiado; tenía una nueva vida lejos de los críticos ojos paternos, y a Maverick en ella. Ahora que había aprendido cómo era sentirse valorada y aceptada tal cual era, no había vuelta atrás. Lisa y llanamente, ya no toleraba las intromisiones paternas.

Y lo peor, ya no estaba dispuesta a adaptarse para evitar

discusiones con él. Sus planes originales de aquella noche incluían una cena mexicana para dos con el hombre más increíble que había conocido jamás, y ahora estaba sola en su cama, maldiciendo en todos los idiomas que conocía...

Y lamentando que Maverick no estuviera allí, con ella.

Se preguntó si a él le sucedería lo mismo.

Y deseó intensamente que fuera así.

Viernes, 14 de mayo de 2010.

Dakota miró a Maverick y soltó una carcajada. Su socio llevaba toda la tarde eléctrico, y ahora acababa de soltar la bayeta en el fregadero a la voz de “¡colegas, estoy oficialmente de vacaciones!” mientras meneaba el culo en uno de sus bailecitos de estriper cachondo. El tipo era un caso serio.

—Espero que no me echéis mucho en falta y que el segundo yogurín más bueno de este bar no se haya olvidado de cómo se tira una cerveza como dios manda —señaló a Dakota, quien sacudió la cabeza y pasó de hacer comentarios—. Pero si no es el caso, que sepáis que no me voy a enterar porque lo voy a estar pasando FA-BU-LO-SO —y acompañó cada sílaba de su última palabra con un golpe de caderas que arrancó silbidos y aplausos de aprobación entre el público femenino presente.

Casi todo el público femenino presente. Cierta camarera treintañera, amante del color negro, le dedicó una mirada de esas capaces de convertirlo en piedra. Mirada que Maverick decidió ignorar, exactamente igual que venía haciendo con todas las otras que le dedicaba a diario, cada vez que lo veía enviando un SMS o hablando por el móvil. Shea no siempre estaba involucrada. Todavía seguía recibiendo llamadas de clientes mujeres en busca de un boy para animar sus fiestas,

pero Cheryl estaba convencida de que hablaba con ella. Seguía con su corazón partido a cuerdas, que él no se creía y que, en todo caso, le daba igual. Aquel día, más que el resto de los días. Estaba a punto de comenzar un fin de semana de locura junto a la mujer que amaba y todo lo demás le traía sin cuidado. De un momento a otro, Shea lo pasaría a recoger para ir al aeropuerto donde daría comienzo un fin de semana que los dos esperaban con ansias y, en lo que a él respectaba, el mundo podía saltar por los aires; estaba en la octava nube y lo más probable era que no se enterara de la explosión.

Un coro de “¡vuelve pronto, Mav!”, formado principalmente por voces femeninas, lo acompañó hasta la puerta del bar. Él hizo un último saludo con la mano y fue directamente al encuentro de Shea que lo esperaba en su coche. Un beso húmedo y largo anunció cuál sería el ambiente de la pareja los próximos dos días.

—¿Preparada para ser solo mía durante un fin de semana completo? —susurró, todavía acariciando los labios femeninos con los suyos.

Se miraron unos instantes. Había emoción y mucha ilusión en sus ojos.

“Absolutamente”, fue la respuesta de Shea.

Y él volvió a besarla.

* * * * *

Acababan de pasar el control de seguridad y estaban recogiendo sus pertenencias de las bandejas de plástico,

cuando el móvil de Maverick empezó a sonar.

Shea lo vio mirar la pantalla y fruncir el ceño. De inmediato, supo la razón del súbito cambio en su expresión.

—¿Mamá, está todo bien?

—*No estoy segura, la verdad... ¿Dónde estás?*

—*En Heathrow, a punto de embarcar. ¿Qué pasa?*

La pareja intercambió miradas. Shea tomó las cosas de Maverick y devolvió la bandeja a la pila. La zona empezaba a congestionarse con otros pasajeros pasando el control y ellos estaban estorbando.

—*Acabo de cruzarme con Ronnie, así que con él no puedes estar. Con su primo tampoco porque estaban juntos. Me dijiste que te ibas con ellos. ¿De qué va todo esto, Mav?*

Joder. Buen momento eliges para dar por saco, madre. Sus ojos buscaron a Shea. Ella, que parecía atenta al escaparate de una de las tiendas del área libre de impuestos, en aquel momento se aproximó y le puso sus cosas en la mano al tiempo que le indicaba con señas que iba al baño.

Él no apartó la vista de la esbelta silueta femenina que se alejaba inusualmente vestida de vaqueros, cazadora y deportivas. Por un lado, le agradecía el espacio, ya que estaba seguro de que lo había hecho a propósito; por otro, le preocupaba lo que ella pudiera estar pensando. ¿Estaba a punto de irse de fin de semana romántico con un crío al que su madre no dejaba de controlar ni a sol ni a sombra?

—No te dije que me fuera con ellos...

—*Dijiste “mis amigos”. ¿Acaso tienes otros amigos con los que irte de viaje que yo no conozco?*

—Mamá, ya vale. Soy mayor para irme donde quiera con quien me de la gana sin tener que darte explicaciones.

El silencio que se hizo al otro lado del teléfono fue

denso.

—*Por lo visto no lo bastante mayor para decirle a tu madre la verdad. Muy bien, Mav. Disfruta de tu viaje... Con quien sea que te vayas*—sentenció.

Lo siguiente fue el sonido de llamada cortada.

Maverick se frotó la frente, como si aquel movimiento inconsciente tuviera la propiedad mágica de ofrecerle la solución perfecta a aquel dilema. No deseaba presionar a Shea, quería que las cosas siguieran sucediendo entre ellos como hasta el momento; de forma espontánea. Pero, por otro lado, tampoco quería estar a malas con su madre quien, desde que él casi no paraba en casa, estaba mucho más susceptible que nunca. Cosa que también tendría que explicarle a Shea para que no hubiera malos entendidos. Habían hablado muchas veces de cosas del pasado, compartido anécdotas y algún que otro secreto, pero él se había guardado los detalles dolorosos y estaba seguro de que ella había hecho otro tanto. Ahora, tendría que hablarle de su padre mujeriego, de su padrastro ludópata gracias a quien lo habían perdido todo, su madre había enfermado (y en consecuencia, perdido su trabajo) y de cómo él, que había conseguido su independencia antes de cumplir los dieciocho, había pasado a convertirse en el cabeza de una familia de dos; su madre y él. Solo con pensarlo se agobiaba, pero...

Joder. ¿Cómo contentar a una sin presionar a la otra? Era imposible.

Cuando Shea reapareció traía una sonrisa que a Maverick le alivió ver.

—¿Todo bien?—preguntó ella.

De primeras, él asintió, pero enseguida puso un gesto de dolor.

—No me mates, Shea... Tengo que pedirte una cosa...

—¿Tan mala es que voy a querer matarte? No me asustes...

Maverick la sostuvo por los codos mientras le hablaba, su gesto de dolor pegado a la cara.

—Ya sé que tienes bastante con tu familia y que lo último que quieres es ración extra de padres metomentodo, pero... En casa dije que me iba de viaje con unos amigos y resulta que mi madre acaba de cruzarse con ellos por la calle... Con esto de que casi no me ve el pelo, está preocupada y yo...

La expresión del rostro femenino lo hizo sonrojarse. Algo que nunca había conseguido el hecho de desnudarse prenda a prenda frente a una docena de desconocidas exaltadas, fue coser y cantarⁱ ante esos ojos hermosos que cada vez que se posaban sobre él, le derretían el corazón.

Claro, pensará qué clase de cabrón soy para meterme en su cama cinco noches de siete y mantenerlo en secreto para la única familia que tengo...

—No he querido decirle lo nuestro porque... Bueno, es una larga historia, pero mi madre puede ser muy, muy pesada cuando se lo propone y, para colmo, soy...

—Su único hijo —repuso ella con sencillez.

—Exacto, sí —dijo él algo aliviado—. Espero que no te importe, que no me lo tengas en cuenta...

Ella asintió sin saber muy bien qué decir. Tal y como habían sucedido las cosas entre ellos, que él hubiera corrido a presentarle a toda su familia habría sido una reacción a la altura, y no lo contrario. Sin embargo, que la suya conociera a Maverick había sido totalmente accidental. De hecho, seguía

evitando que su padre y él volvieran a verse las caras.

—¿Nos sentamos? —ofreció Shea, y cuando acabó de decirlo ya se dirigía hacia unos asientos que estaban libres.

A Maverick le corrió frío por la espalda. “Joder, mamá, como lo hayas estropeado con tus neurias, te vas a enterar”.

Ella lo miró con una sonrisa incómoda cuando se sentó a su lado. Notó que todavía llevaba en la mano parte de las cosas que había tenido que quitarse para pasar el control de seguridad; llaves, billetera, y su extensa colección de anillos y pulseras.

—¿Estamos bien? —se atrevió a preguntar él. Ya no soportaba tanto silencio.

Ella lo miró sorprendida.

—Qué cosas tienes, Mav... —repuso. A continuación, tomó la bisutería de su mano y la fue colocando en su lugar una a una mientras meditaba su respuesta.

Y como siempre que ella lo sorprendía con ese tipo de reacciones, el yo aventurero de Maverick apostó consigo mismo a que si ella acertaba poniendo cada anillo y cada pulsera en la mano correcta, le comería la boca en mitad de Heathrow y tendría que venir la policía a separarlos, mientras su yo más romántico la animó silenciosamente para que no se equivocara, ya que eso sería otra prueba más de que la razón por la que se conocían hasta en los detalles, era que estaban hechos el uno para el otro.

Shea no erró ninguna, pero fueron sus palabras las que volvieron a confirmarle a Maverick que eran dos seres afines que encajaban a la perfección.

—Tenemos que dejar de escondernos.

Él exhaló un suspiro aliviado. Asintió con la cabeza una y otra vez sin apartar los ojos de ella.

Shea continuó.

—Intentando evitar que su desaprobación nos haga daño, estamos empeorando las cosas... Yo no contaba con esto, *contigo*. —Lo miró a los ojos—. Me tomaste completamente desprevenida y admito que me costó aceptar que lo que nos pasaba era real, pero lo es. *Es real*. Y me encantaría que mi padre te viera como a un hijo, que lo enamoraras igual que hiciste con mi hermana... Por supuesto, también me encantaría caerle bien a tu madre, que me quisiera... Pero lo más probable es que me ponga bajo el microscopio. Que le parezca demasiado mayor para ti, demasiado formal, demasiado rubia... o vete a saber; los padres suelen ocultar su temor a perdernos detrás de las razones más peregrinas... Que eso no nos acobarde, Mav.

Notó que él continuaba mirándola con los ojos brillantes y una de sus expresiones indefinibles. Shea sonrió y volvió la vista al frente.

—Además, cuanto antes se hagan a la idea, mejor, porque tengo planes para nosotros.

Lo espío por el rabillo del ojo y su sonrisa se ensanchó. Él tenía cara de estar chapoteando plácidamente en un mar de endorfinas.

Lo que en efecto, era cierto.

Maverick estaba loco por ella, enamorado hasta las trancas por primera vez en su vida, y oírla pronunciar la palabra “nosotros” le había puesto la guinda al pastel. Porque solo entonces se dio cuenta de que le daba exactamente igual qué verbo viniera detrás de esa palabra.

—¿Planes? —Ella asintió con una sonrisa imposible—. ¿Voy a necesitar llamar a una ambulancia o mi corazón lo soportará, tú qué crees?

Shea sacó su móvil del bolsillo y mientras le echaba una mirada divertida, fingió marcar el número de emergencias. Él se lo quitó de las manos y, de paso, se quedó con ellas. Las apretó posesivamente y luego las besó. Primero una, luego la otra.

—Venga, dímelo... —suplicó.

Ella exhaló un suspiro ansioso. Llevaba días dándole vueltas a ese tema de forma tan secreta que jugaba a las escondidas con su propia mente. Cada vez que el pensamiento se presentaba, lo acariciaba durante unos segundos y luego lo echaba a prisa de su cabeza, como si hubiera alguien más allí y ella no quisiera que la pillaran *in fraganti*. Ahora, estaba a un tris de ponerlo en palabras...

Y de comprobar si era una ingenua que estaba loca de remate...

O si los locos ingenuos eran dos.

—La nave estará lista en un par de semanas y no puedo seguir viviendo en Piccadilly Circus. Tendría que atravesar la ciudad en hora punta dos veces al día para ir a trabajar.

Exhaló otro suspiro y, por un momento, se animó pensando que no podía ser solo su corazón el causante de que todo a su alrededor se expandiera y retrajera a un ritmo cada vez más rápido. Seguro que el corazón de Maverick latía tan a destajo como el suyo.

—He pensado que... —El barman contuvo el aliento cuando ella giró el rostro y sus ojos se posaron sobre él—. ¿Te gustaría que nos mudáramos... juntos?

Maverick soltó el aire de golpe y su rostro se transformó completamente. Sin embargo, su reacción no fue responder a la pregunta causante de que su corazón bailara un rock and roll frenético. Se metió en la boca de Shea, tal y como había

apostado consigo mismo que haría, y la besó, la besó, la besó....

Y en un momento determinado, ninguno de los dos supo bien cuándo, él se puso de pie arrastrándola consigo, y sus brazos se cerraron en torno a ella con la determinación del que ha decidido que ese es su lugar y que nada ni nadie logrará apartarlo jamás.

—¿Esto es un sí...? —murmuró Shea, bebiendo de sus besos.

Él hizo una pausa para poder mirarla. Recorrió sus facciones con avidez, como si fuera la primera vez en su vida que las veía. Asintió lentamente mientras devoraba los labios femeninos con sus ojos.

—Ya lo creo... Quiero absolutamente todo lo que tú quieras. Todo, Shea.

La pareja volvió a enzarzarse en un toma y daca apasionado. Estaban como dos locos felices, enamorados de la vida y de lo que esta les deparaba.

Y no fue la policía quien consiguió apartarlos, sino la última llamada para embarcar.

—¡Venga, preciosa, que nos dejan en tierra! —exclamó él tomándola de la mano.

—Sí, por Dios... ¡Qué locura! —repuso ella.

Y los dos echaron a correr hacia la puerta de embarque sin parar de reír.

* * * * *

Menorca, España. Sábado, 15 de mayo de 2010.

Menos mal que en el último momento Shea había decidido no avisarle a su hermano de que pasarían el fin de semana en Menorca, porque Maverick y ella parecían haberse puesto de acuerdo para estar a solas y a su aire el mayor tiempo posible.

La noche del viernes la habían pasado en Barcelona ya que su vuelo no salía hasta el día siguiente. Ninguno de los dos había estado antes en la ciudad Condal y habían apurado el tiempo al máximo para disfrutar de la gran variedad de entretenimiento nocturno que ofrecía una ciudad a la que se prometieron que volverían muy pronto. Se habían acostado a las tantas y, como era de esperar, habían dormido muy poco. El proyecto de compartir casa, sumado a la experiencia de poder estar juntos con todo el día por delante, los tenía en una nube.

El plan al llegar a Menorca era que después de instalarse en el hotel llamarían a Dylan. Shea estaba segura de que su hermano querría organizar alguna visita turística, además de la consabida cena con él de cocinero, y quería que él pudiera contar con el mayor tiempo posible para prepararlo.

Pero Menorca los había recibido con veintidós grados y un cielo totalmente azul y, casi sin darse cuenta, estaban a bordo del coche de alquiler, haciendo kilómetros y dándose un baño en cada cala en la que se detenían. Después de la comida, más kilómetros. Maravillados por la belleza de aquel paisaje de postal, apenas se dieron cuenta de que la tarde se había puesto y seguían sin llamar a Dylan. Con la excusa de cambiarse antes de ir a ver a la familia, habían regresado al

hotel. Y una vez en la habitación, ella le había pedido ayuda con la cremallera del vestido y la visión de aquella espalda desnuda había disparado la imaginación de Maverick, que no había podido resistirse a besar cada centímetro de su piel. Lo había hecho lentamente, saboreándola. Demorándose en sus zonas erógenas favoritas y demorándose mucho más aún, en las que Shea prefería. Había acariciado y mordisqueado, lamido y chupado con fruición. Se había empleado a fondo, como siempre, y ahora ella le estaba demostrando todo su agradecimiento...

Demasiado agradecimiento para un fin de semana que ya prometía grandes emociones.

Maverick gruñó de placer, y apartó a Shea con suavidad pero con decisión.

—No quiero correrme en tu boca —le dijo entre suspiros al tiempo que se ponía de pie y la ayudaba a hacer lo mismo.

Shea se estremeció. Estaba acostumbrada a sus formas directas, pero no a este lenguaje gráfico, tan diferente al Maverick que conocía. Descubrió que, para variar, viniendo de él le gustaba.

Era más que gustarle, en realidad. Algo que sus siguientes palabras se ocuparon de dejar claro.

—Pues yo sí. Pero mientras te corras conmigo, hazlo donde quieras.

Maverick exhaló un suspiro de fuego. Se impuso con su cuerpo, dejándola completamente a su merced. Aprisionada entre su cuerpo y la pared que comunicaba con el baño. No necesitaba tocarla para saber que ella estaba a punto, pero lo hizo. Una mano se internó entre sus piernas, confirmando lo que ya sabía. A modo de respuesta, la que le agarraba el

miembro frotó más fuerte, llevándolo al borde de la locura. Su cuerpo le pedía guerra. Guerra a secas; sin palabras, sin dulzuras, sin romance. Pero a pesar de la generosa oferta que ella le había hecho, no estaba seguro de querer asumir el riesgo de dejarse llevar.

—Me refería a ahora, Shea —musitó de forma entrecortada entre besos y mordiscos—, pero gracias por la aclaración. La tendré *muy* en cuenta para cuando nos despertemos juntos por las mañanas.

Hubo un atisbo de sonrisa en los dos, que adivinaron más que vieron debido a que la habitación estaba en penumbras, apenas alumbrada por la luz de las farolas de la calle que se colaba por la ventana. Un momento de silencio con las miradas conectadas, mientras la mano de ella frotaba el miembro con más fuerza y dos dedos de Maverick se hundían rítmicamente dentro de Shea.

—Bien. En ese caso, habrá que añadir unos minutos más a nuestros desayunos. ¿Diez serán suficientes? Mejor quince, ¿no? Para que te corras a gusto... —murmuró ella.

Maverick tembló perceptiblemente. No fueron solo sus palabras que prometían convertir la primera comida del día en su momento preferido, ni que le siguiera el juego volviéndolo más loco por ella de lo que ya estaba; también el dedo femenino que acarició la cabeza de su pene.

Al sentir la humedad sobre él, una oleada de placer recorrió el cuerpo de Shea. Su mente se inundó de pensamientos, respuesta de sus deseos más profundos que tenían que ver con lo que estaba sucediendo y con unas ganas irresistibles de verlo suceder. De verlo, no solo de sentirlo. Retiró la mano masculina de su pubis con suavidad y empuñando el grueso miembro, lo dirigió al lugar donde

deseaba tenerlo.

—¿Sin condón? —preguntó él que se las había arreglado para que un rayo de conciencia sobreviviera al aluvión de hormonas, no sabía muy bien cómo.

—Sin condón.

A Shea los anticonceptivos femeninos le daban problemas e incluso cuando los usaba, fuera la píldora o un DIU, muy rara vez lo hacían sin condón. Ella siempre extremaba las precauciones. Hoy, por lo visto, tirarían la casa por la ventana... La sola idea de volver a sentirla sin filtros lo puso a cien.

—Cuánta osadía toda junta... —La sostuvo firmemente por las caderas y entró en ella con fuerza. Lo hizo de una vez, profundamente, y luego se retiró al tiempo que soltaba un suspiro ardiente en el oído de Shea.

Ella se acomodó en el abrazo masculino. Le rodeó las caderas con una pierna y él repitió el proceso. Pronto, las embestidas se volvieron más rápidas, pero algo menos profundas.

—No es osadía, es ciencia; hoy no soy fértil...

—Qué bien... Pues que sepas que esta noche te voy a dar mucha caña...

—¿Más? —le dijo al oído. A continuación, recorrió con su lengua los pliegues de la oreja masculina antes de imitarlo—: Qué bien...

Maverick volvió a gruñir.

—Joder, Shea... Primero, me invitas a ir a vivir contigo, y ahora lo hacemos a pelo... Dios, no sé qué te pasa este fin de semana, pero ojalá tengamos muchos más fines como este...

—Sus labios, parcialmente abiertos, se deslizaron por el cuello femenino, dejando una huella húmeda.

Un gemido entrecortado salió de la boca femenina cuando él se retiró por completo para luego enterrarse dentro de ella, esta vez hasta el fondo.

Se miraron, ardiendo y con la respiración acelerada. Ella volvió a insinuarse, y él volvió a hundírsela.

—Más fuerte —exigió Shea.

Maverick exhaló una bocanada de aire caliente.

—Me voy a correr...

—Más fuerte —volvió a decir.

—Joder, nena... Te voy a partir en dos. —Los dos se movieron bajo la fuerza de las embestidas, y con cada sacudida se excitaban más y deseaban más.

—Sigue —lo azuzó ella.

—Shea, Shea, Shea... Joder, la tengo tan dura que... —A pesar de lo excitado que estaba, no concluyó la frase porque un pensamiento atravesó su mente; ¿no estaba siendo un poquito demasiado explícito?

La voz femenina se ocupó de despejar todas sus dudas.

—¿Va a explotar con luces multicolores?

En otras circunstancias, los dos habrían reído. En estas, él aprisionó el lóbulo de la oreja de Shea entre sus dientes y emitió un sonido que fue mitad una afirmación, mitad un gemido. Ella remató la faena.

—Pues es una pena tener que perderme ese espectáculo. La próxima vez, con luz, ¿vale?

El estremecimiento de Maverick fue como un latigazo de deseo que los sacudió a los dos.

Las embestidas se reanudaron mucho más rápidas y potentes, y con la última, la pareja alcanzó el orgasmo con un grito de liberación.

* * * * *

Aquel domingo, después de que Maverick devorara medio bufé para desayunar ante la mirada divertida de Shea, y de las risas a cuenta de que él la culpara, con todo el doble sentido del mundo, de ser la responsable de su hambre voraz, la pareja por fin puso rumbo a la casa de Dylan Mitchell en Cala Morell.

Shea aparcó junto a la entrada del garaje, detrás del monovolumen de su hermano. Sobre la acera estaba la moto de Andy. Eso quería decir que, a pesar de ser ya media mañana, los habían encontrado en casa.

Cerró el vehículo con el mando a distancia y le dio la mano a Maverick. Juntos se dirigieron hacia la puerta de entrada. Shea tocó el timbre y al cabo de unos instantes, desde el interior les llegó la voz de Dylan que se acercaba por el pasillo. Hablaba con alguien, pero la conversación resultaba ininteligible. La pareja se miró intrigada.

Todo quedó claro cuando al abrir la puerta, vieron que Dylan traía a Luz en brazos.

—¿Sabes a quiénes tenemos aquí, preciosa?! —exclamó el irlandés. Los recién llegados dieron por hecho que en esos términos solo podía estarle hablando a Andy—. ¡Vaya sorpresa, Shea! ¡Hola, tío, me alegro de veros!

La carcajada contagiosa del bebé de ocho meses que Dylan sostenía en brazos llegó seguida de un acceso de tos cargada de catarro.

—Como veis, Luz también se alegra... La pobre está con un catarro bárbaro... —dijo al tiempo que intentaba limpiar su naricilla con un pañuelo, algo que la niña le ponía difícil retirando la cabeza cada vez que él acercaba la mano—. A ver, peque, déjame, que pareces un surtidor de mocos...

Shea sonrió ante la frase de su hermano. La había dicho él, pero no sonaba nada al Dylan que conocía. Sin embargo, lo que enseguida atrapó su atención fue ver a Maverick extendiendo la mano para acariciar la cabeza del bebé.

—Pobre, menudo resfriado tiene... ¿Has dicho que se llama... Luz? —preguntó, pronunciando el nombre hispano con dificultad. Dylan asintió y le explicó su significado—. Me encanta. Qué nombre más bonito para una niña, ¿no?

¿Se lo decía a ella?, pensó Shea.

Desde luego, en ella habían recalado sus ojos. Una mirada intensa, que sumada a que era la segunda vez que él aludía al tema “hijos”, provocó un tsunami de ilusión que no resultó nada fácil controlar. Especialmente, a la hora de disimular para no convertirse en centro de las bromas el resto del día. Logró asentir con bastante naturalidad y creyó que se había librado hasta que vio el brillo pícaro en los ojos de su hermano. Por suerte, la llegada de Andy desvió la conversación.

—¡Pero chicos... Qué sorpresa más buena! —exclamó, repartiendo abrazos— ¡Venid, pasad, por favor...! ¿Qué, de vacaciones o de escapada romántica? —preguntó con picardía.

Maverick se echó a reír cuando la pregunta le trajo a la memoria que llevaban desde el viernes planeando esa visita y estaban a domingo. Un poco más y se marchaban sin verlos. La excesiva sensibilidad cutánea de Shea ante los cambios de

temperatura hizo acto de presencia un segundo después de oírlo reír.

—Sí... —explicó, intentando ignorar el fuego que se había instalado en sus mejillas—. Aprovechando las primeras vacaciones de Maverick en siete meses, nos hemos hecho una escapada hasta aquí. Esta isla me enamoró desde que la ví por primera vez y lo convencí de venir... —Shea palmeó cariñosamente el hombro de su hermano—. Llegamos ayer y quise avisarte antes, pero una vez que estás aquí no paras de hacer cosas...

—Y encima con buen tiempo —intervino Andy—. Esta isla es un paraíso los trescientos sesenta y cinco días del año, pero cuando llega el buen tiempo es alucinante... ¿Habías estado aquí antes, Maverick?

—No, qué va... Estuve en Ibiza hace unos años, pero esta es mi primera vez en Menorca. Y no será la última, ¿eh, Shea?

El intercambio de miradas en la pareja portaba tal carga romántica, que provocó otro divertido entre Dylan y Andy.

—Claro, y además tengo familia aquí... —bromeó ella.

—También la tienes en Irlanda y no creo que vuelvas muchas veces... Lo que también es una gran sorpresa es verte tan bien acompañada, hermana...

—Eso —corroboró Andy, con ojitos pícaros.

Ya habían llegado al salón y después de dejar a Luz en su parque, jugando, los anfitriones empezaron a traer bebidas y aperitivos de la cocina.

—Sí que está cambiado este sitio... —contraatacó Shea con igual carga de picardía. La última vez que había estado allí, todavía había cajas de mudanza por el medio y el aire que se respiraba era el esperado; el que correspondía a la vivienda de un hombre soltero. Ahora, los juguetes sembraban el suelo

y el sofá estaba cubierto por una manta estampada de tortugas, y media docena de cojines con forma de animales.

Una sonrisa de hombre realizado iluminó el anguloso rostro del irlandés cuando comentó:

—Y eso que todavía no has visto el baño... Allí escondemos a nuestro feroz ejército de patitos de goma, ¿no, Luz? —dijo haciéndole una carantoña a la pequeña.

Shea miró a la pareja con los ojos muy abiertos y una sonrisa expectante.

—¿Estáis viviendo juntos...?

Andy hizo una mueca tristonca, pero fue Dylan el que respondió.

—Estamos en ello, ¿no, nena?

Ella suspiró y al fin su sonrisa volvió a brillar.

—Sí, estamos en ello y uno de estos días os daremos a todos una sorpresa, ¿no? —Los ojos de Andy regresaron a Dylan quien asintió enfáticamente y se estiró a darle un beso en los labios.

—Sorpresón, con mayúsculas —la corrigió él—. Y cuando sea, será. No te agobies.

No obstante, el cambio de clima le había resultado tan evidente a Shea, a pesar del intento de Dylan de quitar hierro al asunto, que se sintió obligada a hacer como si nada hubiera pasado.

—Ay, qué bien, porque me encantan las sorpresas... —terció Shea, frotándose las manos—. Y si vienen de parte del rebelde de la familia, más...

—Eso —apuntó Maverick, imitando a Andy—. Porque, la verdad, al rebelde de la familia Mitchell lo he visto sorprendiendo al personal de maneras varias, todas muy de su estilo, pero imagino que hablamos de un sorpresón

amoroso y, ¿qué quieres que te diga, Dylan? ¡Nunca te he visto en ese plan, tío!

—Mira quien fue a hablar de sorpresas —repuso él, pasándole al barman un bote de cerveza—. ¿Sabe mi hermana cómo nos conocimos tú y yo, o tendré que llevarme el secreto a la tumba?

—Lo sabe —repuso la aludida haciéndole un guiño a Andy.

—¿Y Andy qué? ¿Sabe que cuando arreglaste el cortocircuito en esa fiesta, se te dio por imitarme y acabaste en bolas? ¡Menudo pedo llevabas!

Andy no lo sabía. Pero a juzgar por el ataque de risa que le dio, a Maverick le quedó claro que de haber estado allí, se habría unido al coro de ovaciones femeninas.

—Me alegra que no te sorprenda... —añadió el barman ante una Andy que lagrimeaba de tanto reír, incapaz de hablar.

—Qué dices, tío —apuntó Dylan, aludiendo a su archiconocida tendencia al nudismo—. ¡Lo que la sorprendería es que hubiera acabado la noche vestido!

Las risas y las bromas a cuenta de la noche en que Maverick había salido de la tarta duraron un buen rato antes de que las parejas volvieran a ponerse al día de noticias. Para entonces, Luz había reclamado atención a su manera y volvía a estar en los brazos de Dylan, jugando con un sonajero con forma de lagarto que cada dos por tres acababa impactando contra la barbilla del irlandés.

—Le gustas —bromeó Shea. El “¡qué raro!” quedó colgando imaginariamente al final de la frase y sus respectivas parejas se percataron de que estaban ante otro “momento hermanos”.

Dylan hizo un gesto ambiguo con la boca. Su vida entera había cambiado y aunque a los demás le resultara tan novedoso, para él no lo era. Lo especial era Andy, no él; ella había marcado un antes y un después. Todo lo demás había venido dado por evolución lógica. Podría haberlo dicho tal cual, pero no deseaba dar pie a que continuaran las bromas; Andy ya estaba bastante agobiada con la cabezonería de su madre respecto de la tutela de Luz y la resistencia de parte de su familia a que las cosas cambiaran.

—Es una chica. Suelo caerles muy bien. —Sus ojos acariciaron brevemente los de Andy antes de posarse sobre su hermana—. ¿Qué tal la imprenta?

La sonrisa de Shea anticipó el estado de cosas.

—Fenomenal. Mucho mejor de lo previsto. En quince días, tendremos sede propia.

Dylan asintió satisfecho.

—Era un buen proyecto —dijo—; trabajándolo bien tenía que funcionar y está claro que la venta se te da de miedo. Habrás estudiado leyes, hermana, pero lo tuyo es el marketing.

Ella sonrió algo incómoda ante el halago de alguien nada dado al elogio superfluo.

—Bueno, el Derecho también me ha dado alegrías... Por llamarlas de algún modo. —Se refería a su rentable divorcio—. Estoy satisfecha de cómo van las cosas. Papá, como era de esperar, no tanto... ¿Has hablado con él?

—¿Yo? —A Dylan solo le faltó poner los dedos en cruz.

—Mejor. Seguro que saldría el tema de la imprenta y te enfadarías con él. Se le ha metido entre ceja y ceja que voy demasiado rápido, que me estoy precipitando con el tema de abrir nuestro propio local. Gracias al socio de Mav...

—Evel —aclaró él.

—Sí, vaya mote, pero menudo favor nos ha hecho —comentó Shea risueña y luego continuó—. Gracias a él, hemos conseguido una ganga; una nave de dos mil metros cuadrados repartidos en dos plantas, con muelle de carga, aislantes, salida de humos, sistema antiincendios, almacén, montacargas... Necesita obra, algunas reparaciones y un buen lavado de cara, pero he conseguido que el dueño firmara unas condiciones increíbles. Según está el mercado inmobiliario en Londres, es un chollo. Pero papá sigue empeñado en que es una locura... Quería ir a hablar con el dueño, ¿te lo imaginas?

Dylan estaba al tanto de todo por su hermana Erin. Habían hablado varias veces desde su reencuentro en Londres, en abril. El tema imprenta no le interesaba demasiado -le bastaba con saber que iba según Shea esperaba-, pero había otro asunto que, en cambio, le interesaba muchísimo.

—¿Y sobre él, qué opina? —preguntó, echando un vistazo a Maverick que ya se estaba riendo—. Su cara era un poema cuando lo vio bailando sobre la barra...

—Imagínatelo, viaja a Londres casi cada semana. Me tiene frita con sus indirectas.

Dylan elevó las dos cejas al mismo tiempo. Que recordara, y tenía muy buena memoria, si algo caracterizaba a su progenitor era lo directo y certero que podía llegar a ser con sus observaciones.

—¿Indirectas? ¿Brennan Mitchell? Esto sí que es nuevo...

—Ahora se aloja en un hotel cada vez que viene porque le paré los pies, pero la última vez que estuvo en casa, se me apareció en el salón con un bote de espuma de afeitar y me

preguntó si la usaba para depilarme las piernas...

Andy soltó una carcajada. Maverick la acompañó en las risas.

—¡Vuestro padre es todo un personaje! —reconoció la muchacha.

—Le dije que era tuya, Dylan —admitió Shea, tronchándose—. ¡Tu casa, tu crema de afeitar!

El aludido también celebró la broma, pero esperó a que todos se hubieran calmado para señalar lo verdaderamente importante de la situación.

—O sea, que no era mía... —dejó caer el irlandés, mirando alternativamente a Shea y a Maverick.

Andy abrió la boca al captar la indirecta y dio palmas, divertida.

—No, es mía —aclaró Maverick, apretando cariñosamente la mano de Shea. Ella se limitó a ponerse roja ante la evidencia.

—¡Guau...! —Dylan no ocultó su sorpresa. Sabía que la relación iba bien, pero no había esperado que *tan bien*. Se alegraba por su hermana, pero realmente lo sorprendía que ella hubiera vuelto a abrirse a otra persona tan pronto después de los estragos provocados por el gilipollas de su ex marido—. Creo que tú y yo tendremos una charla... —le dijo al barman.

—¡Como me digas que quieres saber cuáles son mis intenciones con tu hermana, me desmayo aquí mismo!

Dylan soltó una risotada.

—Ya se cuidará ella de que tus intenciones estén a la altura, tío... No, lo que quiero saber es cómo te las has arreglado para que te deje tener un estante en su baño, chaval. Nunca fue una mujer fácil de pelar, si entiendes a lo

que me refiero...

La pareja intercambió miradas amorosas. Y muy explícitas, al menos para Andy que se puso a dar palmas como una loca.

—¿Estáis viviendo juntos?! —exclamó— ¡Me encanta, chicos! ¡Hay que ver, hay que ver, qué noticia más buena!

Shea se inclinó a dejar un beso en la mejilla de Maverick antes de hacer las aclaraciones oportunas.

—Estamos en ello, ¿verdad, Mav?

Él le pasó un brazo alrededor de los hombros y la estrujó contra su cuerpo ante la expresión complacida de su hermano.

—Verdad —confirmó, rezumando amor por los cuatro costados.

Londres, Gran Bretaña. Lunes, 17 de mayo de 2010.

Maverick había tenido la mejor intención de despedirse de Shea al aterrizar de vuelta en Londres e ir a dormir a casa. Cada uno a la suya. Realmente, era lo que debía hacer, ya que por el tono cortante con que su madre lo había atendido cuando la llamó desde Menorca para que se quedara tranquila, estaba claro que seguía enfadada.

Pero la tentación de volver a amanecer junto a la mujer que le tenía sorbido el seso había podido con él. Así que allí estaba, en la barra del MidWay cambiando de idea cada cinco minutos acerca de si lo mejor era llamar a su madre o, directamente, ausentarse del trabajo media hora e ir a verla en persona. De la primera opción, no se fiaba; la señora Madeleine estaría subiéndose por las paredes de rabia y lo más probable era que no respondiera al teléfono. Y, en el hipotético caso de que lo hiciera, se limitaría a escuchar sin pronunciar palabra, como solía hacer cuando estaba subiéndose por las paredes del enfado. En cuanto a la segunda opción... Media hora no sería suficiente, ese era el problema. Discutirían. Los treinta minutos se esfumarían en un suspiro. Él insistiría en que tenía que volver al MidWay porque estaba en horas de trabajo, lo cual serviría para confirmarle a su madre que él *nunca* tenía tiempo para ella, él se cabrearía, ella se cabrearía todavía más...

El barman soltó un bufido.

—Hombre, está claro que la vuelta al trabajo siempre es dura, pero ¿te ha dado tiempo a que se te pusiera cuerpo de vacaciones en un solo fin de semana? —comentó Ike, mientras recogía sus cosas para marcharse.

Maverick le echó una mirada malhumorada de reojo que, por suerte, él no vio. Ike no era un mal tío, pero resultaba tan evidente que gozaba de la clase de vida que todo el mundo quería tener y muy pocos lograban, que acababa cayendo mal sin proponérselo. Con su barba recortada al estilo Hannibal King, el personaje interpretado por Ryan Reynolds en la película *Blade Trinity*, su vestuario carísimo a la última moda, y su rutina de tío que nada en lingotes de oro, era un imán de envidiosos y bromistas malintencionados. Había venido a por su café de media mañana con la misma tranquilidad con que parecía hacerlo todo, y ya estaba preparado para continuar ganando dinero a espuestas en su Concesionario Kawasaki.

—Me parece que los tiros no van por ahí... —Maverick le dedicó una mirada con mensaje a Cheryl que esta vio e ignoró completamente—. Es fácil, Mav. Si no quieres comentarios sobre tu malhumor, escóndelo. Es lo que hacemos todos, ¿verdad, Ike? Se llama vivir en sociedad.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —repuso el barman—. Bufé, eso es todo. Bufé igual que tú haces montones de veces todos los días sin que nadie te incomode haciéndotelo notar. Se llama no meter las narices donde nadie te llama. A ver si lo practicas más a menudo.

La mirada de Maverick continuó sobre Cheryl hasta que ella reculó de mala gana. No lo reconocería en voz alta, pero tenía que admitir que seguía tan despechada con él, y le

seguía dando tanta rabia verlo feliz junto a la estirada, que aprovechaba cualquier excusa para meterse con él.

—*Vaaale*, perdona, jefe... Fue un comentario, nada más.

—Enseguida desvió su atención hacia Ike—. ¿Ya te vas o tienes tiempo para otro café con mucha crema?

—Mmm... Bueno, vale, preciosa. Pero que sea corto de café, por favor.

Cheryl le hizo un guiño y se puso en marcha de inmediato.

—¡Marchando uno corto de café con doble de crema!

Maverick sacudió la cabeza al tiempo que intentaba ocultar su sonrisa, un gesto que el motero detectó de inmediato.

—¿Qué te hace tanta gracia? Tú le partes el corazón y yo intento arreglárselo —le dijo en voz baja.

La expresión de Maverick cambió de diversión a alucine en un instante. ¿Que él le había hecho qué a su corazón? De eso, nada. Ni corazón roto ni leches en vinagre. Nunca le había dado pie a nada. ¿Qué culpa tenía de que la camarera se hubiera encaprichado con él? Capricho, que no amor.

Se disponía a responder, pero en aquel momento su interés abandonó al motero remendón de corazones y se centró en la princesa rubia platino que avanzaba hacia la barra con uno de sus trajes de ejecutiva que le quedaban de muerte.

—¿Qué haces aquí, preciosa? —dijo, asombrado.

—Pasaba por aquí y me dije “le voy a dar una sorpresa a mi chico” —repuso ella con una sonrisa.

Él se estiró por encima de la barra y después de tomar el rostro femenino entre sus manos, le demostró con un beso apasionado lo muchísimo que le gustaba su sorpresa.

Junto a la cafetera industrial, Cheryl dejó caer la bayeta sobre la pila y se alejó hacia la zona de los lavabos. Solo al traspasar la puerta, cuando estuvo segura de que nadie la veía, se pasó una mano por las mejillas, apartando las lágrimas.

* * * * *

—Me encanta tu sorpresa, y por favor, dámelas cada día, cada hora... pero dime, ¿pasa algo? Es que no me has dicho nada de que ibas a estar por el barrio...

Shea removió su café disfrutando anticipadamente de lo que vendría a continuación. En efecto, no estaba previsto que ella estuviera ni siquiera cerca de Hounslow, pero las sorpresas, aquel día, venían de dos en dos.

—¿Y si te digo que hay un piso por la zona buscando una pareja enamorada que lo alquile? Tercer piso con ascensor, exterior, dos habitaciones y terraza balcón. Semi amueblado y muy, muy bien de precio. He quedado con el dueño para verlo esta tarde y como sé que estás liado, le echo un vistazo y si merece la pena, te aviso para que te acerques, ¿qué te...

Maverick le cerró la boca con un beso que provocó silbidos entre los clientes próximos. Sin embargo, no fue eso lo que desató el corazón de Shea, sino la frase que vino después del beso.

—Te amo con toda mi alma, Shea. Eres un sueño de mujer.

Ella exhaló el aire que llevaba unos instantes conteniendo y se las arregló para esbozar una sonrisa.

—Y yo te amo a ti. Te adoro, Mav... ¿Sabes? Es la primera vez que me lo dices...

Era cierto. Tras su afirmación frente a Brennan Mitchell el día que se habían conocido, cuando había dicho sin dudarle que no pensaba rendirse porque estaba enamorado de ella y Shea lo estaba de él, aquel sentimiento había sido algo que se daba por supuesto, pero que nunca habían manifestado en voz alta. Infinidad de veces él le había dicho “estoy loco por ti” a lo que ella había respondido “ya somos dos” o un “y yo por ti” que le había puesto el corazón a bailar el mambo. Pero nunca había pronunciado las dos palabras más poderosas del mundo. De hecho, era la primera vez en toda su vida que las decía.

—Y que tú me lo dices a mí... Dios, si supieras a la velocidad que late mi corazón ahora mismo... ¡Se me va a salir del pecho! —repuso él, visiblemente afectado—. Que sepas que voy a necesitar que me lo repitas mucho porque oírtelo decir es... ¡Fabuloso, princesa, fabuloso de verdad! —Y con esas se echó a reír de pura emoción.

Shea también se rió. De nervios, de felicidad, de saber que esta vez se las decía a un hombre que sabía que la amaba de verdad y nunca traicionaría ese sentimiento.

—Maravilloso —concedió con los ojos brillantes de emoción—. Sé que sabes cuánto significa para mí esto que nos está pasando... Honestamente, nunca pensé que la vida me tuviera preparado un regalo semejante.

Maverick le acarició la nariz con un dedo.

—Así que nuestro propio piso... —murmuró él con una sonrisa pícaro—. ¿Vas a poner una lista con las tareas de cada

uno en la puerta de la nevera?

—No, ¿y tú?

—Creo que deberíamos. Los dos estamos siempre tan ocupados, que ya me veo abonándonos a un 7Eleven para poder comer caliente.... Madre mía, imagínate cosas menos evidentes como tener que pasarte media semana con la misma camiseta porque ninguno se acordó de ir a la lavandería... —bajó la voz y mientras le echaba una mirada sugerente, añadió—: O sin gayumbosⁱⁱ.

Las mejillas de Shea acusaron recibido, pero eso no la acobardó. Adoraba tener su atención, las conversaciones íntimas con las que se desvelaban por las noches, las miradas que la hacían sentir la mujer más deseada del universo.

—¿Y eso sería un problema para ti? Te advierto que para mí, no. Menos ropa que quitarte —repuso ella en tono de confidencia, siguiéndole el juego.

Él se mordió el labio inferior y su mirada se volvió intensa.

—Si supieras cómo me pones...

—A ver, guaperas, deja de ligar con la señorita y ponme una cerveza bien fría que tengo prisa —pidió una voz masculina cerca de Shea.

Maverick se llevó las manos a la cabeza al ver al recién llegado, pero enseguida le palmeó el hombro.

—Joder, perdona, tío, se me pasó completamente llamarte... ¡Oye, me alegro de verte por aquí!

Cuando se situó junto a ella, Shea pudo comprobar que se trataba de un hombre joven, probablemente de la misma edad de Maverick y que al igual que él era aficionado a las

camisetas de colores llamativos; la que asomaba debajo de su chaqueta vaquera era de un amarillo chillón que hacía daño a la vista. Tenía un rostro anguloso con pómulos marcados, barba de dos días como dictaba la moda, y su cabello castaño claro a medio cuello y con un aspecto deliberadamente desaliñado gracias a una buena dosis de fijador. Notó que él la miraba brevemente antes de poner toda su atención en el barman.

—Es que, por lo visto, es la única forma de dar contigo. No te ofendas, pero tienes dos llamadas mías y otros tantos mensajes, ¿ahora hay que pedirte audiencia o algo?

Maverick sonreía, pero a Shea aquello le había sonado bastante menos amistoso que lo que su tono sugería.

—Lo siento, en serio. No paro, trabajo de lunes a domingo y este ha sido mi primer fin de semana libre en siete meses —sonrió al tiempo que sacudía la cabeza—. Qué alegría. Lo último que esperaba hoy era verte por aquí, tío... Espera que voy a por tu cerveza...

—Ya, y no tienes mejor idea que decirle a tu madre que nos vamos juntos y no avisarme... Y hablando de todo un poco, ¿se puede saber dónde coño te metes por las noches para no aparecer por tu casa en toda la puta semana? Te quiero, tío, pero eres un capullo...

Tierra, trágame. Shea bajó la vista y deseó hacerse diminuta.

A pesar de que Maverick estaba acostumbrado a los modos directos de su antiguo compañero de colegio y normalmente lo dejaba correr, esta vez era distinto. Depositó la cerveza sobre un posavasos de cartón con el emblema del bar y dijo:

—Te presento a la razón de que no asome la cabeza por

mi casa en toda la semana. Shea, este capullo es Ron, mi amigo de la infancia. Te he hablado de él varias veces. Ron, esta princesa es Shea.

El recién llegado se quedó en blanco durante un instante. Las razones tenían que ver con más cosas además de haberse descubierto haciendo el imbécil. La mujer era impactante, pero su estilo era totalmente diferente al de Maverick, por no mencionar que debía ser, como mínimo, diez años mayor que él. Al fin, miró a Shea un tanto incómodo.

—Disculpa... Encantado de conocerte, Shea

—Igualmente, Ron. Me han hablado mucho de ti.

El hombre volvió a mirar a su amigo, incómodo.

—Y tú, chaval, ¿no podías empezar por ahí en vez de dejarme hablar?

—Qué capullo eres... —Maverick apoyó sus codos sobre la barra, frente a Ron—: A ver, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—¿Qué tal si dejamos eso para otra ocasión?

El rostro de Maverick adquirió seriedad inmediata.

—¿Va todo bien?

—¿Y tú qué crees? —repuso Ron como si estuvieran preguntándole por una obviedad. Sus ojos le señalaron con disimulo a Shea, dándole a entender que no podían hablar en su presencia.

Ella, que en aquel momento miraba a la calle a través del ventanal, no se percató del gesto, pero sin saberlo, salvó el momento de incomodidad masculina poniéndose de pie por razones diferentes; acababa de ver a Tess apeándose de un taxi.

—Mi cita acaba de llegar. Luego hablamos, Mav.

—Apretó cariñosamente la mano del barman y se puso el

bolso en el hombro—. Encantada de conocerte, Ron. Hasta luego...

La atención del barman enseguida regresó a Shea. Miró hacia la ventana y vio a Tess.

—¿Vuelves cuando acabes con ella? —quiso saber. En sus ojos brillaba una súplica que a Shea le arrancó una sonrisa.

—Mmm, ya veremos. Quizás tengas suerte —repuso, y tras despedirse con un último gesto de la mano, abandonó el bar.

Mav continuó mirando con total interés. A través del cristal, la vio ir al encuentro de la mujer de su socio. Se saludaron con un beso y Shea enseguida tomó algunos de los bultos que Tess cargaba. Se pusieron en marcha mientras conversaban y pronto dejó de verlas.

Entonces, regresó a la realidad para encontrarse con la expresión preocupada de su amigo y una pregunta.

—Joder, Mav. ¿Te has encoñado con esa tía?

* * * * *

A Maverick no le gustaba ni un pelo lo que acababa de oír, y además Ron no lo había dicho en un tono tan bajo. Todos los que estaban en un radio de dos metros, ahora parecían atentos a la conversación. Eso, por no mencionar que odiaba que su colega se refiriera en semejantes términos a una mujer -cualquier mujer-, pero tratándose de Shea, directamente le daban ganas de vomitar.

La mirada del barman expresó a las mil maravillas lo que estaba pensando, pero por si acaso a su amigo le cabía alguna duda, también lo dijo en palabras:

—Si vuelves hablar así, te zurro.

Ronnie puso los ojos en blanco. Echó un vistazo alrededor y comprendió la razón de que su amigo de la infancia pareciera tan exasperado, pero le había salido del alma.

—Todo el mundo habla así. Y además, tú sabes muy bien a lo que me refiero.

—Pues no, no tengo la menor idea de a lo que te refieres. Y en último caso, sería asunto mío, ¿no te parece?

A juzgar por el ímpetu con que su colega pasaba la bayeta encima de la barra, estaba que trinaba. Pero Ronnie no estaba allí para complacer a Maverick; era su amigo, preveía problemas, y venía a cumplir con su obligación de amigo.

—¿Desde cuándo vives tu vida sin importarte una mierda lo que pase en tu casa? Esto es nuevo, tío.

—¿Y quién ha dicho que no me importa lo que pase en casa? No exageres, hombre. Estoy liado, trabajo más horas que un esclavo. Mi vida volverá a la normalidad en unos meses, pero mientras tanto es lo que hay... Y si mi madre te ha ido a ti con la queja, pues muy mal...

—No seas capullo, Maverick. Claro que no me ha venido con la queja. Pero como todas las madres, se preocupa por ti y tú no haces más que darle largas y mentirle. Mira que decirle que te ibas de fin de semana conmigo... ¡Vivimos en el mismo barrio, tío, ¿cuántas probabilidades había de que no nos diéramos de morros en algún momento?! Es que tienes tan poca imaginación hasta para mentir...

—Le dije lo primero que me vino a la cabeza... Es que lo

que mi madre parece no entender y tú tampoco, es que ya soy mayor para darle cuentas a nadie. Que por cortesía comparta algunas cosas, no implica que tenga la obligación de hacerlo... Joder, que ya no soy un niño.. Vivía más tranquilo cuando trabajaba de estriper, que ahora que se supone que tengo un trabajo como dios manda —se quejó Maverick.

—Puedes ir a tu aire, si vives sólo. Pero vives con tu madre, y no hace falta que te recuerde lo enferma que ha estado... Las madres se preocupan aunque no tengan ninguna razón, tío, ¿qué quieres que piense si tú llevas semanas durmiendo por ahí?

Maverick lo fulminó con la mirada.

—Por ahí, no. Acabas de conocer a la dueña de casa. ¿Te parece una mala influencia?

Ronnie no se acobardó ante la actitud de su amigo.

—Pues ya que lo preguntas, me parece mayor y muy distinta a ti. Pero no se trata de lo que a mí me parezca; tu madre no sabe nada. ¿Te imaginas las películas que ella sola se debe estar montando en su cabeza a cuenta de los días que ni siquiera vas a cenar? Espabila, tío. La vi muy enfadada, y ya sabes que cuando tu madre se enfada...

Maverick soltó un bufido. Con lo bien que había empezado la mañana, con lo bien que había ido el fin de semana, y había sido poner un pie en el bar y empezar las complicaciones.

—¿Sabes lo que te digo? Que soy feliz, tío. Esa mujer, que según tú es mayor y muy distinta a mí, es la mujer de mi vida. Y me da igual todo lo que los aguafiestas del mundo penséis o digáis al respecto. Si sigues siendo el tío divertido con el que hice negocios tantas veces y me corrí tantas juergas en el pasado, eres bienvenido. Si no —Maverick

señaló la puerta—. Tienes mi permiso para irte por donde has venido, y todos tan amigos.

Los dos hombres permanecieron mirándose, midiéndose mutuamente, durante un instante. Al fin, Ronnie sacudió la cabeza y la sonrisa que apareció en su rostro le informó a Maverick que la discusión, por lo menos de momento, se había acabado.

—Te fastidiará mi vocabulario, pero ¿te has fijado en el tuyo? ¿"La mujer de tu vida"? —Y no acabó de decirlo que se estaba riendo—. Chico, ¿me lo estás diciendo a mí? ¿De verdad? Vete por ahí, hombre. Haz el favor...

El tono de la conversación había cambiado radicalmente. Volvían a ser los colegas de siempre, casi hermanos, porque aunque no lo fueran de sangre, siempre habían mantenido una relación muy estrecha. Los mismos de siempre, dedicándose las mismas pullas de siempre.

—Mira quién fue hablar. Eres el tío más enamorado que he conocido en toda mi vida —repuso Maverick. Acababa de servirse media pinta de cerveza y la bebía mientras conversaba con él, ahora mucho más relajadamente.

—Bueno, pero no desaparezco del mundo cada vez que me enamoro... Lo tuyo, chaval, tiene delito... —Ronnie miró a su amigo intentando escudriñar en el fondo de su mente—. ¿En serio estás colado por esa tía?

Lo vio asentir con la cabeza repetidas veces. Y si la insistencia de la afirmación no era suficiente prueba, estaba su rostro, un ejemplo de pura felicidad.

—Ya —concedió—. Pero ¿has pensado, realmente, todo lo que implica?

—¿Y qué es lo que implica? Estamos en 2010, tío. ¿Qué pasa con que ella sea mayor que yo?

—Pasan muchas cosas, colega.

—¿Por ejemplo?

—Que tú estás en la etapa “quiero juerga” y ella en la etapa “quiero un marido”.

Maverick soltó una carcajada ante el gesto burlón de su amigo. Obvió comentar que Shea ya había tenido uno y que, a pesar de que la relación que mantenían iba viento en popa y que planeaban irse a vivir juntos, él tenía sus serias dudas acerca de cómo se tomaría ella una (nueva) propuesta matrimonial.

—Mira, ¿has visto esa mujer que estaba conversando con Shea, en la calle? —Ronnie asintió—. Pues es la esposa de Dakota, el más joven de mis socios. Ella le lleva casi doce años y te aseguro que forman una pareja alucinante. No tiene que ver con la edad, Ronnie. Tiene que ver con la conexión.

Una sombra de burla atravesó los ojos de su amigo, que Maverick decidió ignorar.

—Conexión —repitió él.

—Sí, tío, conexión. Hay millones de personas ahí fuera con las que te relacionas día a día, pero sólo congenias con una mínima parte, y si tienes mucha suerte, en algún momento de tu vida, logras conocer a esa única persona con la que de verdad conectas. Yo he tenido esa suerte.

—O sea, que no tiene que ver con obsesionarse, ni con calentones de aúpa, ni nada por el estilo...

—No. Es mucho más que eso.

—Pero también es eso —insistió Ronnie—. Y la pregunta es ¿hasta qué punto es realmente conexión y no una obsesión? ¿Lo sabes tú? Porque estás haciendo sufrir a tu madre, y si no estás seguro, tío...

—Estoy totalmente seguro. Y ojalá alguna vez

encuentres a esa persona con la que conectes, porque entonces entenderás de lo que te hablo. Lo que hay entre Shea y yo es único. Tan especial que es imposible de describir. Es saber lo que piensa antes de que lo diga. Es sentir que tienes tantas cosas en común, que no necesitas razones para explicar por qué haces esto o no haces aquello. Es... —Maverick exhaló un suspiro que hablaba a las claras de la intensa emoción que le provocaba todo lo relacionado con Shea—. La vida es tan fácil cuando encuentras a esa persona... Todo encaja, ¿entiendes? Es como un rompecabezas que se completa y, de pronto, todo tiene sentido.

Ronnie permaneció escuchando a su amigo con atención. La burla inicial se había evaporado porque la emoción que teñía la expresión de su amigo y el tono de su voz, le llegaba alto y claro. Era real. Maverick hablaba muy en serio.

—Me alegro, Mav y te deseo que todo te vaya bien —concedió—. Pero tienes que hablar con tu madre, chaval, porque te prometo que la vi muy mal.

El barman palmeó el hombro de su amigo.

—Tranquilo, tío, que de hoy no pasa.

* * * * *

Y no pasó de aquel día. Aunque no sucedió de la forma que Maverick esperaba.

No hacía ni un cuarto de hora que Ronnie se había marchado, y él estaba conversando con unos moteros en la

barra, cuando vio que alguien muy familiar entraba en el bar.

Se quedó en shock. Dejó la frase a medias, lo que provocó que los que estaban con él se dieran vuelta a ver qué sucedía. Incluso Cheryl, que estaba junto a la cafetera, se dio la vuelta a mirar. Una sonrisa malévola apareció en su rostro. Era lo que le faltaba a su jefe para completar el día. Había visto a la mujer antes, hacía tiempo, pero era de esas personas que no se olvidaban. Tenía aspecto joven, vestía como tal, y se le notaba el genio a cada paso que daba.

—¡Madeleine, hola, ¿qué la trae por aquí?! —fue el saludo de Cheryl, que salió de detrás de la barra con una bandeja, preparada para recoger las mesas.

—Hola, guapa... Ya ves, haciéndoos una visita. —Sonreía, pero a la camarera le quedó claro que no era una visita cualquiera. Lo cual, conociendo la trayectoria de su jefe de las últimas semanas, no le extrañaba nada.

—Me parece muy bien, ¿le pongo un café doble como la otra vez?

Madeleine apretó cariñosamente el brazo de Cheryl.

—Sí, muchas gracias...

—Ahí tiene a su hijo, yo enseguida le sirvo el café... —dijo la camarera, que se puso a desocupar la mesa más próxima para no perderse detalle.

Madeleine alcanzó la barra sin que su hijo se hubiera recuperado del shock. Aceptó amablemente la butaca que uno de los moteros le ofreció. Acto seguido, apoyó los codos sobre la barra y permaneció mirando a su hijo con una sonrisa.

—¿Qué tal, cariño? ¿Qué es de tu vida?

Maverick tuvo que sonreír. Las dotes teatrales de su madre siempre habían sido buenas, y cuando estaba enojada por algo, mucho más.

Se estiró a dejarle un beso en la mejilla. Sabía que era lo mínimo que necesitaba hacer para detener la explosión. La cosa no tenía buena pinta.

—¡Hola, mamá! Qué bien, me encanta que vengas a visitarme... —dijo mientras se ponía a prepararle el café al tiempo que le daba conversación—. ¿No trabajas hoy?

—Por supuesto que sí —repuso la mujer.

—El bar te queda un poco lejos del trabajo...

—Del anterior sí, pero tengo trabajo nuevo. Claro, como veo más a mi tía que vive en Escocia que a ti, no te has enterado... Somos vecinos, cariño. Trabajo a tres manzanas de aquí, así que nos veremos más a menudo ahora. Qué suerte, ¿verdad?

Maverick miró a su madre con un gesto de remordimiento. Depositó el café frente a ella y se aseguró de que la bandeja que lo acompañaba tuviera ración doble de chocolate.

—Ay, mamá... Tienes razón, lo siento... Estoy hecho un desastre... Cuéntame, ¿cuál es ese trabajo nuevo que tienes?

Madeleine azucaró su café y lo revolvió con parsimonia. Si pensaba que mostrándose dulce (o añadiendo dosis triple de chocolate) se iba a salvar del rapapolvo, su hijo era decididamente un ingenuo.

—Cariño, no he venido a hablar de mi trabajo. He venido a verte, y a saber de una vez por todas por qué razón apenas te veo el pelo. Y no voy a irme de aquí hasta que me lo digas.

Maverick se armó de paciencia. Le encantaba pensar en Shea y se moría por hablarle de ella, pero estaba tan seguro de que su madre pondría el grito en el cielo en cuanto se enterara de que ella era la razón de que se vieran tan poco...

Sin embargo, tenía que encontrar la forma de tranquilizarla, hablarle de lo que estaba sucediendo en su vida para que se fuera haciendo a la idea, ya que de lo contrario, el bombazo sería apoteósico. Tenía que preparar el terreno.

—¿Por qué te preocupas tanto, mamá? Siempre he sido una veleta y los otros hombres de tu vida, que yo recuerde, no eran precisamente hogareños... ¿Por qué esperas que entre por la puerta de casa con las campanadas de medianoche como si fuera Cenicienta? ¡A esa hora es justo cuando la cosa empieza a ponerse interesante! —repuso él, perfectamente consciente de que estaba echando balones fueraⁱⁱⁱ. El humor era algo que siempre funcionaba con su madre y de perdidos, al río...

En efecto, el humor funcionaba con Madeleine, pero no en aquel momento ni para aquel asunto. Ella lo miró seriamente.

—¿Me tomas el pelo, Mav?

—Que no, mamá... Pero, en serio, ¿qué esperas que te diga?

—La verdad. Para empezar no estaría mal —apuntó la cincuentona que aparentaba una década menos.

—¿Y necesitas que te lo cuente? ¿No eres capaz de imaginártelo tú solita? —dijo él, acudiendo otra vez a la broma.

—Esto supera con creces mi imaginación, hijo. Que esperes que crea que apenas te apareces por casa sencillamente porque estás de juerga, me insulta. Llevo semanas sin verte. Ninguna juerga explica lo que haces.

Maverick sacudió la cabeza. Miró hacia otra lado decidiendo si decir parte de la verdad tranquilizaría a su madre, o si era mejor llamar a emergencias y a las fuerzas de seguridad y, ya de paso, a los artificieros, a ver si podían detener la inminente explosión.

—Hay algo que lo explica todo: una chica. Y me resulta muy raro que no se te haya ocurrido.

Madeleine hizo un gesto de desdén con la mano.

—Una chica, ¿tú? ¿Sólo una? Venga ya, Mav.

—Mamá, te he dicho un millón de veces que yo no soy como mi padre.

—Sí, lo dices mucho, pero tu trayectoria, querido mío... No eres de los que se apañan con una sola, si me entiendes. ¿O ya no te acuerdas de la lista de llamadas que te dejaba todos los días al lado del teléfono? Era yo la que hablaba con ellas... Así que no me vengas con cuentos.

Maverick sonrió sin poder evitarlo.

—Mamá, tenía 16 años... ¿Qué esperabas?

—Y ahora tienes 23. ¿Qué es lo que ha cambiado tanto?

La respuesta era Shea. Y la palabra era “todo”, no “tanto”. Shea Mitchell lo había cambiado todo. El amor transformaba a las personas, pero lo que había entre Shea y él iba mucho más allá. A su lado, podía ser él mismo -el auténtico Maverick- porque sentía que ella lo conocía profundamente, íntimamente, a un nivel en el que no existían los malos entendidos ni las dudas. Para Shea, él era cristalino. Tanto como ella lo era para Maverick. Amar a alguien con quien mantenía una conexión tan profunda era la experiencia más intensa y liberadora que había vivido nunca.

—En ese caso, creo que voy a sorprenderte. Porque sí, hay una chica. Una sola, mamá. Y es la causante de que

apenas me veas el pelo.

Notó que la expresión en el rostro de su madre cambiaba lentamente mientras lo miraba, escudriñando en su mente, como si intentara decidir si creerle o no. Maverick asintió a la pregunta tácita que leyó en sus ojos.

—Te digo la verdad.

Para Madeleine aquello fue como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Se había imaginado a su hijo metido en tantos líos, a cual más peligroso, que nada pudo evitar su reacción: la mujer se puso de pie, se estiró por encima de la barra, tomó el rostro de su hijo entre las manos y le plantó un beso en la frente.

—¿Una chica?! ¡¿Una inofensiva chica es la causa de que apenas te vea?! —exclamó en voz alta, loca de alegría— ¡No me lo puedo creer! ¡Mi pequeñín se ha echado una novia, y yo tan preocupada!

Un instante después, sobrevino la explosión. Fue muy distinta de la que él había esperado, pero igual de estruendosa: las carcajadas corrieron como reguero de pólvora entre los clientes del bar ante una escena que, Maverick lo supo entonces, sería motivo de broma los próximos cinco años. Como mínimo.

* * * * *

Toda la tensión que Madeleine había estado acumulando durante las últimas semanas, se había evaporado como por encanto al conocer la razón de que apenas viera a su hijo.

Había vuelto a ser la mujer alegre y divertida, y las bromas parecían no tener fin. Para Maverick había sido un alivio, aunque dada la intensidad de las bromas, empezaba a lamentar no haber esperado a decírselo en privado.

Tan concentrado estaba en atender la barra -y no perder de vista a su madre, que se estaba dedicando a sacar a relucir historias de su niñez-, que no se dio cuenta de que Shea había regresado. De hecho, fue el codazo de Cheryl quién se lo hizo notar.

—¿Qué pasa? —preguntó Maverick, sorprendido. Continuó contando el dinero que había en la bandeja sin levantar la vista, por lo que no tuvo ocasión de ver la cara de guasa que tenía la camarera.

—Estaría bien que dejaras de hacer eso y giraras la cabeza un poquito. Te interesa ver lo que está sucediendo.

Maverick obedeció. Por supuesto, no esperaba encontrar a su chica otra vez en la barra. Para ser más concretos, a dos taburetes de distancia de su madre. Un instante después de que su mente hubiera asociado las dos ideas, ya estaba de pie frente a Shea.

Ella le ofreció una sonrisa.

—Pareces sorprendido...

Y tanto que lo estaba. Pero no con la clase de sorpresa que ella sugería.

—Claro, ¿cómo no iba a estarlo?

—Te dije que volvería...

—Dijiste que *quizás*.

Shea frunció el ceño sin dejar de sonreír y lo miró con un punto cómico en su expresión.

—¿Hay algún problema?

Los ojos de Maverick controlaron con rapidez a su

madre. Ella estaba conversando muy animadamente con la camarera. Estaba de pie, recogiendo sus cosas, así que con un poco de suerte, quizás se marchara y él no tuviera que presentarlas.

—No mires ahora. ¿Ves a esa señora que está hablando con Cheryl? —le dijo en voz muy baja, como si le estuviera contando un secreto.

Shea no sabía a qué se refería, pero le siguió el juego. Miró con disimulo mientras Maverick le servía un *capuccino*. Se trataba de una mujer de aspecto joven, vestía vaqueros, una camiseta morada lo bastante ceñida para revelar que estaba en estupenda forma física, y muchos complementos; anillos, múltiples pulseras y un llamativo colgante en forma de cruz de cinco puntas decorado en el centro por una piedra del mismo color que su blusa. Llevaba un corte moderno, capeado y largo hasta los hombros, y el cabello teñido de marrón chocolate, el color de moda. Calculó que rondaría los cuarenta y tantos.

Cuando Maverick regresó con su café, ella tomó uno de los bombones y mientras lo pelaba, le indicó con un gesto que se acercara para poder decirle algo al oído.

—¿Es una antigua novia? —preguntó. Enseguida vio que él se esforzaba por contener la risa sin demasiado éxito.

—Ya te he dicho que nunca he tenido novia...

Shea se encogió de hombros graciosamente.

—Está claro que te gustan mayores que tú, así que... —dejó caer con picardía.

—¿Y desde cuándo la edad es un tema de conversación entre nosotros? —respondió el barman, que como solía sucederle cuando estaban juntos, de pronto había perdido de vista al mundo entero y sólo estaba concentrado en Shea. De

hecho, había apoyado los codos en la barra y conversaba con ella como si estuvieran a solas.

—Bueno, es que como me pides que no mire, lo único que se me ocurrió fue que a lo mejor era un antiguo amorcito a la que no querías hacer sufrir...

Maverick asintió con la cabeza risueño, y una expresión divertida en el rostro.

—Vale. Puedo decírtelo sin riesgo de que te caigas porque estás sentada, así que allá voy. —Se acercó a hablarle al oído—. Es mi madre.

A Shea no le dio tiempo ni a pestañear, ya que en aquel momento Madeleine Curtis localizó visualmente a su hijo y como él no la miraba, lo llamó en voz alta.

—¡A ver, señor barman, ven a despedirte que me voy...!

Maverick le hizo un guiño a Shea que continuaba alucinando, inmóvil como una estatua de hielo, y se dirigió al encuentro de su madre, aguantando la risa.

—Bueno, cariño, te dejo que tengo que volver al trabajo... —Madeleine se puso de puntillas para besarle la mejilla y aprovechó para decirle al oído—: Y deja de ligar con esa rubia, a ver si todavía se lo tengo que decir a tu novia...

* * * * *

Tal como había llegado, pisando fuerte, Madeleine se había marchado después de un cuarto de hora acaparando la atención de medio bar. Y, como era de esperar, las bromas no se fueron con ella. Maverick sabía que una semana más tarde,

su madre seguiría siendo noticia en el MidWay

Cuando regresó junto a Shea, ella intentó disimular que había pasado del alucine a troncharse de la risa, sin solución de continuidad.

—Sí, riéte... —dijo él—. Ya verás cuando te toque a ti aguantar las bromas...

—¿De qué bromas hablas?

Maverick retiró la taza de su madre, pasó un trapo sobre la barra, y en ningún momento dejó de sonreír. A continuación, se acercó a Shea, y mirándola directamente, le dijo:

—¿Tú crees que mi madre se va a cortar porque no te conoce? Qué ingenua.

La pareja intercambió miradas con mensaje, que pronto se convirtieron en palabras.

—Así que estoy a punto de que me presentes a la señora Madeleine... Qué oficiales nos estamos poniendo, ¿verdad?

—Y tanto que sí. ¿O esperabas que solo yo pasara por el trago de conocer “oficialmente” al señor Brennan? —respondió Maverick.

Shea sonrió satisfecha.

—Me dio la impresión de que os parecéis bastante...

—¿Y cuándo te has dado cuenta de eso? ¡Si te quedaste en trance! —repuso partiéndose de risa.

Shea asintió con la cabeza. Había sido toda una sorpresa, desde luego. Pero, superado el trance, había tenido unos instantes para analizar el tema, para observar con atención y ver qué le decía su intuición al respecto.

—¿Y qué? Tú también te quedaste en trance cuando me viste... —acompañó la frase con un aleteo de pestañas—. Si conecto tan bien contigo, seguro que con ella me las

arreglaré...

A Maverick le encantó la respuesta de Shea.

—¿Tú crees? —le dijo, fingiendo escepticismo—. Mi madre es extrovertida, pero yo estoy loco. *Loco por ti.*

Shea asintió enfáticamente con la cabeza mientras él le dedicaba una sonrisa amorosa.

—Un loco guapísimo —concedió. Era un piropo que siempre le funcionaba y esta vez no fue la excepción.

—Tú sí que eres guapa —fue la respuesta de Maverick, antes de que sus labios se posaran sobre los de Shea en un beso que no tuvo nada de tímido.

* * * * *

Al igual que había estado sucediendo desde el principio con Shea y Maverick, la pareja acabó aquel día con otro logro en su haber; su nuevo piso. Se enamoraron de él en cuanto lo vieron: era un tercero exterior muy luminoso, estaba bien comunicado, y a tiro de piedra del trabajo de ambos. El propietario no había puesto ninguna objeción a retirar los pocos muebles que habían dejado los anteriores inquilinos para que la pareja pudiera amueblar la vivienda a su gusto.

Aunque era lo último que les apetecía, Maverick y Shea decidieron que era mejor que cada uno durmiera en su propia cama aquella noche. La emoción y la alegría del nuevo futuro juntos que estaba a punto de comenzar los había tenido intercambiando mensajes y llamadas cortas desde que habían dado el visto bueno al piso. La idea era mudarse en junio, y

eran tantas cosas por hacer, que el rato que pasaron juntos después del trabajo, se les había pasado volando.

Era cerca de la una y media de la madrugada cuando Maverick entró en el salón esperando encontrar a su madre dormida, pero allí estaba ella, tomando un tentempié -como solía llamar a la casi comida completa que se despachaba antes de irse a la cama incluso habiendo cenado antes-, con la televisión encendida. Esperándolo. Maverick se quitó la cazadora que dejó sobre el sofá y se inclinó a besar a su madre.

—¿Despierta todavía? Esto sí que es una novedad.

—Claro, ¿qué esperabas? Me has dicho que tienes novia y no hemos podido hablar mucho hoy cuando fui a verte y, como te imaginarás, quiero saberlo todo —repuso Madeleine, más feliz que unas pascuas.

Maverick la miró divertido. Hacía tanto tiempo que no veía a su madre tan animada...

—¿Y qué hay de tu nuevo trabajo? Te recuerdo que tú *tampoco* me has contado nada sobre eso —contraatacó él, intentando desviar la conversación del tema novia.

Algo que su madre, evidentemente, no estaba dispuesta a permitir.

—De eso nada, querido. Primero, hablemos de lo importante. Lo mío es otro trabajo más. Quiero que me lo cuentes todo sobre esa heroína que consiguió echarte el lazo.

Maverick se dejó caer junto a ella, en el sofá. Por lo visto, lo tenía por un tipo tan difícil, que cualquier mujer capaz de atrapar su atención no se merecía un calificativo menor que el de “heroína”.

—Es muy especial, por descontado, pero tanto como eso... No soy ni un ogro ni un don juan. Al contrario, soy

accesible y muy divertido.

—Demasiado divertido, cariño. Y demasiado guapo. Y demasiado fiestero... ¿Sigo? —apuntó ella.

Maverick se encogió de hombros. No era para tanto. Había tenido sus momentos de desmadre, como todos los adolescentes. Y le gustaba la fiesta, eso también era cierto. Pero se consideraba un buen tipo, alguien extrovertido y alegre, que no por eso dejaba de ser responsable y consecuente con los compromisos que asumía.

—Llevo el apellido de tu primer marido, pero hasta ahí el parecido. No soy como él. Nunca he sido como él.

Madeleine acarició el hombro de su hijo con un punto de remordimiento en la expresión.

—Perdona, cariño. No he querido ofenderte. Es sólo que, ¿te haces una idea de la sorpresa que me he llevado hoy cuando me has dicho lo de tu chica? La última que conocí, si a verte a escondidas con ella se le puede llamar conocer, era tu compañera de colegio —repuso. Y no pudo evitar reír al recordar la forma en que los dos, su hijo y su supuesta novia, echaron a andar, cada cual en una dirección distinta, en cuanto detectaron su presencia.

Maverick consideró la alternativa de decirle que, en efecto, también conocía a la auténtica novia, que había estado a dos taburetes de ella aquella misma mañana. Pronto, lo descartó. La relación que mantenía con Shea era fundamental para él y se merecía una presentación a la altura.

—¿Y qué es lo que creías que hacía todas estas noches que no venía a dormir?

—Ay, hijo, por favor, no me hagas contarte la cantidad de cosas que se me pasaron por la cabeza en estas semanas. Te aseguro que ninguna es agradable.

—Sé cuidar de mí mismo, y ya sé que a las madres os encanta preocuparos por los hijos, pero, en serio, no hace falta...

—Menos cuento, querido, y vamos al grano. Venga, háblame de ella.

—¿Qué quieres que te diga? Es mi primera novia, y espero que la última. Estoy loco por ella, así que no puedo ser objetivo.

No quiso mirar directamente a su madre porque sospechaba que lo dicho no era suficiente para calmar su curiosidad.

En efecto, Madeleine no tenía ni para empezar con la información suministrada por su querido hijo.

—Dime al menos cómo os conocisteis, a qué se dedica... No sé, algo, cariño. ¡Me muero de curiosidad!

Maverick la espío por el rabillo del ojo. Estaba como una quinceañera, mirándolo con una sonrisa intrigada y los ojos chispeantes.

—Nos conocimos en el bar...

—¿Es una motera?! —lo interrumpió ella, ansiosa—. ¿Qué moto lleva?

Él la miró con expresión de “por favor, calma”.

—No es una motera, mamá. No todas las mujeres que frecuentan el MidWay van en moto...

—¿Ah sí, desde cuándo? ¿No es un bar de moteros?

—*No es una motera, mamá.*

—Vaaaale, no es una motera. Va en coche.

—Sí.

Madeleine se quedó esperando a que su hijo continuara y al ver que no sucedía, se acomodó mejor a su lado. La ansiedad por saber estaba tornándose impaciencia.

—A ver, ¿voy a tener que interrogarte? —Lo miró con desconfianza—. ¿O lo de la novia es un invento para taparme la boca y que te deje en paz? Como me estés mintiendo, Mav...

—Que no. ¿Cómo voy a inventarme algo así? —Respiró hondo y lo dijo de carrerilla—. Se llama Shea y es la mujer más alucinante que he conocido. Y esta semana, la traeré a casa para que la conozcas y así las preguntas se las haces a ella, ¿te parece bien?

La cara de su madre era un poema. Como sospechaba, ella muy pronto dio rienda suelta a su ilusión.

—¿Me la vas a traer? ¿Aquí? ¡Ay, sí, sí, sí! ¡Perfecto! ¡Ay, qué emoción!

Maverick soportó estoicamente el ataque de amor de su madre, que empezó a llover besos y abrazos sobre él durante un buen rato sin dejarle meter baza. Y también lo disfrutó a su manera, ya que aunque no le gustaba hablar de sus asuntos privados, le encantaba volver a ver a la Madeleine alegre, la de antes de la depresión.

Al fin, la mujer se puso de pie con talante satisfecho.

—Qué a gusto me he quedado... —admitió con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Esto hay que celebrarlo, cariño, así que me voy a regalar una buena copa de vino! ¿Quieres una? ¡Ay, qué alegría más grande....! ¡Mi hijo se ha echado una novia!

Un instante después había desaparecido del salón.

Jueves, 20 de mayo de 2010.

Los siguientes dos días fueron un no parar. Abrir una cuenta bancaria conjunta, firmar el contrato, coordinar con el propietario la retirada de los muebles del piso, decidir las primeras compras básicas para poder mudarse a principio de mes a un hogar con las mínimas necesidades cubiertas... Y todo eso, en medio de una agenda exigente que en el caso de Shea también incluía los coletazos finales del acondicionamiento de la nueva sede londinense de la imprenta.

Pero aquello que Maverick le había dicho a su amigo acerca de lo fácil que resultaban las cosas cuando estabas con la persona correcta, volvió a confirmarse durante esa semana. La profunda conexión que mantenían era lo que hacía posible que todo fluyera.

Esta vez había sido Maverick quien había ido a verla a la nueva futura sede. Había trabajadores rematando detalles, pero el lugar parecía otro, muy distinto de la primera vez que había estado allí, hacía un mes y medio, cuando había acompañado a Shea a visitar las instalaciones. Ella estaba dando indicaciones al capataz sobre la ubicación del gran letrero de la empresa que acababan de entregarle y aún estaba envuelto, sobre unos caballetes, cuando vio a Maverick.

—¡Hey, qué buenas vistas hay desde aquí! —lo saludó.
Él le rodeó la cintura con un brazo y se acercó a hablarle al oído.

—Y eso que estoy vestido —le dijo en voz muy baja. Ella le dedicó una mirada risueña—. ¿Qué, ya tenemos letrado?

Ella asintió y volvió a dirigirse al capataz.

—Avísame cuando vayan a instalarlo, por favor.

—Entendido, señora —repuso el trabajador.

La pareja se alejó hacia el que sería el despacho de Shea cuando la nueva sede estuviera inaugurada. Todavía olía a pintura y el mobiliario nuevo estaba parcialmente envuelto, pero ocuparon las dos únicas sillas disponibles.

—He arreglado con el nuevo para que venga dos horas antes esta tarde, así que si no tienes otros planes, podríamos ir a ver muebles para el piso, ¿no?

—Había pensado en darme una vuelta por Ikea, pero no hace falta que sufras. Puedo ir sola —repuso Shea, riendo.

Estaban sentados uno frente al otro, con las manos tomadas como tantas otras veces; el contacto visual era inevitable.

—¿Y por qué ibas a ir sola?

La reacción del barman la tomó desprevenida. Lo miró con el ceño fruncido intentando adivinar si se trataba de una broma. Todos los hombres que conocía odiaban a la multinacional sueca responsable de desperdiciar tanto tiempo libre caminando kilómetros dentro de sus instalaciones y gastarse un buen dinero, para llegar a casa y pasarse el resto del fin de semana estudiando las instrucciones de montaje, además de peleándose con la pareja cuando la mesa acababa teniendo tres patas en vez de cuatro.

Pero no halló rastro de broma en aquel rostro

guapísimo.

—¿Quieres venir? —le preguntó, dudosa.

Los ojos de Maverick se desplazaron de un extremo a otro dentro de sus órbitas mientras en su rostro lucía una sonrisa intrigada.

—¿Es una pregunta trampa? —repuso a su vez.

Shea se rió.

—No, no es una pregunta trampa. ¿Quieres venir, de verdad?

—Claro. ¿Por qué no iba a querer?

Le resultaba novedoso que ir de compras a aquel lugar no diera lugar a malas caras, como le había sucedido en el pasado, pero se ahorró los comentarios al respecto.

—Entonces, perfecto... ¿Paso a buscarte sobre las...?

—Cinco. Creo que ya estaré libre para entonces.

—Bien... —Shea exhaló un suspiro feliz—. Diez días, Mav... Diez días más y ya no tendremos que decirnos adiós por las noches... Me parece increíble.

—Y a mí... —Cuando sus ojos se posaron en los de Shea, pudo reconocer la misma ilusión, la misma expectativa, la misma emoción—. Estoy deseando que llegue el uno de junio... Pero, ¿sabes? Que esté a la vuelta de la esquina, también quiere decir que tenemos que coger al toro por los cuernos. Hablar con nuestras respectivas familias, preciosa. Se nos está acabando el tiempo.

Ella asintió. Tenía toda la razón. Lo peor era que ella había evitado todo lo posible hablar del tema Maverick con su padre. Sabía que salían juntos, por supuesto, pero él parecía más preocupado por el futuro de la empresa que por las cuestiones sentimentales de su hija recién divorciada y no había querido añadir gasolina a un fuego que ya ardía en

condiciones. No sería ni sencillo ni agradable ponerlo al tanto de sus planes.

—Y al menos en mi caso —continuó Maverick—, estaría bien que os presentara primero. Ya sabes, antes de echarle el cubo de agua helada anunciándole que su hijo del alma se muda... —Los dos sonrieron como niños que acaban de hacer una travesura—. Dios, la señora Madeleine me va a querer matar...

—Del mío mejor no hablar... Hasta hace un mes seguía pensando que no debí divorciarme, que tiré la toalla con mi matrimonio demasiado pronto... Dios mío... Vive en otra galaxia, está claro.

Él le acarició la nariz con ternura. Pensó qué duro tenía que ser que el único progenitor con vida que le quedaba le hubiera brindado tan poco apoyo emocional en un momento tan difícil.

—¿Cómo te parece que lo hagamos, Shea? ¿Cómo crees que sería mejor para tu padre y para mi madre?

Ella no tuvo que pensárselo; sabía la respuesta correcta, al menos en su caso.

—A solas.

Él movió la cabeza afirmativamente. Si se lo decían entre los dos, su madre lo tomaría como una encerrona. Tenía que enfrentarse al juez supremo en solitario.

—Tú te ocupas de la señora Madeleine —continuó Shea, decidida—, yo me ocupo del señor Brennan y los dos nos encomendamos a Dios y a todos sus querubines para que no haya una guerra nuclear.

—Y después de que sepan nuestros planes, habrá que reunirlos para que se conozcan —añadió Mav—. ¿Una cena en un restaurante bonito?

—Sí, definitivamente, necesitamos un terreno neutral. Que sea céntrico y con carta internacional, así evitamos encender viejos rencores antisoberanistas.

Maverick soltó una carcajada ante aquella alusión a la independencia de Irlanda del Reino Unido, un siglo atrás. Para variar, los dos estaban pensando en lo mismo; tenían que procurar por todos los medios que la etiqueta impusiera compostura ya que, aunque no lo hubieran dicho en voz alta, ambos sabían que ni Madeleine Curtis ni Brennan Mitchell verían con buenos ojos los planes de la pareja.

—De acuerdo. ¿Te vienes conmigo a mi casa, a tomar un café con la señora Madeleine, después del IKEA?

Dios, ¿tan pronto? Shea se arregló el cabello de puro nervio y su rostro adquirió tintes de película de terror. Maverick ya se estaba riendo cuando le dijo:

—¡Ni que te estuviera invitando a una fiesta de zombis, preciosa!

Ella le obsequió una sonrisa divertida, pero en aquellos ojos del color del cielo Maverick pudo distinguir con toda claridad la presencia de un cartel que decía “¿Puedo elegir? ¡Me pido una fiesta en Zombilandia!”.

* * * * *

El coche de Maverick acababa de girar en la esquina y Shea volvió su atención a los trabajadores que lidiaban con el pesado cartel sobre el andamio. Le había costado Dios y ayuda convencer a su padre de cambiar el nombre por otro más

comercial. En realidad, no era un cambio propiamente dicho, ya que a efectos legales la empresa fundada por su abuelo continuaba llamándose *John Mitchell & Son*. Pero el nombre comercial elegido por Shea era moderno, acorde con las necesidades del mercado actual.

A Erin le había encantado e incluso había bromeado con copiarle la idea y empezar a utilizarla en Irlanda. Brennan Mitchell, como era de esperar, seguía insistiendo en lo mucho que había costado que el negocio familiar alcanzara el buen renombre que tenía, para que ahora vinieran las nuevas generaciones a querer llamarlo de otra forma. Era un hombre a la vieja usanza, muy apegado a sus costumbres, y le costaba adecuarse a los cambios trepidantes característicos de esta nueva época. Algo de lo que él, interiormente, era consciente ya que había decidido dejar en manos de sus hijas la empresa familiar que había constituido toda su vida, mucho antes de su edad real de jubilación. Y dado que esa era su naturaleza, no vería con buenos ojos los cambios que se avecinaban en la vida personal de su hija menor. Shea exhaló un suspiro. Fuera como fuera, su padre tendría que asumir la realidad. La entendiera o no.

De algo estaba segura, Brennan Michell iba a presentar batalla... Y podía ser muy obcecado cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Así que estaba nerviosa respecto de cómo se desarrollarían las cosas en los próximos días y, aunque no deseaba reconocerlo, también estaba bastante preocupada.

—Menuda nueva sede. Es casi tan grande como la casa matriz, ¿no? —comentó una voz masculina detrás de Shea, que no sólo la devolvió a la realidad, también la revolvió por dentro.

Shea se giró y sus ojos volvieron a encontrarse con el

hombre culpable de haber malgastado sentimentalmente quince años de su vida.

—¿Qué haces aquí, Ian?

El alto individuo, de la misma edad que Shea, tenía cabello castaño oscuro y ojos claros. Vestía un moderno traje de ejecutivo que realzaba su atractiva figura. En otros tiempos, le habría robado un suspiro. Ahora, le parecía un *yuppie*, además de un impresentable y un pesado.

—Verte. ¿Qué otra cosa, si no?

Shea negó con la cabeza. Ni había vuelto a atender sus innumerables llamadas ni había respondido a sus mensajes de texto y, desde luego, tampoco pensaba atenderlo en persona. De modo que se dio la vuelta y, al tiempo que se encaminaba hacia el interior de la nave, anunció:

—Ni hablar. Vete por donde has venido, y no vuelvas.

Él salió tras ella y la alcanzó justo cuando estaba a punto de entrar en la nave, la tomó delicadamente del brazo para que se detuviera.

—Shea, por favor... No seas así conmigo... Nos conocemos desde que éramos unos críos, ¿de verdad que ahora ni siquiera vas a dirigirme la palabra?

Ella liberó su brazo al instante.

—No me toques. —Habló mirándolo directamente a los ojos y su actitud fue tal, que el capataz, el único de los trabajadores que estaba a ras de tierra, pensó que debía intervenir.

—¿Está todo en orden, señora?

—Por supuesto que está en orden. ¿Por qué no mete sus narices en sus asuntos? —escupió el treintañero.

—No estoy hablando con usted.

—¡Pero yo sí! ¡Será imbécil el tío este...!

Shea se puso roja. Detestaba las situaciones que creaba su ex. Era así de antes que Maverick apareciera en su vida. Ahora, las comparaciones resultaban inevitables y hasta su mera presencia se le hacía intolerable.

—Ya vale, Ian —exigió. Luego, se dirigió al capataz—: Gracias, no se preocupe. Puede seguir con el cartel.

El trabajador regresó junto a los demás, no sin antes dedicarle una velada advertencia al ejecutivo con su mirada, que este ignoró al igual que había hecho con las peticiones de Shea.

—Necesito verte, nena. Necesito que hablemos, que me des la oportunidad de intentar arreglar este lío en el que me he metido por imbécil...

Volvió a tomarla por los brazos. Ella se lo quitó de encima con brusquedad y le advirtió con la mirada que como volviera a tocarla, las cosas se pondrían muy mal. Tras un momento tenso en el que Ian acabó cediendo, y retrocediendo un paso, confesó:

—Te quiero, Shea. Te quiero de verdad y sé que fui un idiota, pero he cambiado. Te lo juro. Por favor, no quiero perderte... Por favor... —dijo con impotencia—: Si te llamo, me dejas hablando con el buzón de voz. Con los mensajes, más de lo mismo. Me devuelves los regalos... Y si voy a tu casa, o no estás o no quieres abrirme la puerta...

Shea lo miró con los ojos como platos. La nueva dirección de la futura sede aparecía en la página web de la empresa, no así el domicilio privado de sus dueños.

—¿Y cómo sabes dónde vivo? —lo interrumpió. De pronto, recordó la mañana que el timbre y el teléfono sonando al mismo tiempo habían interrumpido un momento romántico con Maverick, y maldijo por dentro. ¿Había sido

él? Qué ganas de matarlo.

—Es la casa de tu hermano. Nos enviaba una postal por Navidad cada año, ¿recuerdas? Y tú detestas los hoteles. No era difícil adivinar dónde te habías instalado. No me mires así —suplicó—. Si me dieras una oportunidad, te darías cuenta de que esta vez he cambiado. Lo digo en serio, Shea. Se acabaron las tonterías. Te quiero y sé que tú también me quieres. Arreglemos esto, por favor, nena.

Shea no pudo evitar pensar cuánto habían cambiado las cosas en unos meses. Y cuántos descubrimientos había hecho sobre sus propios sentimientos, sobre sus propias expectativas de futuro. En cierto modo, le hizo sentir culpable tener que admitir que lo que había sentido por Ian era un amor de segunda categoría. Entonces, no lo sabía, pero jamás había sentido por Ian lo que sentía por Maverick. Ni nada remotamente parecido. Y ahora lo único que sentía por él eran ganas de perderlo de vista.

Ahora, sus promesas y sus juramentos le resultaban vacíos, oportunistas. Probablemente siempre habían sido así, solo que ella no se había percatado. Ya no importaba. Nada de Ian importaba.

Tan abstraída estaba en sus propios pensamientos que no reparó en detalles como su traje de ejecutivo o que, viviendo en Dublín, aquella mañana, tres semanas atrás, le hubiera tocado el timbre a horas tan tempranas. La mente y el corazón de Shea habían pasado página definitivamente por lo que las palabras que eligió a modo de despedida, no le produjeron el menor remordimiento.

—No quiero saber nada más de ti, ni ahora ni en el futuro. Tuviste tu momento, Ian, pero ya es agua pasada. Ahora, vive tu vida y déjame en paz. Por favor, no me obligues

a tener que tomar medidas legales —sentenció.

Tras lo cual, Shea dio media vuelta y desapareció en el interior de la nave.

* * * * *

Aquella misma tarde, en el bar.

—Hola, guapa... ¿y mi hijo? —preguntó Madeleine al no ver a Maverick detrás de la barra.

—¡Hola, Madeleine! Su hijo está reunido con sus socios. Llevan un rato en la oficina, ¿por qué no toma algo mientras lo espera? —repuso la camarera.

—En realidad, llevo un poco de prisa. Solo venía a preguntarle si quería que preparara algo especial para la noche...

—¿Qué, están de fiesta? —preguntó Cheryl.

—No fiesta en el sentido que la entiende mi hijo, pero creo que va a ser divertido... Es que hoy me va a presentar a *su chica*...

A Cheryl se le retorció el estómago de rabia. Sabía perfectamente que no tenía la menor esperanza con él y en vez de pasar página de una buena vez por todas, estúpida de ella, se dedicaba a sufrir viéndolo enamorado de alguien con quien no tenía ningún futuro. Alguien que acabaría dejándolo cuando se le pasara la novelería. Intentó disimular forzando una sonrisa en su rostro.

—¿Ah, sí?

La mujer asintió entusiasmada.

—Si te digo la verdad, estoy emocionada...

—¿Y eso por qué? Que yo recuerde, las madres de los míos estaban de todo menos emocionadas.

—Es que es la primera que me trae a alguien a casa.

Eso sí que Cheryl no lo había esperado. Maverick despertaba pasiones entre la clientela femenina. Era un seductor. Había dado por hecho que desde la adolescencia se había dedicado a dejar un rastro de corazones destrozados tras de sí.

—No me lo puedo creer. ¿Nunca le ha presentado a nadie, ni siquiera a una novia del colegio? —preguntó la camarera que tuvo que concentrar toda su energía en que los músculos de su cara mantuvieran la sonrisa cuando en su interior la envidia esparcía su ponzoña a chorros.

—Ninguna, como lo oyes —repuso la madre de Maverick mientras revolvía en su bolso en busca del móvil—. Lo cual quiere decir que la señorita en cuestión tiene que ser muy especial. Así que tengo que hacer un buen papel... Y prepararle su comida favorita sería un buen comienzo, ¿no te parece?

Al levantar la cabeza, Madeleine notó que la atención de la camarera estaba en otra parte, no en la conversación que mantenían.

La atención de Cheryl, en efecto, estaba en la persona que acababa de llegar, a quien miraba mientras decidía si aprovechaba la oportunidad o la dejaba pasar. No tardó en hacerlo.

—Pues fíjese qué bien... Está de suerte porque la señorita especial acaba de entrar por la puerta —anunció la camarera.

Madeleine se volvió a mirar. Reconoció enseguida a la misma mujer con la que su hijo coqueteaba la última vez que había estado allí; la ejecutiva rubia y esbelta que ahora atravesaba el bar como si flotara sobre sus altos tacones de aguja. No pudo evitar pensar lo mismo que la primera vez que la había visto: que no pegaba nada en un reducto motero como aquel.

Su hijo tenía buen gusto para las mujeres, eso había que admitirlo. Era imposible no reparar en los enormes ojos claros de la ejecutiva, perfilados con eye-liner, y en sus tupidas pestañas cargadas de rímel. El segundo pensamiento también fue inevitable; no era ninguna veinteañera. Treinta y tantos, calculó. Con lo cual era bastante posible que le sacara diez años a Maverick. Eso la confundió. ¿Qué buscaba aquella elegante mujer junto a un yogurín como su hijo? La respuesta acudió a su mente en la forma de un pensamiento que no le gustó en lo más mínimo y que se apresuró a dejar a un lado, ya que la ocasión de averiguarlo de buena fuente se le estaba sirviendo en bandeja.

Riéndose por dentro, Cheryl esperó a ver cuál era la reacción de la madre de su jefe. No parecía muy complacida, lo cual no era de extrañar; la hermana de Dylan, además de pálida como un muerto, era un vejestorio para un yogurín como Maverick.

—¿Esa es la mujer que sale con mi hijo, estás segura?

El énfasis con el que asintió Cheryl, sumado a la expresión de su rostro, le dio a entender que a la compañera de trabajo de su hijo, la elección de chica especial le resultaba tan extraña como a ella.

—Muy bien, ¿y sabes cómo se llama? —preguntó en un nuevo intento de corroborar que no estaba a punto de meter

la pata hasta el fondo dirigiéndose a la persona equivocada.

Cheryl volvió a asentir con picardía.

—Shea Mitchell. Y, por si le sirve de algo, es irlandesa.

Maverick le había dicho que su nombre era Shea, así que no había ningún error. Una irlandesa, pensó, ¿estaría intentando mitigar la añoranza por el terruño, ligándose a un yogurín londinense? Si su hijo se ocupaba de calentarle la cama varios días a la semana, estaba claro que la mujer vivía sola, con su familia lo bastante lejos para no enterarse de nada. Madeleine asintió interesada.

—¿Sabes qué suele pedir cuando viene?

Cheryl asintió una vez más.

—*Capuccino*, generalmente.

—Perfecto. Vete preparándole uno, por favor, que yo voy a presentarle mis respetos —dijo Madeleine con guasa.

Shea estaba llegando a la barra cuando detectó la presencia de la madre de Maverick, pero continuó y ocupó su taburete antes de volver a mirar. Ahora, la mujer se dirigía hacia ella con una sonrisa. La ejecutiva echó un vistazo nervioso al reloj y comprobó que había llegado demasiado pronto.

Un instante después, la mujer se sentó en el taburete que había quedado libre a su lado.

—Soy Madeleine Curtis, la madre de Maverick... Mi hijo estaba conversando con usted el otro día y, por lo que me han dicho, es a quien espero a cenar esta noche... —fue la apertura de la madre de Maverick.

Shea no ocultó su asombro. Por partida doble; la propuesta era a un café, no a una cena, y lo último que habría esperado era semejante abordaje por su parte. Cuando le contara a Erin cómo había conocido a su futura suegra, no le

iba a creer.

Shea le ofreció su mejor sonrisa.

—Sí, disculpe mi sorpresa... Soy Shea Mitchell y creo que se trataba de un café, no de una cena, pero es posible que sea yo quien lo ha entendido mal... Encantada de conocerla, señora. Aunque... Vaya situación más extraña, ¿verdad?

Madeleine asintió con una sonrisa.

—Sí, madre e hijo somos bastante imprevisibles —concedió—, espero que no te importe rebajar un poco el nivel de formalidad, Shea. Me resulta muy raro hablarle con tanta seriedad a... —Tenía razón al decir que todo resultaba muy extraño, tanto que hasta le costaba decidir qué palabra utilizar para referirse a la relación que aquella mujer mantenía con Maverick, y como no pretendía resultar ofensiva, se decantó por la más sui generis— una amiga de mi hijo... Desde que supe que iba a conocerte, la curiosidad me está matando... He venido a preguntarle a Mav... —Hizo un gesto cómico—. En realidad, para eso están los teléfonos, pero no quería que me diera esquinazo y últimamente lo veo tan poco, que se me ocurrió pasarme después del trabajo a ver si averiguaba cuál es tu plato favorito. Pero ya que te encuentro aquí, te lo pregunto directamente.

Shea tenía los nervios de punta. En un minuto se había quedado helada. A pesar del tono distendido, sus sensores le indicaban que algo no iba bien. Pero no sabía el qué.

—Soy de buen comer, no te preocupes por eso, Madeleine. Cualquier cosa estará bien.

—Entonces haré pastel de Yorkshire, que me sale buenísimo y a Maverick le encanta, ¿te parece bien?

—Perfecto.

—Bueno, resuelto ese asunto, aprovechemos para

hablar de otras cosas importantes antes de que aparezca mi hijo...

“¡Mav, por favor, ¿dónde te has metido? Ven YA!”, pensó Shea mientras respondía con su serenidad habitual:

—Claro, cómo no.

Madeleine se tomó unos instantes para observarla mientras intentaba hacerse una idea sobre qué clase de persona era. Le resultaba educada, amable, una persona pausada... Sin embargo, salía con un chico mucho más joven a quien tenía lo bastante entretenido como para que él no apareciera por casa cinco noches de siete. Así que, ¿quién era, en realidad, Shea Mitchell? ¿Y por qué salía con Mav? ¿Qué clase de relación mantenían?

—Tengo un millón de preguntas, pero sospecho que Mav no nos dará tiempo para tanto. Espero que no te importe que vaya directa al grano. —Shea negó con la cabeza—. Mi hijo tiene 23 años y tú, evidentemente, eres bastante mayor que él.

¿Debería resultarle natural que, de todas las cosas que una madre puede querer saber acerca de la mujer que sale con su hijo, la que manifestara en primer lugar fuera esa? ¿Qué tal algo del tipo “¿cómo os habéis conocido?”, o “¿a qué te dedicas, Shea?”, o “por tu acento, deduzco que eres de Irlanda, ¿hace mucho que estás aquí?”. En su fuero interno, no le resultó nada normal que la madre de Maverick hubiera empezado por ese tema. Sin embargo, se esforzó por apartar aquella sensación desagradable de su cuerpo.

—Siete años —concretó Shea.

Madeleine hizo un gesto de aprobación, ya que la diferencia no era tanta como ella había supuesto. Aún así, seguía siendo grande.

—Son unos cuantos. Disculpa si soy demasiado directa, pero me sorprende mucho que una mujer hecha y derecha como pareces ser tú, mantenga una relación, me refiero a una relación seria, con un fiestero yogurín como mi hijo. No te lo tomes a mal, por favor, pero algo no me cuadra.

Shea tuvo que sonreír. Ahora sabía de quién había heredado Maverick esa cualidad de soltar verdades devastadoras como quien habla del tiempo.

—Soy una mujer hecha y derecha, en efecto. Y Maverick tiene veintitrés años, de modo que es más joven que yo. Lo de fiestero no me consta. Desde que está en este bar, su vida es la de un empresario. O sea, trabajo, trabajo, y más trabajo. Y lo de yogurín no procede porque yo tengo treinta, lo cual hace que la diferencia sea prácticamente insignificante. Si tuviera cincuenta, entonces sí. No dejaría de ser una cuestión secundaria, pero sería precedente... Maverick y yo somos dos personas muy afines, que disfrutaban enormemente estando juntas, y se complementan de un modo difícil de explicar.

—Shea hizo una pausa tras la cual miró a la madre de Maverick procurando no resultar demasiado odiosa cuando dijo—: Quizás, lo que no cuadra sea la perspectiva desde la que nos miras, Madeleine. Por favor, no te lo tomes a mal.

La primera reacción de la mujer fue fruncir el ceño. ¿La ejecutiva le había parado los pies? No había intentado congraciarse, ni limar las posibles asperezas, ni desviar la conversación hacia aspectos que le convinieran más. Todo lo contrario. Seguía sin gustarle como novia de su hijo, pero respetaba que no se hubiera dejado acorralar.

—Eres sincera.

—Y tú, tan directa como tu hijo —repuso Shea, conciliadora.

La primera sonrisa “post sinceridad absoluta”, hizo acto de presencia en el rostro de la madre de Maverick.

—Bueno... Mi hijo te gusta, así que hay esperanzas para mí.

—Y yo a él, así que igual acabo cautivándote a ti también. Quién sabe —apuntó la ejecutiva.

La llegada de Cheryl interrumpió la conversación momentáneamente.

—Tu *capuccino*, Shea. Invita la madre de Maverick —dijo la camarera, pensando que su llegada proporcionaría una necesaria pausa a la tensión.

Un instante después, al ver la atmósfera distendida que reinaba entre las mujeres, maldijo por dentro.

* * * * *

Cuando Maverick regresó al bar y vio a su madre conversando con Shea por poco le da un infarto. Desde la distancia, no veía correr la sangre, pero eso no lo tranquilizaba en absoluto. Al pasar junto a Cheryl le tocó el hombro. La camarera se volvió.

—Menos mal que te pedí que me avisaras cuando llegara Shea... —se quejó.

Lo habría hecho, pensó ella, pero primero había llegado su madre, luego su “chica especial”, y el espectáculo prometía ser tan bueno, que no se le cruzó por la cabeza la idea de avisarle y que él lo estropeará todo con alguna de sus brillantes ocurrencias. Lógicamente, no era algo que pudiera

decirle. Además, estaba bastante molesta a cuenta de que el espectáculo no hubiera salido exactamente como ella esperaba. Por increíble que fuera, a la madre de Maverick, por lo visto, le gustaba esa estirada.

—Uy, disculpa... Es cierto que me lo pediste, pero con tanto jaleo se me olvidó por completo —repuso la camarera procurando sonar creíble.

El gesto de Maverick rezumaba ironía y no necesitó de más explicaciones para informarle de que no se lo había tragado. Pero como tenía cosas más importantes de las que ocuparse, pasó junto a la camarera sin añadir nada más.

Encomendándose a todos los dioses del Olimpo, se dirigió hacia donde estaban su madre y su novia, saludando a algunos clientes por el camino. Primero se fijó en Shea, quien le devolvió una sonrisa, y eso lo hizo albergar esperanzas. Si todavía era capaz de sonreír, las cosas no podían haber ido demasiado mal. A continuación, se fijó en su madre. Decididamente, ella no tenía pinta de estar enfadada, pero era una gran relaciones públicas y para estar seguro del todo necesitaba hablar con ella sin testigos.

—¡Hola, Maverick! Venía a preguntarte por el plato favorito de tu chica para hacerlo esta noche, y fijate qué suerte, ella estaba aquí, así que se lo he preguntado personalmente.

—Mamá, ¿de dónde has sacado lo de la cena? Te dije que intentaríamos pasarnos un rato, así que como mucho, será un café.

—Bah, bah, bah... ¿Cuánto tiempo hace falta para cenar, Mav?

—Café —insistió él—. La cena la dejamos para otro día que los dos estemos menos liados —repuso buscando con la

mirada el consenso de Shea, quien asintió con decisión.

—Vaaale. Café. Ya prepararé algo dulce para mojar —dijo Madeleine, y le hizo un guiño a Shea.

—Bueno... ¿y qué tal este rato sin mí? Espero que no me la hayas espantado, madre —dijo Mav que ya no aguantaba las ganas de saber qué tal habían ido las cosas. A Shea la encontraba demasiado almidonada, su lenguaje corporal no era tan relajado como de costumbre, y a Madeleine... No acababa de creerse tanta espontaneidad por su parte.

—Pero vamos a ver, ¿acaso pensabas que me la iba a comer? —intervino Madeleine, mirando a su hijo con un punto de incredulidad—. No soy una madre posesiva, y ya iba siendo hora de que trajeras una novia a casa...

—Es que técnicamente no te he traído a ninguna novia a casa —repuso Maverick mirando de reojo a Shea—. Y aunque me encanta que finalmente os hayáis conocido, es mi primera vez, así que tendréis que tenerme un poco de paciencia...

—Bueno, para ser la primera vez no ha estado mal... —intervino Shea—. Ha sido agradable. Un poco inesperado, pero agradable.

—Cierto, pero hasta hemos estado charlado un ratito, ¿verdad, Shea? —soltó Madeleine.

Lo suficiente para que ella le dijera lo que de verdad pensaba acerca de la relación que mantenía con su hijo y Shea le respondiera que se guardara sus opiniones donde le cupieran. Palabra más, palabra menos. Eso sí, todo muy amistosamente.

—Así es. No nos has dado mucho tiempo, Mav, pero lo hemos aprovechado bien.

“¿Habían estado charlando?”. Él miró a sus dos mujeres y esta vez tuvo la certeza de que ambas estaban manteniendo

las apariencias. Shea era una persona muy amable, pero dudaba muchísimo que hubiera estado “charlando” con su madre. Al menos, no con el sentido de conversación agradable que el término sugería. Su alusión al buen aprovechamiento del tiempo le sonó justamente a lo contrario; a un “¡gracias a Dios que ya estás aquí!”.

Madeleine se puso de pie y cogió sus cosas con el mismo talante enérgico con el que había llegado.

—Bueno, queridos míos, sólo venía a ver si conseguía información útil para la cena... No será cena, sino café, pero con algo habrá que acompañarlo, así que me voy a por ello antes de que las tiendas cierren. ¿Sobre qué hora os espero? —preguntó, mirando alternativamente a su hijo y a Shea.

Maverick no sabía si Shea la había puesto al día respecto de los planes de la pareja para aquella tarde, aunque suponía que no, y no quiso arriesgarse a estropear el buen momento dando más explicaciones.

—Dudo mucho que antes de las diez, mamá. Es que los dos tenemos cosas que hacer. —Vio que Shea asentía.

—Perfecto. Así me da tiempo a preparar algo rico. Vale, chicos, nos vemos... ¡Adiós, Cheryl... Por favor, cóbrale el *capuccino* a mi hijo! —exclamó al tiempo que se despedía saludando con la mano.

La pareja permaneció en silencio hasta que la mujer desapareció tras la puerta del bar. Entonces Maverick se acercó a Shea, y la miró a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Me dijo que la sorprendía que una mujer hecha y derecha como yo mantuviera una relación con un yogurín fiestero como tú, que no le cuadraba.

El rostro de Maverick pasó por toda la gama de rojos

antes de que él dejara caer la cabeza, derrotado.

—¿Eso te ha dicho? Aj, me la voy a cargar... —murmuró.

Podía entender que deseara perderse por una grieta de la pared. A ella le había sucedido lo mismo con su padre, y eso que solo se había limitado a mirar a Maverick sin decir ni mu. Le acarició el cabello a modo de consuelo.

—Tranquilo, Mav. Le respondí que la diferencia era demasiado pequeña para que aplicara la definición de yogurín y que desde que eras socio del bar, vivías para trabajar por lo que la definición de fiestero tampoco era muy apropiada —Mav había levantado la cabeza y la mirada con los ojos cada vez más grandes—. Que quizás lo que no le cuadraba era su perspectiva de las cosas.

—¿Le has dicho eso?

Shea asintió complacida.

—Literalmente. Y creo que al final acabé mejorando mi puntuación general.

Mmm..., pensó él, quizás fuera demasiado pronto para cantar victoria. Por otro lado, a su madre solía caerle bien la gente que le echaba valor, así que era posible que el marcador final fuera positivo. Maverick exhaló un suspiro y un instante después la estaba besando.

—Me vuelves loco. Totalmente loco, princesa... —susurró sobre sus labios—. ¿Qué te parece si vamos a por nuestros muebles?

—¿Cómo, ya está? Oye, que me he enfrentado yo solita a tu señora madre y sigo viva, ¿se acabaron los besos tan pronto?

Él se echó a reír.

—Por mí, seguimos... Pero esto no va a durar mucho más, ¿lo sabes, no? Estamos rodeados de bromistas

aguafiestas...

—Lo sé, lo sé... —Suspiró—. Qué pena.

—Deja de tentarme, preciosa... —advirtió él con cara de diablo.

Shea se puso de pie con una sonrisa y bebió el último sorbo de su *capuccino* bajo la mirada enamorada de Maverick.

—De acuerdo. Seré buena. ¿Nos vamos?

Preciosa, inteligente y encima, le había parado los pies a la señora Madeleine. No se podía ser más perfecta.

—¿Contigo? Al fin de mundo, nena. Al mismísimo fin del mundo —repuso el barman.

Viernes, 21 de mayo de 2010.

Aquella noche, la pareja no disfrutó de un café “con algo para mojar”, sino de una larga y caliente sesión de sexo.

Con tres mil libras menos en la cuenta y la ilusión por la estratosfera tras una tarde de pareja con un gran futuro a la vista, sucedió lo que ambos daban por hecho; una cosa había llevado a la otra, y el amanecer había vuelto a hallarlos en la misma cama.

—Menos mal que, al menos, le avisaste de que no nos esperara... ¿Y ahora qué vamos a hacer, Mav? Mi familia llega hoy y después de la consabida inspección del estado de las cuentas que me va a dejar con la cabeza como un bombo, tendré que comunicarles nuestra noticia... Suponiendo que no acabemos saliendo en los informativos, no me van a quedar fuerzas para un café en compañía de la señora Madeleine... —dijo Shea con un punto de desesperación en la voz.

Estaban junto a la puerta donde Maverick se ponía la cazadora.

Era cierto, pensó, el día se presentaba “agitado”. Pero estaba demasiado feliz para preocuparse por nada. Se inclinó y la besó en los labios.

—Tranquila, preciosa. Seguro que a mi madre no le quedan ganas de invitarte a un café cuando esta noche le diga nuestra noticia... —Se echó a reír—. ¡Me va a querer matar!

—En serio, Mav, creo que esto se nos está yendo de las manos...

—Eh... No te me acobardes ahora, ¿eh? ¿No quieres que vivamos juntos? —Sus ojos se encontraron y él volvió a besarla.

—Claro que sí.

—Entonces, relájate, amor. Será una sorpresa, sí, pero lo entenderán. Podemos posponerlo si quieres, pero... —Buscó su mirada— ¿Tú crees que dentro de un mes o dos se lo tomarían mejor?

Ella hizo pucheros con la boca.

—No... —concedió—. No lo creo.

—¿Lo ves? Entonces, vayamos a por ello ahora. Es lo que los dos queremos y tendrán que aceptarlo... Además, en cuanto vean lo bien que estamos juntos, se les pasará la preocupación. Ánimo, princesa, ¿vale?

Ella respiró hondo y esbozó una sonrisa.

—Sí, vamos a por todas, Mav. Tienes razón.

Él le dio un último beso.

—Te llamo.

Shea asintió y permaneció en la puerta mirando cómo se alejaba.

Ojalá no estuviera tan nerviosa.

Ojalá no tuviera tan malos presentimientos.

* * * * *

Shea frunció el ceño al ver que Erin aparecía sola en el

hall de llegadas del aeropuerto.

—No te preocupes. No es nada grave —anunció ella, abrazándola afectuosamente—. Nuestro padre está griposo y lo obligué a quedarse en la cama el fin de semana. Tampoco era cuestión de que nos apeste a todos... ¡Estás guapísima, hermana, me alegro mucho de verte!

Ella también lo estaba, pensó Shea. Se había hecho un corte moderno, muy corto, de los que llevaban la nuca rapada y su color rubio natural lucía abundantes mechass doradas. La favorecía mucho. Las dos se parecían y, a la vez, eran muy diferentes. Compartían los signos característicos de los Mitchell; cabello claro, ojos grisáceos y una gran envergadura, pero Erin tenía un estilo mucho más informal que el suyo, a pesar de haber cumplido los treinta y seis. Rara vez se maquillaba, no usaba tacones y siempre que podía, iba en vaqueros. Hoy no era una de esas ocasiones ya que tenía varias entrevistas, por lo que había escogido un vestido negro de punto con cuello alto y unas botas a juego.

—¿Y te ha hecho caso sin más? Uy, qué raro me resulta eso... Gracias, cariño. Tú también estás genial.

Las hermanas se dirigieron hacia el aparcamiento tomadas del brazo mientras se ponían al día.

—Tanto como sin más, no... Le dije que no podíamos arriesgarnos a que te contagiara y te pusieras enferma en mitad del traslado a la nueva sede... Tú eres la cabeza de este proyecto, en Dublín puedo sustituirte... O bueno, más o menos, pero aquí... ¡Si todavía me pierdo por la ciudad! —celebró, haciéndole un guiño a su hermana.

En un primer momento, a Shea le alivió saber que su padre no vendría. Pronto, sin embargo, comprendió que eso solo posponía las cosas, y dado que el siguiente fin de semana

iban a estar de mudanza, sería como contarle lo que sucedía... mientras estaba sucediendo. Lo que, sin duda, era peor. Mucho peor.

—¿Eh, qué pasa? ¿Lo necesitabas para algo? —quiso saber Erin al notar que su hermana estaba de todo menos alegre.

Shea exhaló un suspiro.

—Para nada —repuso con una sonrisa forzada—. Oye, ¿qué te parece si te llevo a nuestra flamante nueva sede y ves lo bien que está quedado? Para la primera entrevista queda un par de horas. Nos da tiempo.

—¿Todavía sigue allí ese pedazo de tío con pinta de salvaje?

—Acaban este fin de semana, pero todavía están allí. El pedazo de tío y su cuadrilla, sí. —respondió Shea al tiempo que sacudía la cabeza ante la jovialidad pícara de su hermana.

—¡Entonces, no se hable más! ¿Hombres sudorosos semidesnudos antes del desayuno? ¿Dónde hay que firmar?

* * * * *

Pero al llegar, lo último que ocupó la atención de las dos mujeres fueron las obras de la nave.

Un camión había aculado en el muelle, desde el cual un grupo de hombres “semidesnudos y sudorosos” estaba descargando... ¿Eran sus muebles? Cuando todavía no había salido de su asombro, Shea vio que uno de los hombres era el suyo. En un segundo se había olvidado de Erin, de las obras y

de todo lo demás. Bajó del coche y fue hasta la entrada de la nave.

—¿Mav? ¿Qué sucede?

Él levantó la cabeza y la recibió con una sonrisa que no solo estaba relacionada con que le encantaba verla, independientemente de las circunstancias, sino que aquella mañana estaba impactante con un traje entallado de falda y chaqueta color negro. Debajo, llevaba la blusa favorita de Maverick.

A la sonrisa, siguió un silbido halagador que a Shea le puso las mejillas del mismo color que la camisa.

—Estás preciosa, me encanta esa blusa —se acercó a darle un beso y añadió en voz baja—, y lo que hay debajo ni te cuento...

Más rubor, más sonrisas.

—¿Por qué están descargando nuestros muebles aquí?

Erin, que hasta aquel momento había seguido a su hermana hacia el camión, admirando el panorama masculino que aquella mañana le obsequiaba, salió de su mutismo.

—¿*Nuestros muebles*? —Y señalando cómicamente con el dedo a uno y a otro sin acabar de estar segura de que lo había entendiendo bien, añadió—: ¿Por “nuestros” os referís a “vuestros”?

Un intercambio de miradas le confirmó a Maverick que Shea aún no le había hablado del tema a su hermana. Intentó continuar como si tal cosa.

—¡Hola, Erin, bienvenida a la ciudad! Con suerte, hoy hasta ves el sol y todo. —Erin respondió al saludo de Maverick sin demasiado entusiasmo y él volvió a dirigirse a Shea—. Se hicieron un lío con la fecha de entrega. Cuando llegaron a casa, obviamente, no encontraron a nadie y me

llamaron a mí. Bueno, a ti también, pero debes llevar el móvil apagado o algo porque yo tampoco he podido dar contigo...

—¿Y por qué no rechazaste la entrega, Mav? Ahora vamos a tener que contratar algún vehículo para llevar los muebles hasta casa.

—Porque entonces no los tendríamos este fin de semana, nena, y hay que empezar a montarlos. Tranquila, que seguro que en el bar encuentro una cuadrilla de moteros que me ayude por el módico precio de unas cuantas pintas de cerveza. Tú no te preocupes, que yo me ocupo de todo —aseguró. Se estiró a besarla en los labios—. ¿Vale, preciosa?

Erin sacudió la cabeza como intentando que aquel movimiento pusiera las ideas en su sitio y las cosas empezaran a cobrar sentido. Pero ni con esas. La última vez que había estado en la ciudad, planeaban la primera escapada romántica de su meteórica relación. Y de eso no habían pasado ni quince días, ¿y ahora qué? ¿Se habían casado en secreto o, directamente, se habían saltado esa formalidad? Menuda historia de locos.

—Disculpad que interrumpa un momento tan romántico, pero ¿alguno de los dos podría explicarme de qué va todo esto, por favor?

Shea se puso violeta. De la jocosa Erin Mitchell quedaba poco, y la que ocupaba su lugar era la hermana mayor, alarmada por la huída hacia adelante de la pequeña.

El experto en relaciones públicas era Maverick, así que, dispuesto a hacerse cargo de la situación, ya había empezado a hablar cuando otra voz los dejó mudos a todos.

—Exacto. A mí también me encantaría saber qué cojones está pasando.

Los ojos de Maverick se desplazaron inmediatamente

hacia el recién llegado, un tipo alto, trajeado, de pelo oscuro y pinta de gilipollas integral. Así de buenas fueron sus primeras impresiones antes siquiera de saber quién era. Y al ver cómo se envaraba Shea, tuvo claro que las siguientes impresiones serían igual de malas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Verte, ¿qué otra cosa iba a hacer, Shea? Ahora entiendo por qué no atiendes mis llamadas, ni respondes mis mensajes, ni me abres la puerta de tu piso de Piccadilly... Parece que el divorcio no te ha afectado tanto después de todo...

“¿Entender? ¡Tú nunca has entendido nada!”, pensó Shea molesta por sus apariciones fuera de lugar y más molesta aún al comprender que debía habérselo dicho a Maverick, no lo había hecho y ya era tarde.

Fue Erin quien lo puso en palabras.

—¡Mira, lárgate de aquí ahora mismo o llamo a la policía! ¡Eres un impresentable! Lo tuyo no tiene nombre. Ya no es tu mujer y aquí no pintas nada, ¿me oyes?

—¿Eso no debería decidirlo ella, cuñada?

—Ya lo ha decidido, tío —terció Maverick sin poder contenerse—. Se divorció de ti, ha seguido con su vida y ahora está conmigo. —Se bajó las mangas de su camiseta con movimientos bruscos antes de anunciar—: Voy al baño, y espero no encontrarte aquí cuando vuelva.

—¿Y si no qué, me vas a partir la cara?

—Si hace falta... —repuso un Maverick tan serio como Shea jamás lo había visto.

—Vuelve a la guardería de donde te has escapado, chaval —repuso con desdén y volvió a mirar a Shea—. Menuda hipócrita estás hecha. ¿Cuánto hace que te lo pasas

por la piedra? ¡Hay que joderse!, y yo aquí, aguantando tus salidas de esposa despechada, suplicándote otra oportunidad...

—¿Otra oportunidad para qué?! ¡Pero cómo puedes ser tan impresentable! —se revolvió Erin.

—¡Como no cierres esa boca ahora mismo, te voy a arrancar los dientes de una hostia! —advirtió Maverick.

Él ya iba hacia Ian cual ejército en plena carga cuando Shea salió de su ostracismo con las mejillas incendiadas por la vergüenza y por la rabia.

—¡Basta! —exigió—. ¡Callaos todos! Parad con este numerito que está avergonzando hasta a los ladrillos del muro. Tú, largo. No quiero saber nada de ti —le ordenó a Ian—. Largo, ahora mismo. Y que te quede claro que si vuelves a molestarme otra vez, te voy a denunciar. —A continuación, se volvió hacia Mav—. No...

Iba a decir que no necesitaba su protección y que, de necesitarla, ya se ocuparía ella misma de pedírsela, pero se contuvo. No deseaba llamarle la atención delante de todos. Maverick solo intentaba ayudarla y, al fin y al cabo, aquello no habría sido un cubo de agua fría para él, si ella le hubiera contado que su ex llevaba semanas molestando.

—Luego te llamo, ¿de acuerdo, Mav? —Su voz sonó notablemente más suave, a pesar de su evidente enfado.

Maverick tensó las mandíbulas. Volvió a mirar al gilipollas que le estaba haciendo hervir la sangre pensando que como se le ocurriera hacer el menor gesto o le dedicara a Shea la menor mirada, lo zurraría hasta cansarse allí mismo. Pero el tipejo miraba hacia otro lado. Evidentemente, no había esperado semejante reacción por parte de ella. Lo que no era de extrañar, ya que hasta a él mismo lo había tomado

por sorpresa oírle levantar la voz. Estaba claro que había llegado a su límite y no sería él quien agravara las cosas. Ya había contribuido bastante sin proponérselo, metiendo baza en vez de mantener el pico cerrado. ¿Cómo había sido tan estúpido de hacer algo así?

Shea lo vio respirar hondo y al fin, asentir. Un instante después se había dado la vuelta y se encaminaba hacia el interior de la nave.

Exhaló un suspiro y miró a su hermana.

—Nos vamos, Erin. Ya te mostraré las obras más tarde —y dirigiéndose al guardia de seguridad que seguía los acontecimientos con evidente inquietud, añadió—: Asegúrese de que el señor se marcha. Llame a la policía, si hace falta.

El empleado enseguida se dirigió a Ian, indicándole educadamente que tenía que marcharse, algo que él no recibió de buen grado, pero a Shea le dio igual. Estaba harta de él.

Poco después, las dos mujeres estaban en el coche, camino del centro de la ciudad.

* * * * *

Las hermanas no habían dicho gran cosa durante el viaje. Shea estaba muy molesta por todo lo que había sucedido aquella mañana antes de darle tiempo a tomarse un café. Erin, evidentemente, se sentía dejada de lado. Después de lo mal que Shea lo había pasado con su divorcio, no podía evitar pensar que por lo menos se merecía una llamada antes

de llegar a la ciudad y encontrarse con que todo estaba hecho.

Ahora, frente a frente con un café, las hermanas intentaban limar asperezas y hablar sinceramente.

Algo que, especialmente a Shea, no le estaba resultado nada sencillo.

—No sé qué decirte, Erin... Te habría gustado enterarte antes, por mí y de otra forma, lo sé, pero... Lo que sentimos, lo que nos une a Maverick y a mí, tiene vida propia. Ninguno de los dos necesitamos pensarnos las cosas; suceden sin más, y cuando queremos darnos cuenta ya están hechas. Se lo propuse hace dos semanas...

—¿Tú se lo has propuesto? —Los ojos abiertos como platos de Erin daban cuenta de lo que pensaba; que no era de esa clase de mujer.

Shea no pudo evitar sonreír al recordar aquel momento. Maverick se había puesto como un flan.

—Asombroso, ¿eh? Pues espera que hay más —y empezó a relatarse la facilidad con la que se habían ido desarrollando las cosas que habían acabado, doce días más tarde con un piso ideal y los muebles comprados.

El sonido del móvil de Shea interrumpió momentáneamente la conversación y Erin se dedicó a observarla mientras mentalmente intentaba encontrar algún sentido a aquella loca idea que cuanto más conocía, más loca y peligrosa le parecía.

—No puedo ahora, Mav —se adelantó Shea. Su voz sonó suave, como siempre que hablaba con él, pero mucho más seria de lo habitual.

Maverick maldijo por dentro.

—*La he cagado hasta el fondo y estás enfadada... Perdóname, Shea. Es que...* —Saber cuánto la había hecho sufrir Ian y

presenciar la forma en que le hablaba, sin cortesía, incluso con desdén, le había resultado insoportable.

Ella intentó sobreponerse al efecto de la dosis extra de dulzura en un hombre que no necesitaba más azúcar.

—No estoy enfadada. ¿Podemos seguir luego? Estoy con mi hermana, poniéndola al día de lo nuestro y en un rato tendremos que dejarlo porque tiene que entrevistar a un candidato.

—*¿Te puedo pedir un favor?*

Shea se estremeció de la cabeza a los pies ante una nueva ducha de miel.

—Ya sabes que sí...

—*Dime donde estáis. Necesito disculparme mirándote a la cara. Necesito sentir, saber, que no me lo tendrás en cuenta. Por favor, será solo un minuto. Es que no me soporto, Shea. Me siento tan... Tan capullo.*

—Mav, estamos en la cafetería de al lado, pero, de verdad, no hace falta...

—*Ya estoy aquí* —anunció él—. *Ya te veo.*

Su tono había cambiado radicalmente en un instante y cuando Shea alzó la vista, él ya estaba avanzando entre las mesas con su talante decidido y su sonrisa imposible.

Esas cosas eran las que le acariciaban el corazón. No solo su tono de voz, ni sus disculpas ni sus piropos; plantarse allí y dar la cara.

Erin volvió a sacudir la cabeza. A su querida hermana solo le faltaba empezar a derretirse lentamente en la mesa del desayuno.

—Hola de nuevo, Erin. No os entretengo. Solo será un minuto. —Se puso de cuclillas junto a Shea—. Debí seguir con lo que estaba y mantener la boca cerrada. Eres perfectamente

capaz de manejarte con ese imbécil. —Exhaló un suspiro y volvió a mirarla a los ojos—. No tengo excusa. ¿Me perdonas? No volverá a suceder.

Y estas otras cosas también la ponían en plan merengue recién batido. Con Maverick no había justificaciones de ninguna clase. Ni siquiera lo intentaba.

Shea tomó su rostro entre las manos. Sus ojos recorrieron lentamente las facciones masculinas.

—No me gustó. No estuvo bien, pero no tienes que pedirme perdón porque la verdad es que en tu lugar probablemente yo habría hecho lo mismo. Es un tipo odioso, arrogante... Un imbécil —concedió.

Maverick sonrió.

—¿Verdad que sí? —bromeó. En realidad, a él le había parecido un gilipollas antes siquiera de saber quién era, pero viniendo de Shea, “odioso”, “arrogante” e “imbécil” también le valía. Después de darle un último beso, se puso de pie—. Te dije que iba a ser solo un minuto, ¿ves? Ahora os dejo. Luego te llamo.

Shea asintió y cuando dejó de sentir la calidez de la mano de Maverick en la suya, recordó que había alguien más con ella. Alguien que la miraba con el ceño fruncido y una mezcla de burla e incredulidad en sus ojos.

—¿Siempre estáis igual? —quiso saber Erin.

Shea removió su café con cierto rubor en las mejillas.

—No, qué dices... —respondió de primeras, pero eso era mentira. Una mentira horrible. Alzó la vista y miró a su hermana con los ojos chispeantes de ilusión—. Más o menos, sí.

Vio que su hermana exhalaba un suspiro contrariado y supo que los siguientes minutos no serían agradables.

—¿Te das cuenta de que no hace ni seis meses que te has divorciado? ¿Que apenas conoces a Maverick?

—¿Qué él tiene solo 23 años? —la interrumpió, igualmente contrariada—. Tranquila, puedes decirlo.

Las hermanas permanecieron mirándose unos instantes, el enfado patente en sus rostros.

—Pues sí, eso también —reconoció Erin—. Y lamento que no te guste oírlo, pero es la verdad. Maverick es muy joven y está en la edad de hacer locuras, pero tú no.

—Y yo lamento que pienses de ese modo, Erin. Esperaba que te alegraras por mí. Ya veo que me equivoqué esperando tanto.

—Déjate de memeces. Claro que me alegra que seas feliz...

—Pues no se nota —volvió a interrumpirla.

Erin miró a otro parte intentando que su cerebro dejara a un lado la preocupación para poder ver las cosas con perspectiva.

Pero por más que lo intentaba, le seguía pareciendo una locura. Al fin, volvió a mirarla.

—Las formalidades me traen bastante al paio, pero te conozco muy bien y a ti sí que te importan. Yo que tú reflexionarías con calma acerca de tus razones para permitir que las cosas hayan llegado tan lejos. El porqué te fijaste en alguien tan diferente a ti y sí, también tan joven. El porqué te dejaste arrastrar dentro de una nube rosa, sin oponer la menor resistencia. Y por resistencia me refiero a sentido común. El porqué alguien como tú, que cumple las normas a rajatabla, decide proponerle a Maverick compartir piso, en vez de matrimonio. Porque, ¿sabes?, todo esto no tiene ningún sentido viniendo de ti, Shea. ¿Acaso no será que, en el

fondo, tú tampoco te crees del todo esta nube rosa en la que vives desde hace tres meses? ¿Acaso no será que precisamente porque no te la crees, una parte de ti espera que se vuelva negra de un momento a otro?

“Qué decepción”, fue el primer pensamiento de Shea; el segundo, que si la nube rosa, como tan peyorativamente se permitía llamar a lo mejor que a ella le había pasado en la vida, empezaba a teñirse de negro, no sería por ella o por Maverick, sino por el escepticismo y la desconfianza de quienes les rodeaban.

De hecho, ya había empezado a hacerlo.

Shea tomó su abrigo y su bolso, y se puso de pie ante la sorpresa de Erin.

—Te agradezco la sinceridad. Ahora, vamos. Tienes una entrevista.

* * * * *

—¡Ya estoy aquí! —anunció Maverick al tiempo que pasaba al otro lado de la barra de un salto—. ¿Me habéis echado mucho de menos?

Dakota miró a su socio con ironía. Llevaba allí, aguantándole la vela, media mañana cuando se suponía que solo se ausentaría un par de horas, de modo que no estaba para bromas.

Cheryl, que seguía revuelta desde que se había enterado accidentalmente de la razón por la cual Maverick llevaba desaparecido desde primera hora de la mañana, se limitó a

continuar con su trabajo sin hacer comentarios.

Algunos clientes respondieron con la típica broma de turno y la única motera presente a esas horas exclamó un “¿y cómo no te íbamos a extrañar, tío bueno?!”, pero nada acorde a lo habitual. Entonces, notó que el motero que le había prestado su moto, no estaba.

—¿Y Ike?

—Estaría hasta los huevos de esperarte, chaval. Uy, mira, igual que yo, ahora que lo pienso. Me largo —anunció Dakota.

—Err... Tío, tengo que pedirte un favor...

Dakota se volvió a mirar a Maverick de mala uva.

—Querrás decir *otro* favor.

—Sí, lo siento. Mira, este lío de los transportistas ha traído complicaciones que no esperaba. He podido apañar el asunto haciendo que llevaran las cosas a la imprenta, pero mañana hay que trasladarlas. Es muy cerca de allí y creo que para las doce o así, estaría de vuelta en el bar. El nuevo estará de turno, pero sería bueno que hubiera alguien echando un ojo por si las moscas, ¿podrías ocuparte tú o quizás, Evel?

Evel no era una opción. Con la quedada motera de Barcelona a la vuelta de la esquina, vivía en el taller y su trabajo allí era irremplazable.

—¿Sabes por qué este bar tiene tres socios en vez de dos?

Maverick puso cara de dolor. Trabajaba mucho más de lo acordado (y generaba muchos más ingresos también), pero el trato había sido que Evel y Dakota se desentendían del bar, y la verdad era que desde que Shea había aparecido en su vida, recurría a ellos mucho más de lo que deseaba.

—Lo sé, Dakota, y lo siento, de verdad. Estoy intentando

molestaros lo menos posible, pero el problema es que cuando lo pactamos no había ninguna mujer en mi vida, y ahora sí. Tú sabes lo que es volverte loco por estar con alguien y que las horas sin ella se estiren como un chicle. Ahora imagínatelo con un trabajo intensivo de nueve a doce de la noche, siete días a la semana... Estoy desesperado, tío.

Sería que iba a ser padre, pensó Dakota, pero algo que apenas dos meses atrás le habría granjeado al barman yogurín una risotada (y ningún apoyo), ahora, de alguna manera, había calado.

De alguna manera estilo Dakota.

—Eres un coñazo, chaval.

—¡Gracias, gracias, gracias! —repuso él.

Dakota siguió camino de las escaleras que conducían hacia su buhardilla sin hacer ningún comentario.

Maverick regresó a sus tareas y al rato vio a Ike. Venía del área de lavabos, por lo que aún no se había marchado, como había sugerido su socio.

—Aquí tienes el casco y las llaves, Ike. Un millón de gracias, tío. Me has salvado.

El motero le indicó a Cheryl con una seña que le trajera la cuenta y empezó a ponerse la cazadora.

—De nada. ¿Todo bien?

—Genial, sí. Lo de hoy está resuelto, ahora queda lo de mañana, pero todo se andará.

—¿Qué es lo de mañana?

Maverick le explicó a grandes rasgos lo relativo al traslado de sus muebles.

—Ya he hablado con mis amigos. Uno se marcha de viaje esta noche, pero el otro puede venir. Harían falta un par más, como mínimo, y una furgoneta. Hay cosas que no caben en mi

coche.

—Gracias. Las vueltas para ti —le dijo Ike a Cheryl cuando le devolvió la bandeja con el ticket y un billete de cinco libras.

La camarera se las arregló para que una sonrisa desdibujada atravesara la nube de veneno que la invadía y se mostrara en su cara.

—Muchas gracias, Ike. Tú sí que eres un encanto. —“Y no como otros”, pensó para sus adentros.

Cuando la mujer se alejó, la atención de Ike regresó al barman quien miraba a Cheryl, dándose completamente por aludido de sus palabras.

Llevaba dos días insoportable, pensó Maverick. Más insoportable que de costumbre. ¿Tendría que volver a hablar con ella? Empezaba a estar hasta las narices de la camarera y de su corazón partido.

—¿Una furgoneta, dices? —El barman asintió—. Yo tengo una y va con chófer incluido, así que ya somos más. Esta tarde, hay reunión del club. Con esto de que el *presi* se nos ha casado y se larga a Suiza, andamos más perdidos que un pulpo en un garaje.... Lo comentaré, seguro que alguien se apunta.

—Ay, eso sería genial... Gracias, Ike.

—Vale. Nos vemos esta tarde, entonces.

Maverick siguió mirando al treintañero que se alejaba. Ike era un bicho raro allí, ya que no respondía al estándar de motero más que en las prendas de cuero que a veces lucía, en su caso, con cero tachuelas. Era la elegancia personificada. No conducía una Harley, sino una Kawasaki, a pesar de ser el tesorero y presidente en funciones de un club de moteros de Harley Davidson. Dos de los tres socios del MidWay no lo podían ver ni en pinturas y eso que el tío se dejaba allí un

buen dinero a diario. Y lo único que el tercer socio del bar, o sea él, tenía claro era que, a pesar de todos los pesares, siempre había podido contar con Ike cada vez que había necesitado algo.

Qué pena que no pudiera recurrir a él para resolver el asunto “señora Madeleine”, pensó. Con ese tendría que vérselas él solito.

“¿Qué tal sigue todo, preciosa?”, tecleó Mav y envió el mensaje. Era el tercero que le enviaba sin recibir respuesta, lo cual empezaba a ponerlo realmente nervioso. Después de que ella le comentara que las cosas no habían ido demasiado bien con Erin, habían intercambiado un par de mensajes. Lo último que sabía era que las cosas se habían complicado y que ella lo llamaría en cuanto pudiera. Pero desde entonces, habían transcurrido horas.

Maverick continuó atendiendo clientes ya que el bar empezaba a estar hasta los topes. Además, se había corrido la voz de que Conor estaba allí y muchos habían aprovechado la ocasión para pasar un rato con él antes de que se fuera a vivir a Ginebra, lo que estaba previsto para junio, cuando los modelos diseñados por Rowley Customs para la exposición de vehículos customizados de la Harley Days de Barcelona estuvieran listos.

El motero llevaba todo el mes apareciendo muy de tanto en tanto, debido a que de lunes a viernes trabajaba a destajo para poder pasar los fines de semana con su flamante esposa, en Ginebra. Eso no le había impedido estar al corriente de todo lo relacionado con “el romance más sonado del MidWay, después del suyo”, como se refería a la relación de Maverick con la hermana de Dylan. Ni, por supuesto, tomarle el pelo al barman todo lo que podía y más.

En eso estaba precisamente.

—¿Ves cuántas ventajas tiene ser insistente? Nos has

hecho caso y ahora tienes quien te caliente la cama todas las noches. Me alegro mucho por ti, tío.

Maverick esperó la broma al final de la frase y cuando no llegó, miró al motero de las rastas con suspicacia. Él se echó a reír.

—¿Qué? ¿No puedo alegrarme por ti?

—Oye, que nos conocemos, Conor...

—Lo digo en serio —repuso él, y se acomodó en la barra como si hubiera tiempo de sobra y aquel fuera el lugar idóneo para una conversación trascendental, cosa que sorprendió aún más si cabía al barman—. Todos estaremos en plan jiji jaja cada vez que sale el tema de ponernos las pilas sentimentalmente hablando, pero a la hora de la verdad, cuando nos toca, nos toca. Es ley de vida, tío. Dímelo a mí, que me paso la semana rogando que llegue el viernes para poder estar con mi chica.

Mav volvió a echar un vistazo a su móvil. Sin mensajes de Shea.

Mierda. ¿Qué era lo que había complicado las cosas? ¿Por qué no le decía nada?

Continuó atendiendo clientes y conversando con Conor entre pedido y pedido. Los músicos, un trío londinense que hacía rock duro, se estaban preparando en el mini escenario y todo apuntaba a que aquel día, él acabaría con dolor de cabeza, además de preocupado.

—¿Y qué dice tu familia de que te vayas a Suiza?

—preguntó el barman mientras agitaba la coctelera con energía.

—Qué *no* dice. Mi padre ya me está añorando, aunque según él se alegra por mí. Mi madre sigue hablándome en plan telegrama. —Al ver la expresión interrogante del

barman, aclaró—: Nikki nunca le ha gustado. Por lo visto, está convencida de que soy una especie de diamante en bruto o vete a saber. Según ella, nadie me merece, y mucho menos *alguien que ha antepuesto su carrera a su relación conmigo*. —El motero hizo un gesto de desdén con la mano—. Yo me voy a Ginebra y al que no le guste...

—Bueno, pero seguro que la familia de tu mujer estará encantada. Algo es algo.

Conor soltó una risotada.

—¿Encantada? Ay, Dios...

—¿No están encantados? —preguntó Maverick, dudoso. Conor lo estaba dejando todo atrás por apoyar la carrera de su mujer, ¿qué más esperaban de él?

—Mi suegro, sí. Y la abuela de Nikki, también. Pero mi suegra... No me soporta. Cree que soy demasiado poca cosa para su hija, ¿sabes? Como mi madre, pero al revés —admitió con una sonrisa resignada.

—Las familias, a veces... —Maverick exhaló un suspiro y se mordió la lengua. Pensaba en la familia de Shea y también, hasta cierto punto, en su propia madre.

Vertió el cóctel en una copa alta y con su mejor talante de barman rompedor, se lo llevó a la motera que lo había pedido, con quien intercambió cumplidos y sonrisas ante la atenta mirada de Conor.

—Las familias, *siempre* —dijo Conor cuando el barman volvió a acercarse—. Siempre tienen algo que decir, algo por lo que crucificarte de por vida. En mi caso fue que le diera largas a casarme. Que sí, que se las dí y hoy me parece increíble cuando lo pienso, pero mira, tenía mis motivos. Y, en cualquier caso, es un asunto de Nikki y mío, de nadie más. En tu caso será la diferencia de edad o que todo fue

demasiado rápido, en plan “un día la conoces y tres meses después te vas a vivir con ella, estás loco”. O que Shea es demasiado rubia... O tú y tu pasado de estriper. —Maverick sonrió al tiempo que asentía con la cabeza enfáticamente—. La gente siempre habla, tío. Y sí, serán tu familia, pero es tu vida, no la de ellos. Si quieres un consejo, pasa de todo y haz lo que te dice el corazón.

Maverick sonrió complacido. Era el primer comentario positivo que escuchaba sobre el tema y lo animó. Varias de las objeciones que el motero había enumerado, habían salido a lo largo de los días, y las que no, no tardarían en hacerlo porque, en efecto, la gente siempre hablaba. Fuera de la familia, o no.

—Que haga caso a mi corazón... Ahora entiendo por qué todo el mundo se mete tanto contigo, Conor. Eres un romántico —bromeó el barman.

—De toda la vida. ¿Y sabes qué? A Nikki le encanta —repuso él, alegremente—. Oye, por cierto, me ha dicho Ike que necesitas brazos para tu traslado, mañana. Mi mujer llega esta noche y como te imaginarás, preferiría usar los míos para otros menesteres, pero si es imprescindible, cuenta conmigo. ¿Tienes mi número?

—Muchas gracias, tío. Es todo un gesto de tu parte —repuso el barman tomando la tarjeta de visita de manos de Conor.

En aquel momento, un miembro del club se aproximó al motero y se puso a conversar con él. Maverick aprovechó una pausa en los pedidos para volver a intentar ponerse en contacto con Shea. Los músicos pronto empezaría a atronar el MidWay, así que ese era el momento idóneo. Nada de mensajes esta vez.

Después de acomodarse junto a la caja registradora, de

espaldas a la barra, tomó su móvil y seleccionó la memoria de Shea. Un ring, dos rings... Diez rings. Buzón de voz. Maverick exhaló el aliento en un bufido cargado de preocupación e impaciencia. Esperó a la indicación para grabar su mensaje:

“Preciosa, ¿estás bien? ¿Qué es lo que pasa? Por favor, dime algo. Estoy muy preocupado. Llevo horas sin noticias... Me estoy volviendo loco. Por favor, llámame”.

* * * * *

—Hola, Mav. Vaya ambientazo —dijo Ronnie en voz alta mientras se hacía lugar en la barra.

Maverick asintió con cara de dolor. Los solos de guitarra del larguirucho con pinta de zombi le estaban taladrando el cerebro. Por suerte, el nuevo empleado estaba a punto de llegar, y podría salir fuera un rato. No pudo evitar pensar qué nivel de insonorización debía tener la buhardilla de su socio, para que todavía no hubiera bajado a desconectar los cables de los instrumentos personalmente, con esos modos tan delicados de que solía hacer gala.

—¿Cerveza? —ofreció el barman a voz en grito.

Ronnie asintió con la cabeza y continuó mirando al grupo, cuyo vocalista se estaba desgañitando con el estribillo, logrando caldear al público que también cantaba y daba palmas.

—Primera vez que los oigo. No suenan nada mal —comentó cuando Maverick se acercó con su pinta de cerveza.

—Están bien. Animaron junto conmigo una fiesta gótica. A mí me contrataron para que me quitara mi disfraz de Drácula al ritmo del solo de batería, y a ellos para que metieran el mismo ruido que ahora. Fue una noche memorable —apuntó Maverick, divertido.

—¿Qué tiempos aquellos cuando eras joven e inmaduro...!

—¿Tu primo ya se ha marchado?

—Sí, acabo de dejarlo en la estación. ¿Qué es lo que tienes que trasladar mañana? ¿Tu madre ha estado de limpieza, o qué?

Antes o después, Ronnie lo sabría, de modo que no tenía sentido posponer lo inevitable.

—Son muebles. Shea y yo hemos alquilado un piso.

La expresión en la cara de su amigo hablaba de asombro.

—¿Os vais a vivir juntos? —logró decir, al cabo de un rato.

—Sip.

Ronnie alzó las manos.

—Oye, mejor ponme un *boilermaker*. Con una pinta a secas no va a funcionar.

—¿Lo dices en serio? Te lo pongo encantando, pero ya sabes que las bebidas fuertes no son lo tuyo. A ver si luego te tengo que meter en la cama.

—En serio —aseguró el hombre sin apartar los ojos de su amigo—. Te quiero, tío y lo sabes. Pero no me voy a cortar. Te voy a decir exactamente lo que pienso y después que cada palo aguante su vela.

Y así fue. El barman le sirvió un *boilermaker* y su amigo se despachó a gusto. Maverick soportó estoicamente el discurso de Ronnie, sosteniendo la cabeza con una mano.

Estaba reclinado sobre la barra porque la música seguía sonando y, de otra forma, no era capaz de entender lo que él decía. Y desde luego, quería oírlo con puntos y comas.

—¿Has acabado? —preguntó cuando su amigo dejó de hablar.

Ronnie dio un último lingotazo a su bebida y depositó el vaso con un golpe seco sobre la barra.

—De momento.

—Vale. Ahora me toca a mí. Primero. Esto va de amor, no de sexo. Como te imaginarás, si solamente estuviera caliente y quisiera follármela, cito textual, no necesitaría nada de todo este montaje; ni piso, ni muebles, ni amigos y/o familia dando por culo con sus opiniones. Segundo. Da igual cuándo nos hayamos visto las caras por primera vez. Sé cómo es, lo que piensa y lo que siente. Lo sé, sin más, Ronnie. Ha sido así desde el principio. Y a ella le sucede lo mismo conmigo. Conectamos de una forma que no te puedo explicar; o lo vives, o no lo entenderás jamás. Solo puedo desearte que la vida te haga el mismo regalo que me ha hecho a mí, porque esto, tío... Esto sí que es un regalo con mayúsculas. Y en cuanto a cómo se pondrá mi madre cuando se entere... Ahí va una pista: me va a dar igual cómo se ponga. Es mi vida y la decisión está tomada. En cualquier caso, estoy a punto de averiguarlo. Esperaba que vinieran los refuerzos para ir a verla, y ya han llegado, así que me largo... ¿Cuento contigo mañana o me busco a otro?

—Joder, Mav... Eso ni se pregunta. ¿Cuándo te he dejado colgado, eh?

—Dicen que siempre hay una primera vez para todo...

—repuso Maverick con acritud.

Y a continuación fue al encuentro del nuevo empleado

para darle unas indicaciones antes de marcharse a por el segundo disgusto del día.

* * * * *

Madeleine Curtis se lo tomó fatal. Primero, no dio crédito a lo que Maverick le dijo. Incluso pensó que su único hijo estaba de broma. Cuando comprendió que él hablaba en serio, su siguiente reacción fue montar en cólera. Al final, acabó rompiendo a llorar como una loca.

Al salir del MidWay, enfadado como estaba después del discurso de su amigo, Maverick había dudado entre seguir el programa previsto o intentar localizar a Shea, de quien seguía sin noticias. Se moría de ganas de verla y la ansiedad por saber qué estaba sucediendo empezaba a ser insoportable, pero era una locura meterse en el corazón de la ciudad a esas horas, más cuando disponía de tan poco tiempo. Además, cuando su familia estaba en Londres, Shea prefería que él no hiciera apariciones sorprendidas que pudieran acabar en un encuentro indeseado con Brennan Mitchell, de cuyo carácter no se fiaba. Por otra parte, tenía que hablar con su madre. Ahora casi lamentaba no haberlo postergado hasta que la realidad hubiera hecho innecesario toda clase de explicaciones, y por ende, no tener que tolerar a palo seco el segundo discurso en menos de dos horas.

Maverick se armó de valor. Tomó el vaso de agua y lo acercó hasta su madre que apoyada contra la piletta de la cocina, amenazaba con inundar el piso con su desconsuelo.

—Por favor, mamá, deja de llorar... Que no es la muerte, no me voy a la guerra. Estoy viviendo un gran momento. ¿De verdad, no te vas a alegrar por mí?

Ella alzó la vista hasta su hijo en una mezcla de desesperación e incredulidad.

—¿Gran momento, dices? ¡Me la presentaste hace dos días! —se quejó, con la voz entrecortada, peleando con sus propias lágrimas que le nublaban la vista y ella se limpiaba una y otra vez con un pañuelo de papel hecho un ovillo—. ¿Te han bastado tres meses para saber que es la mujer de tu vida? ¡¿Te has vuelto loco o qué?!

En realidad, le habían bastado tres minutos, pero decirlo en voz alta solo añadiría leña al fuego.

—¿Qué tiene de imperdonable o de delito querer estar juntos? Estamos enamorados, mamá.

La expresión de la mujer cambió de preocupación a ironía en un instante.

—¿Qué estáis qué...? ¡Estáis en la fase de hacerlo hasta por teléfono, Maverick! ¿Qué va a ser lo siguiente, dejarla embarazada y convertirte en padre a los veinticuatro años? ¡Por amor de Dios, hombre, espera a que al menos se te pase el calentón para tomar una decisión tan importante!

Maverick sintió que estaba ardiendo de pura vergüenza ajena. No podía creer lo que oía. Mucho menos que esas palabras salieran de la boca de su madre.

—Oye, no sigas por ahí. No, mamá, *no sigas por ahí* —insistió al ver el gesto airado de su progenitora—. Estamos enamorados y hemos decidido dar un paso más. Está hecho. Y lo que espero que suceda es que te alegres por mí y nos apoyes. Y si no va a ser así, si necesitas tiempo para acostumbrarte a la idea, muy bien; lo acepto. Pero no te voy a

permitir que intentes rebajar lo más grande que me ha pasado en la vida a un jodido capricho. —Su indignación crecía con cada palabra que decía y como continuara así, empeoraría las cosas en vez de arreglarlas. Tenía que parar ya—. Bébete el vaso de agua, deja de llorar y cálmate, por favor. Yo tengo que volver al bar. Luego, hablamos.

Maverick abandonó la cocina-comedor sin añadir nada más. Tenía un nudo en el estómago. Su madre se lo había hecho pasar francamente mal, pero le quedaba la esperanza de que tras lo dicho por él, reflexionara y recobrará el sentido común... Hasta que oyó que ella le gritaba desde la cocina:

“¡¿Qué, acaso esperas que crea que hoy vas a dormir en tu cama por una vez? No soy tan ilusa, Maverick!”.

Dios, pensó, no podía creer que entre todos se las estuvieran arreglando para convertir aquel día en un jodido infierno.

* * * * *

Cuando Maverick regresó al bar, los músicos hacían su segunda pausa. En consecuencia, la barra estaba hasta los topes, lo cual presagiaba una hora de trabajo a destajo.

Y él seguía sin noticias de Shea.

¿Cómo era que un día que había comenzado con él mirando el mundo desde el séptimo cielo se había transformado en semejante desastre? ¿Por qué las personas que se suponía que lo conocían mejor que nadie y lo querían más que nadie se comportaban como extraños? No lograba

entenderlo. Puede que fuera joven según su certificado de nacimiento, y que su talante juerguista a veces se prestara a confusión, pero desde que era un adolescente, había tenido muy claro lo que quería para su vida, y había ido a por ello. ¿Pensaban que no era capaz de distinguir entre un capricho y el amor? Eso, suponiendo que fuera de la clase de tíos proclives al capricho, que no era el caso. Le cabreaba sobremanera darse cuenta de que con su recelo, entre todos estaban convirtiendo un día mágico en una mierda. Le indignaba pensar que las dos personas más importantes de su vida tuvieran el cinismo de sugerir que estaba bien implicarse sexualmente con Shea si tanto le gustaba, sacarse las ganas, pero se escandalizaran de que él tomara una decisión tan seria como irse a vivir con ella. Esa doble moral, que ignoraba que ellos tuvieran, lo ponía enfermo.

Atravesó la nube de gente con su sonrisa profesional en ristre, saludando y apretando manos camino de la barra. Después de quitarse la chaqueta, se puso a atender pedidos. Notó que su amigo continuaba allí, pero no hizo el menor ademán de acercarse. Le costaba admitirlo, porque llevaban juntos desde que eran niños, pero había tenido suficiente de Ronnie por el día. Él, que había estado coqueteando con una motera, buscó recuperar la atención de Maverick en cuanto lo vio. Seguía pensando cada palabra que le había dicho y si el tiempo demostraba que se había equivocado, se disculparía por ello, pero era consciente de que se había dejado llevar por la preocupación, y que se había pasado de sincero.

Tuvo que esperar cerca de media hora para tener la ocasión de disculparse con Maverick, ya que él estaba muy atareado y apenas le miraba, pero cuando el motero que estaba a su lado elevó un brazo llamando al camarero, Ronnie

se preparó para aprovechar la ocasión.

—¿Una pinta, Rick? —preguntó Maverick desde el grifo de cerveza. El motero le mostró dos dedos y el barman asintió—. Vale, ya mismo.

El siguiente en hablar fue Ronnie.

—¿Puedo yo pedir otra, o después de lo que te dije te reservas el derecho de admisión?

Maverick le echó una mirada con mensaje a su viejo amigo. Volvió la vista a la pinta que servía mientras pensaba que lo que se estaba reservando no era el derecho de admisión, sino el derecho a partirle la boca para que dejara de hablar de una puta vez.

Sirvió tres cervezas en vez de dos y dio a cada cliente lo que habían pedido sin mediar palabra.

—Oye, Mav... Lo siento, tío. No siento lo que dije, que quede claro, pero sí cómo lo dije...

—Pues yo te diré que eso no arregla mucho las cosas —repuso el barman—. Porque la has cagado, pero bien. Tanto en el fondo como en la forma. Inténtalo de nuevo, igual tienes suerte.

Maverick continuó atendiendo clientes sin prestarle la menor atención a Ronnie. Al cruzarse con Cheryl (y con su airada mirada), volvió a hablar:

—Tú y yo tenemos que hablar. Y te recomiendo que espables, y dejes de tocarme las narices, porque hoy es uno de esos días en los que podría mandarte a engrosar la lista de desempleados sin el menor remordimiento.

Cheryl se limitó a asentir y continuó trabajando sin decir ni mu. Sin embargo, fue Maverick quien frenó en seco al cambiar de idea. Regresó sobre sus pasos.

—¿Sabes qué? Vamos a hablar ahora mismo —sentenció

al tiempo que señalaba la puerta de la oficina con un dedo.

—Pero, el bar está hasta arriba... —repuso una pálida Cheryl.

Maverick palmeó el hombro del nuevo empleado al pasar a su lado.

—La barra es toda tuya, tío. En un rato, volvemos.

Ronnie vio con asombro cómo su amigo, a quien seguía teniendo por un fiestero, pasaba frente a él con paso marcial dispuesto a ponerle los puntos sobre las íes a su empleada.

Maverick esperó con la puerta abierta a que Cheryl entrara en el despacho, tras lo cual la cerró de un golpe. Se apoyó contra ella y se cruzó de brazos.

—Estoy harto de tus memeces. —Una frase de apertura muy acorde a lo que vendría después—. Aburrido de que, basada en unas expectativas de las que no soy responsable, te tomes atribuciones que nunca te he dado. No me creo tus sentimientos, Cheryl. No creo que sean reales, porque yo sí que estoy enamorado, y te puedo asegurar que cuando de verdad lo estás, lo único que deseas para la otra persona es que sea feliz, contigo o sin ti. Y a ti eso te da exactamente igual. No has hecho otra cosa que meter cizaña desde que supiste que Shea y yo estábamos juntos. Te he dado suficientes ocasiones de reflexionar y de cambiar. Y has ido a peor. Así que ya no te quiero aquí. Búscate otro trabajo, porque dentro de treinta días doy por terminado tu contrato con nosotros.

Sin darle siquiera el derecho de réplica, el barman abandonó el despacho y regresó a la barra. El corazón le daba martillazos en el pecho. Era la primera vez que se enfrentaba a una situación semejante, pero nunca había sido especialmente paciente con la gente retorcida, y la

treintañera le había colmado el vaso.

—¿No sería mejor una tila? —comentó Ronnie al ver que Maverick se servía media pinta y la bebía de una vez sin respirar.

—Oye, no me toques las narices. Hoy el horno no está para bollos.

Ronnie asintió con la cabeza. No hacía falta que lo dijera.

—Tu madre no lo ha tomado bien, ¿verdad?

Maverick fulminó a su amigo con la mirada y pasó de responder a su pregunta. Ahora, lo único que de verdad le importaba era saber qué estaba sucediendo en casa de Shea o dondequiera que ella estuviera. Llevaba tantas horas sin noticias suyas, que ya no sabía qué pensar. O mejor dicho, sí que lo sabía, de ahí su preocupación. Porque si la señora Madeleine, que era joven y moderna, había montado semejante numerito al enterarse de la gran noticia de la pareja, ¿qué podía esperarse de Brennan Mitchell, que había estado tres años sin dirigirle la palabra a su único hijo varón? Se temía lo peor. Y se debatía entre hacer lo que le pedía el cuerpo o seguir donde estaba, aunque la preocupación lo estuviera matando, para no empeorar las cosas. Ya había cometido un gran error por la mañana, con el imbécil de su ex. No podía arriesgarse a cometer un segundo en un día tan infernal como aquel. Pero, joder, qué desesperación...

—Se le pasará, Maverick. Sé que no lo esperas, que ahora probablemente no lo entiendas, pero la locura materna es un derecho universal. Está en sus genes. Si sienten que su cachorro está en peligro, sacan la leona que llevan dentro. Y sí, a veces, la cagan mucho. Pero es lo que hay. Y tu chica no va ser la excepción, así que vete acostumbrando...

La mirada de Maverick se trasladó del grifo de cerveza al rostro de su amigo.

—¿Estás sugiriendo que hago esto porque está embarazada? Porque si es eso lo que estás diciendo, te voy a partir la boca aquí mismo —y un instante después, estaba frente en Ronnie, plantándole cara.

—¿De qué hablas? —repuso él, sorprendido—. Que no, hombre. Sólo decía...

El móvil de Maverick empezó a sonar y la atención del barman abandonó a Ronnie.

—¿*Maverick? Soy Esther* —oyó que su vecina de arriba le decía. Su corazón, como si hubiera adivinado lo que estaba sucediendo, empezó a latir aceleradamente.

—Sí, soy yo, ¿qué pasa, Esther?

Ronnie se puso de pie, alarmado. Permaneció expectante mientras Maverick palidecía.

—Muchas gracias. Ahora mismo voy para allí —se despidió el barman.

—¿Qué ha pasado, tío?

Maverick respondió cuando ya se estaba poniendo la cazadora.

—Han tenido que llamar al médico. Por lo visto, tuvo un ataque de ansiedad...

—Venga, que te acompaño —dijo Ronnie.

Después de darle unas indicaciones al nuevo empleado, Maverick volvió a recurrir a Dakota por segunda vez en un mismo día.

Cuando llegó a casa acompañado de Ronnie, su madre se estaba quedando dormida, pero al oír su voz había intentado tranquilizarlo, restando importancia a lo sucedido.

La vecina explicó que Madeleine había ido a tocarle el

timbre porque no se encontraba bien. Se quejaba de que le dolía el pecho y tenía dificultades para respirar. Había llamado a una ambulancia para llevarla al hospital, pero después de auscultarla y de que ella misma le contara al personal de la ambulancia que había tenido una discusión, estos confirmaron que se trataba de ansiedad. Después de recetarle algo para ayudarla a dormir, le indicaron que si por la mañana continuaba sintiéndose mal, fuera a ver a su médico.

Veinte minutos más tarde, Esther se había marchado, la dueña de casa dormía profundamente, y los amigos estaban en la cocina donde Maverick bebía un café, intentando recuperarse del susto.

—No es tu culpa, tío. Sé que lo estás pensando y te digo desde ya que lo olvides.

—Es fácil decirlo —apuntó Maverick—. Ahora mismo me siento el peor hijo del mundo.

—Gilipollices. Tu madre es una mujer genial y sabes que la adoro, pero en los últimos años sus emociones se han salido de punto y en según qué asuntos, reacciona fatal. Esa es la verdad, tú lo sabes y ella también. Seguramente habrá empezado a comerse la cabeza con que su pequeñín es demasiado joven para abandonar el nido y habrá caído en la cuenta de lo que eso supone. O sea, quedarse sola, y se le habrá venido el mundo encima. También va con los genes de ser madre. La última vez que le hablé a la mía de independizarme, por poco hay una guerra. Con mi padre, más de lo mismo... No lo sé, tío... Deberían alegrarse de volver a ser dueños de su vida, pero no; para ellos es el fin del mundo. ¡Yo daría una fiesta por todo lo alto! ¿Será que mi gen de padre no está muy desarrollado todavía?

No podía imaginarse a Ronnie como padre. Era un friqui y un inconformista, demasiado ocupado en sus propias locuras como para hacer espacio a algo más en su vida. Cambiaría, tal como había dicho Conor, era ley de vida, pero no tenía claro que en el caso de su amigo el cambio fuera a ser tan radical.

Maverick exhaló un suspiro y volvió a mirar su móvil por enésima vez. No necesitó decirlo.

—Ve a verla —ofreció Ronnie—. Por lo visto, ella es la única capaz de traer de vuelta al tipo divertido. Tranquilo, tu madre seguirá durmiendo y yo me quedaré aquí hasta que vuelvas.

Al barman se le iluminaron los ojos, como si la sola idea de volver a ver a Shea le hubiera insuflado vida.

—¿No te importa, en serio?

—Venga, lárgate, tío.

Maverick no se lo hizo repetir. Tomó la cazadora del respaldo de la silla donde la había dejado y salió disparado de la casa.

* * * * *

Maverick puso en marcha el coche y titubeó un momento. Decidió que aunque era un poco tarde, primero lo intentaría en la nave. Quizás tuviera suerte y las hermanas estuvieran allí, en cuyo caso ahorraría tiempo de viaje que podría utilizar para pasar más rato con Shea. Después de todo el día sin verla, cualquier minuto extra le parecería un regalo.

Sin embargo, cuando llegó a la nave industrial, todo estaba oscuro excepto las luces de emergencia y el guardia de seguridad le informó que, en efecto, allí no había nadie y que creía, por lo que le había comentado su compañero del turno anterior, que sólo habían estado los obreros hasta las seis de la tarde, cuando se habían marchado todos.

El servicial joven no podía imaginar el efecto devastador que había tenido esa información sobre Maverick. Si Shea y su hermana no habían pasado por allí en todo el día, ¿dónde estaban? Un nuevo intento de llamarla le permitió saber que tenía el móvil apagado o fuera de cobertura, incrementando su preocupación, que ahora alcanzaba niveles estratosféricos.

Llegó al centro de la ciudad en la mitad de tiempo. Dejó su coche en un aparcamiento y puso rumbo a la casa de Shea. Iba corriendo por la calle y ni siquiera era consciente de que lo hacía, tal era la desesperación que empezaba a adueñarse de él. Tocó el portero una vez. Dos veces. No obtuvo respuesta. Cruzó a la acera de enfrente y pudo comprobar que no se veían luces encendidas en la casa. Con el corazón latiendo en la garganta recorrió los sitios habituales de Shea, sin encontrarla, ni a ella ni a su hermana. Regresó al edificio y se apoyó en la puerta, intentando decidir su siguiente paso.

Estaba en blanco. A esas alturas del día, la preocupación se había convertido en miedo. No sabía a qué, en realidad. Algo en su interior empezaba a removerse con una inquietud rayana en la locura.

Y de pronto, se le ocurrió una idea que ni siquiera se detuvo a considerar.

Dylan miró de reojo a Luz. Estaba en la cocina, sentado a la mesa, controlando desde la distancia que la cena no se le quemara mientras intentaba acabar un presupuesto que le habían pedido. La pequeña al fin se había quedado dormida en sus brazos, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Se estaba recuperando de un catarro fuerte y al encontrarse más animada no había parado de jugar en toda la tarde. Conclusión; había sido acabar de comer y quedarse dormida como un tronco.

El irlandés continuaba trabajando en su portátil, sin hacer movimientos bruscos para no molestar el sueño de la pequeña, cuando su móvil empezó a sonar.

—Mierda... —masculló. Silenció el dispositivo, se incorporó con cuidado, y tras depositar suavemente a la pequeña dentro de su parque de juego, salió de la cocina para atender la llamada.

—Hombre, ¿qué te cuentas, habéis vuelto a Menorca? —se anticipó al ver el nombre que parpadeaba en su pantalla.

—No, qué va... Oye, Dylan, llevo horas intentando hablar con tu hermana y no doy con ella. Estoy en su casa y tampoco contesta al timbre, todo está a oscuras. Hoy le contábamos nuestra gran noticia a la familia y empiezo a estar un poco preocupado... No tengo el teléfono de Erin, ¿podrías hablar con ella y decirle que por favor me llame y me diga algo?

La voz era la de alguien nervioso y preocupado, y hasta el propio Dylan empezó a inquietarse.

—¿Mi padre y mi hermana están en Londres hoy?

—*Erin, sí. Estuve con ella y con Shea esta mañana. A tu padre no le he visto, pero, no sé, tanto silencio durante tantas horas, empieza a darme qué pensar...*

Y a Dylan. Aquello sonaba a las típicas situaciones tormentosas creadas por Brennan Mitchell que, de pronto, ponían el mundo del revés. Dado que Maverick ya sonaba bastante preocupado, decidió no arrimar más leña al fuego hablándole de sus sospechas.

—No te preocupes que ahora mismo hablo con ella y te llamo —se despidió.

Acto seguido, seleccionó la memoria que guardaba el número de Erin. Ella atendió enseguida. Su voz tampoco sonaba bien cuando le dijo:

—*Ahora no es buen momento. ¿Te puedo llamar después?*

Dylan frunció el ceño.

—¿Está todo bien?

—*Sí, sí... Pero no puedo hablar ahora.*

—Oye, no cortes. Acaba de llamarme Maverick. El tipo está desesperado, está en Piccadilly, en la puerta del edificio, y según él lleva todo el día sin poder dar con Shea. ¿Qué coño está pasando? —Al oír el suspiro impaciente de su hermana, continuó—: Vale, ya sé que no puedes ahora. Pero llámalo y dile algo, que está de los nervios. Y luego me llamas y me cuentas de qué va toda esta movida.

—*Sí, descuida. Luego, te llamo.*

La última frase había quedado en el aire cuando el irlandés oyó el sonido de llamada cortada, aumentando su preocupación. No tenía la menor idea de lo que sucedía, pero de algo empezaba a estar seguro; aquello olía al cabrón de su padre.

* * * * *

Una hora más tarde...

Maverick soltó un suspiro de alivio al ver a Erin entrando en la cafetería donde habían quedado. Ella se acercó con paso nervioso y él, que ya se había puesto de pie, le dio la bienvenida propia de un hombre que ya no soportaba tanta ansiedad.

—Creo que si hubieras tardado cinco minutos más, me encontrabas sobre la mesa, frito de un infarto... —se adelantó, y esforzándose por ofrecerle una sonrisa, aunque desdibujada, añadió—: Me alegro de verte, Erin. Aunque no lo parezca...

—No te preocupes, lo entiendo.

Los dos tomaron asiento en torno a la mesa que estaba junto a la ventana y Maverick le hizo señas a la camarera para que se acercara.

—¿Qué vas a tomar? Yo me estoy metiendo un *whisky* entre pecho y espalda. No veo que me haya ayudado mucho con la ansiedad, pero tenía que intentarlo... —dijo, ensayando una broma que tan sólo recibió una tímida sonrisa por parte de Erin.

—Yo creo que me tomaré un batido de chocolate. Necesito muchas endorfinas para acabar el día de hoy.

La camarera tomó nota y cuando volvieron a quedar a solas, Erin se dedicó a ponerlo al día de la situación, de una

forma resumida y carente de detalles. Especialmente de los más escabrosos.

Maverick no apartó en ningún momento sus ojos de ella. Erin habló sin interrupciones por su parte.

—Cuando te dejamos, nos fuimos a desayunar mientras esperábamos que se hiciera la hora para mi primera entrevista. Me contó vuestros planes, y no voy a engañarte, creo que os estáis precipitando y eso es lo que le dije. Pero Shea y yo siempre nos hemos dicho las cosas con sinceridad, así que a pesar de saber que no es lo que esperaba oír, seguimos con nuestra jornada de trabajo normalmente. Cuando llegó la hora, nos fuimos a la oficina y el candidato ya me estaba esperando. Lo que viene a continuación lo sé por ella, ya que sucedió cuando yo estaba en la entrevista.

Notó que Maverick se ponía tenso, sus ojos adquirieron un brillo fiero, pero hizo caso omiso de ello y continuó.

—Por lo visto, su ex marido volvió a presentarse. Discutieron. Te imaginarás cómo se puso al enterarse de que Ian empieza a trabajar en Londres el lunes. Se ha instalado aquí, según él, lo hace por ella. En fin, me ahorro los comentarios... Decidida a cortar de cuajo el tema, le anunció que iba a pedir una orden de alejamiento. Así que se pasó el resto de la mañana haciendo llamadas hasta que finalmente consiguió una cita con un abogado que le recomendó el equipo de consultores que ha llevado todo el tema de la empresa. Cuando yo me enteré, ya estaba todo hecho. Te diré que no me parece una mala idea. Quizás no es el momento más idóneo, pero de alguna manera hay que ponerle coto a este individuo, que parece que después de quince años pegándose a ella con otras cuando al fin tiene la libertad de hacerlo sin que nadie pueda reclamarle nada, se le ocurre que

sigue enamorado de ella y que la quiera recuperar.

—¿Dices que ha pedido una orden de alejamiento contra él? —preguntó Maverick.

—Bueno, ha puesto el tema en manos de un abogado. En Dublín, ya estaría hecho, pero aquí ella es una empresaria irlandesa abriendo un nuevo negocio y él ni siquiera tiene un domicilio definitivo en Londres aún, con lo cual las cosas quizás no resulten tan sencillas.

Maverick asintió con la cabeza. Le dio otro lingotazo a su vaso de *whisky* consciente de que las ganas de ir a buscar a aquel cabrón y darle una paliza, crecían con cada palabra que oía. Le parecía alucinante que alguien que había tenido el privilegio de estar junto a Shea durante tantos años, pudiera tratarla de esa forma.

Erin podía imaginarse la clase de pensamientos que pasaban por la cabeza del barman, sin embargo, no era nada comparado con lo que le quedaba por oír.

—Cuando vino a verme después de estar con el abogado, noté que no se sentía bien... Ya sabes... Bueno, y si no lo sabes, ahora sí —se corrigió—, sus menstruaciones la traen de cabeza desde la adolescencia y los disgustos no ayudan. Cuando acabé con todas las entrevistas, nos fuimos a casa. La idea era que ella se diera un baño, se relajara un poco, se tomara sus medicinas y, después de pasar por la nave a comprobar el progreso de las obras, ir al bar, a verte.

Maverick se sintió aliviado interiormente, ya que si después de todo lo sucedido, ella aún seguía pensando en ir a verlo, quería decir que los disgustos sólo habían sido eso, disgustos; ni habían mellado su confianza, ni la habían hecho pensar en cambiar de planes.

—Pero entonces, apareció mi padre. Se suponía que

estaba en Dublín, en la cama, con una gripe de campeonato, y de pronto, estaba al otro lado de la puerta, al tanto de vuestras novedades y, obviamente, enfadado.

—¿Y cómo se enteró, si estaba en Dublín?

—Por Ian, que le llamó. Como te imaginarás, mi padre se tomó el primer avión con destino a Londres.

Maverick se sujetó la cabeza con las dos manos. Podía imaginarse la situación como si la estuviera viendo.

Erin respiró hondo e hizo una pausa cuando la camarera se acercó a traerle su batido. Le dio un buen sorbo, tomándose el tiempo de saborearlo bien, pensando que iba a necesitar muchos de esos como a su padre se le ocurriera cumplir su amenaza.

—No voy a entrar en detalles, ya te los contará mi hermana si quiere, pero la conclusión es que mi padre ha dicho que no volverá a Dublín. Que se quedará aquí, pegado a vuestra sombra, especialmente a la de Shea, hasta que vuelva a ser la hija responsable y madura que él educó. —No le extrañó ver la expresión de total alucine que había en el rostro del barman. Ella lo había vivido en primera persona y seguía sin acabar de creérselo del todo—. Las cosas se pusieron muy serias. La tensión alcanzó un nivel en el que tuve que intervenir. Conseguí que mi padre me dejara llevarlo al hotel para meterse en la cama porque se estaba poniendo realmente mal de la gripe, pero eso no iba a ser posible mientras Shea siguiera caminando por las paredes, así que en la infusión que le preparé, le puse unas gotas del tranquilizante que suele usar cuando los dolores de la regla son muy fuertes. Cuando nos fuimos, dormía profundamente.

A pesar de lo desastroso, a Maverick se le iluminaron los ojos.

—¿Quieres decir que está en casa, pero que está tan dormida que no oye ni el teléfono ni el timbre?

Erin asintió con la cabeza.

—Bajé el volumen de todo, ya sabes que mi hermano es un loco de la automatización. Desde el mando que ha dejado, lo controlas todo. No quería que Shea se despertara sin que yo estuviera en casa para evitar que hiciera locuras. Así que sí, tu princesa duerme plácidamente...

Maverick se dejó caer contra el respaldo, aliviado. La tensión que llevaba soportando desde hacía horas le daba un respiro, y aunque la tormenta continuaba, de pronto, todo le parecía menos oscuro, menos tremendo.

—Dios... No sabes qué día he pasado, sin poder hablar con Shea, sin saber nada de vosotras... Dylan habrá pensado que me había vuelto loco...

—No, lo que Dylan pensó fue que ya estaba otra vez nuestro querido padre haciendo de las suyas. Y tiene razón. —*Y ahora que sabe lo que sucedió, quiere venir personalmente a procurarle una muerte lenta y dolorosa*, pensó Erin. Dylan estaba furioso. Con lo cual, los esfuerzos de Shea y de Andy por acercar a padre e hijo, también habían sufrido un serio varapalo.

Los dos permanecieron en silencio. Ambos sabían lo que vendría a continuación.

—Mira, Maverick —empezó a decir Erin—, me pareces un buen chico y sé que adoras a mi hermana. Pero, independientemente de cuál sea mi opinión sobre lo rápido que vais, la situación está demasiado tensa. Que mi padre considere siquiera la idea de establecerse en Londres, aunque sea temporalmente, es muestra evidente del mal estado de las cosas. Créeme, no queréis a mi padre aquí, mirando con lupa

cada cosa que hagáis. Por no mencionar que si se queda, estará en la empresa metiendo sus narices, examinando cada decisión y cuestionando cada detalle que no le cuadre. Conociendo a Shea, habrá una guerra y será muy sangrienta. Así que te digo lo mismo que le he dicho a ella: dejadlo estar un tiempo. Dejad que las cosas se calmen. Está muy bien que queráis ser felices y que tengáis grandes planes juntos, pero no podéis alterar la vida de tantas personas, y esperar que no os pase factura. Os queréis, muy bien; seguro que dentro de seis meses os seguiréis queriendo, y todos —y me incluyo— habremos tenido tiempo para acostumbrarnos a esto, y ya no nos dará tanto miedo, tanta preocupación, como nos provoca ahora. Es puro sentido común.

Maverick no tenía pensado hablar sobre una decisión que sólo le competía a Shea y a él. Con nadie, ni siquiera con su hermana. En aquel momento, lo único que necesitaba era poder ver a su chica, aunque fuera durmiendo. Necesitaba saber que estaba bien. Luego, esperaría a que llegara la mañana y con ella, lo que tuviera que suceder.

—Tengo que irme... —Tampoco pensaba hablar de lo tensas que estaban las cosas en su casa—. Es viernes y el bar se llena, pero necesito verla.

—Está durmiendo, Maverick. ¿Para qué quieres verla?

—Por dos razones, primero porque para mí es imposible acabar el día sin verla; no podría dormir. Y segundo porque necesito saber que está bien, verlo con mis propios ojos.

Erin sacudió la cabeza. Apreciaba a Maverick, le caía muy bien, pero él y su hermana hablaban de lo que les unía en un lenguaje que le costaba mucho digerir.

O quizás era que, por momentos, se sentía demasiado mayor.

—Vale, pero sólo verla. Entrás en la habitación, la miras, y te vas. Necesita descansar. Mañana será otro día.

Un Maverick superilusionado ya estaba pagando la cuenta.

—Solo verla, te lo prometo. No te preocupes.

* * * * *

A Maverick siempre le había parecido el rostro más hermoso que había visto jamás. Sin embargo, incluso dormida, se le notaban las señales del duro día que había tenido. Estaba hecha un ovillo en la cama aún sin deshacer, sobre el edredón, cubierta hasta el cuello con la gruesa manta de lana negra tejida a mano que tanto le gustaba, y su palidez era superlativa. No se había quitado el maquillaje y este lucía emborronado alrededor de sus párpados, haciendo que sus ojeras parecieran aún más oscuras. Dormía, pero no era un sueño relajado. De alguna manera, había tensión. Probablemente, también dolor, aunque no fuera lo bastante intenso para despertarla.

Extender la mano para acariciarla fue un impulso. Como lo fue la advertencia de Erin:

—No la despiertes.

Pero a él le dio igual la advertencia; dejó que sus dedos acariciaran el cabello de Shea de forma casi imperceptible, y como nunca tenía suficiente, se inclinó y la besó en la frente. Se tomó unos instantes para sentir la tersura de su piel sobre los labios, su calor, su delicado aroma, una mezcla hipnótica

de su perfume favorito y el olor de su propia piel. Y deseó intensamente poder quedarse allí un rato más, junto a ella. Consolarla. Protegerla. Rodearla con sus brazos, y hacerle sentir que todo saldría bien. No sólo era lo que él necesitaba; estaba seguro de que ella también. Deslizó sus labios suavemente hasta el oído.

—Descansa, preciosa. Te quiero y todo irá bien —le dijo en un susurro que coronó con un beso.

La mano que Erin puso sobre el hombro de Maverick le indicó, sin necesidad de palabras, que era hora de que se marchara. Él se incorporó a regañadientes y tan pronto se alejó de Shea, sintió que todo volvía a ser como antes; incierto y gris. Se obligó a sobreponerse a esa intensa sensación de vacío, y miró a Erin.

—¿Le dirás que he venido cuando se despierte?

—Casi has estado a punto de hacerlo tú mismo... —se quejó ella en voz baja mientras lo acompañaba a la salida.

Entonces, él se detuvo al recordar algo.

—Necesito las llaves del piso, ¿podrías traer su bolso a ver si las tiene allí?

—¿Eso no puede esperar a mañana? —repuso Erin más que seria—. Lo que te dije, lo dije muy en serio. Deberíais dejar estar ese tema hasta que las cosas se calmen.

Maverick no tardó en responder. Aquel no era ni el momento ni el lugar de explicarle las mil razones que tenía para *no* dejarlo estar. Había sido un día durísimo y necesitaba que acabara de una vez.

—Es un piso vacío, Erin. Necesitará los muebles.

—Puede quedarse aquí un tiempo más. Dudo que a mi hermano le suponga algún problema.

—Eso es cosa de tu hermano. Trasladar los muebles es

cosa mía. Le dije a Shea que me ocuparía.

Erin respiró hondo y echó un vistazo alrededor. No tenía la menor idea de dónde podían estar las benditas llaves. Fue a por el bolso de su hermana y lo vació íntegro sobre la mesa. Las únicas llaves a la vista eran las de la nave. Alzó la vista hasta Maverick.

—Aquí no están y no voy a despertarla. ¿Por qué no lo habláis mañana?

Maverick asintió con la cabeza y después de despedirse, abandonó el piso.

Al llegar a casa, encontró a su amigo mirando la televisión sin sonido en el salón, y a su madre profundamente dormida.

—Gracias, Ronnie. Siento haber tardado tanto. Vete si quieres... Yo ya le he avisado a mi socio de que se encargue de cerrar y lo siguiente que haré es acostarme. Estoy reventado.

Ronnie lo corroboró asintiendo con la cabeza varias veces. Su amigo estaba hecho polvo.

—¿Qué tal han ido las cosas?

Maverick se dejó caer en el sofá junto a él. Recostó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

—Nunca entenderé cómo es posible que la gente que más dice quererte, tenga tanto arte para joderte los mejores momentos de tu vida. Es algo que me supera totalmente.

Ronnie permaneció mirando a su amigo. Estaba tenso, le pareció que, incluso, desanimado. El hombre que estaba sentado junto a él era una sombra del tipo jovial que conocía.

—Ya veo que por su lado las cosas tampoco fueron bien.

—Un desastre, tío. Un auténtico desastre. Cómo sería para que su hermana le metiera un sedante en la infusión...

—Una risa amarga escapó de la boca del barman, que

enseguida añadió—: Ni siquiera pude verla despierta... No sé cómo está, ni lo que piensa... Y de lo que pasó, sólo sé las cuatro cosas que me ha dicho Erin. Es de locos...

Ronnie permaneció en silencio un momento. Estaba claro que las cosas habían ido mucho peor de lo que Maverick se había imaginado. Por otra parte, su sentido de la realidad estaba claramente influido por lo que sentía. En su séptimo cielo todo era perfecto, ideal. A ras de tierra, sin embargo, donde vivían el resto de los mortales a quienes el amor no había deslumbrado, las cosas se veían muy diferentes.

—Sé que quizás no sea esto lo que quieres oír...
—empezó a decir.

Maverick abrió los ojos de repente y fulminó a su amigo con la mirada.

—Entonces, no lo digas. He cubierto mi cupo por hoy, Ronnie. Te lo digo de verdad.

Su amigo le frotó la rodilla afectuosamente.

—Me refería a que esto que tenéis con Shea y que a ti te hace tan feliz, da miedo. Vais demasiado rápido, colega, y los que miramos desde la tribuna estamos acojonados. A mí me da miedo que te estrelles. A tu madre, además, le dará miedo quedarse sola. Si no te lo ha dicho todavía, dale tiempo. Y el miedo por parte de la familia de tu chica tiene que ser mucho mayor.

Maverick ni siquiera respondió. No le quedaban fuerzas.

Mucho después de que Ronnie se marchara, continuaba en el sofá. Simplemente era incapaz de levantarse y meterse en la cama.

No quería pensar en nada, pero la idea volvía una y otra vez a agujonearle el corazón, sembrando incertidumbre.

Era un tipo alegre y las buenas noticias lo hacían feliz,

daba igual de quien vinieran. De modo que solía provocarle cierto asombro comprobar que existían personas incapaces de alegrarse de que a otros la vida le fuera bien. Lo que les había sucedido, sin embargo, era ir mucho más allá del simple no alegrarse. La forma en que habían reaccionado sus familias ante la noticia había sido como un puñetazo en la mandíbula que te ha tumbado antes siquiera de haber visto venir el golpe.

Y así como en el fondo, y a pesar del disgusto, le daba igual lo que todos pensaran y tenía muy claro que seguiría adelante según lo planeado con o sin su acuerdo, le preocupaba de qué manera lo sucedido podía influir en el ánimo de Shea. Su situación era distinta, muy delicada. Su familia no era sólo su familia, sino también sus socios empresariales. ¿Hasta qué punto las desavenencias provocadas por una decisión de tipo personal no acabarían mezclándose con su día a día laboral, convirtiendo su vida en un infierno? Shea tenía muchos frentes abiertos: el imbécil de su ex marido, su hermana aconsejándole que quitara el pie del acelerador, y ahora también su padre y su peregrina idea de instalarse en Londres. Quizás Shea decidiera que lo mejor era dejarlo estar un tiempo. O, incluso, definitivamente.

La cuestión que no dejaba de espolearlo era qué sentiría él si ella, desbordada por la situación, decidía hacer caso a su familia y activaba el freno de emergencia.

Maverick exhaló un suspiro.

Se negaba en redondo a responderse esa pregunta.

Sábado, 22 de mayo de 2010.

Tras una noche dando vueltas sin apenas conciliar el sueño, Maverick inició la nueva jornada con un nudo en el estómago y unas sombras oscuras bajo sus ojos, evidencia del clima tormentoso que había en su interior. Golpeó la puerta de su madre.

—Pasa, Maverick...

Él no se movió del quicio. Era la primera vez, que él recordara, que sentía tanta preocupación por su madre como ganas de matarla. Lo cual resultó evidente cuando habló.

—¿Cómo estás? ¿Puedo irme a trabajar o necesitas que me quede?

No se podía ser más frío y más distante. Madeleine acusó recibo de inmediato. El enfado de su hijo era evidente. El suyo propio tampoco había mejorado. Formas aparte, que reconocía que quizás se hubieran salido un poco de madre, el fondo seguía siendo el mismo: todo aquel asunto era una locura. Él seguía sin verlo y ella era más consciente del nivel de locura cada minuto que pasaba. En otras palabras; madre e hijo tenían un serio problema. Uno que no tenía nada que ver con la salud y que, lamentablemente, no podía arreglarse con medicinas.

—Ve. Estoy bien —repuso—. Ya os dije ayer que solo fue... Bueno, el disgusto, supongo... Pero no te preocupes, hoy

hablaré con mi médico. Ya te contaré lo que me diga.

—¿Quieres que llame a tu trabajo para avisar?

—No, gracias. Ya lo haré yo.

Él asintió.

—Muy bien. Cualquier cosa, me llamas, ¿vale?

—Sí, quédate tranquilo.

Fin de la conversación.

Maverick salió de la casa con la extraña sensación de que su mundo entero se había vuelto del revés.

Entre todos, habían conseguido tocarle la moral^{iv} y ahora, el tipo alegre brillaba por su ausencia.

* * * * *

Maverick había quedado con “los brazos extra para el traslado” a las nueve en la puerta de la nave industrial y al llegar, Ike y Ronnie ya estaban allí. Se apeó del coche con el mismo talante de tipo seguro de sí mismo al que estaban acostumbrados mientras pensaba que no sabía si Shea se presentaría. Le había enviado un mensaje con los detalles, pero no había recibido respuesta. Quizás ella seguía durmiendo el sueño de los drogados con somníferos por familiares al borde de un ataque de nervios. Quizás había reconsiderado la situación y decidido que, tal como le advertían todos, era una auténtica locura y lo suyo era echar marcha atrás. O quizás, a pesar de todo y de todos, lo que sentían el uno por el otro era tan especial y tan intenso como

los dos pensaban, en cuyo caso ella acudiría a la cita y todo continuaría según lo previsto.

No tenía la menor idea de cuál opción era la correcta. La pelota estaba definitivamente en el tejado de Shea y era a ella a quien le correspondía el turno de saque.

Maverick respiró profundamente y se obligó a sonreír. Cruzó la calle y fue al encuentro de sus colegas.

—Hola, tíos. Qué puntuales. Si queréis, podemos ir empezando, ¿no?

—Faltan Mitch y Conor. Dijeron que venían, estarán al caer —informó Ike.

—Qué trabajadores. Mitch no sé, pero Conor tenía otros planes para sus brazos, según me dijo —bromeó Mav.

—Tranquilo que si su chica no lo encadena a la cama, vendrá.

Maverick dio una palmada y, procurando sonar animado, anunció:

—Bueno, vamos a sudar un rato... Voy a hablar con el encargado para que me abra el muelle.

Ronnie siguió a su amigo con la mirada hasta que desapareció en el interior de la nave. A él, desde luego, no habría conseguido engañarlo ni aunque ignorara lo que había sucedido la noche anterior, pero justo era reconocer que jugaba con una enorme ventaja; lo conocía mucho y desde siempre.

En aquel momento, el motero que no tenía pinta de motero se acercó a él, como si fuera a hacerle una confidencia.

—Uf... Qué negro está el día, ¿no?

“No lo sabes tú bien”, pensó Ronnie. Pero se apresuró a quitarle hierro al asunto.

—Qué va. Siempre es así antes del primer café.

* * * * *

La carga, que ya iba rápida con tres pares de brazos, quedó finalizada poco después de que se unieran Conor y Mitch. Cuando subieron la última caja a la furgoneta de Ike, eran las diez pasadas y Maverick sudaba como si estuvieran en el trópico en vez de en pleno Londres. Sudaba de los nervios, no solo por la intensa actividad. Shea no había llamado ni se había presentado, él no tenía las llaves del piso, y en aquel preciso momento una mezcla de desilusión y ansiedad empezaba a adueñarse de él y...

No sabía qué hacer.

Quería desaparecer por una grieta del muro y reaparecer en una realidad paralela donde solo estuvieran Shea y él y que las últimas veinticuatro horas no fueran más que un mal sueño.

Mientras se aseaba un poco en un grifo situado al efecto, oía a sus colegas conversar. Estaban junto a los vehículos, esperándolo. Hablaban de motos, cómo no. Y él estaba allí, de espaldas, frotándose las manos bajo el agua. Agotando los últimos segundos. Cuando regresara junto a ellos, su vida habría cambiado de alguna forma que no acertaba a adivinar. Las certezas que lo habían llevado hasta ese lugar y ese momento parecían decididas a evaporarse, a pesar de todos sus esfuerzos por retenerlas. Y sin ellas, se sentía vacío.

Perdido.

Respiró profundamente y se tomó unos segundos extra buscando algo con lo que secarse. Algo que no encontró. Usó sus vaqueros a modo de toalla y comprendiendo que se le había acabado el tiempo y no le quedaba ninguna otra alternativa, se enfrentó al temido momento.

—Colegas, tenemos un problemita —empezó a decir mientras caminaba hacia ellos—. Me parece que mi chica se ha quedado dormida y es ella quien trae las llaves del piso. ¿Qué os parece si os tomáis un café en aquel bar mientras yo arreglo el tema?

—Sí, por favor. Necesito meterle gasolina a mi sistema —intervino Ronnie, poniéndose en marcha.

—A mí también me vendrá bien reponer fuerzas —dijo Conor. El tono pícaro que utilizó seguido del guiño que le hizo a Ike, puso el necesario momento de distensión.

—Deja de dar envidia, tío. Haz el favor —repuso el tesorero de los *MidWay Riders*, pasándole un brazo por los hombros. Ambos siguieron a Ronnie.

Mitch miró a Maverick un tanto indeciso.

—¿Vienes? —le preguntó.

—Luego voy. Ahora necesito hacer un par de llamadas.

“En realidad, lo que necesito es un milagro”, pensó mientras le indicaba al motero con un gesto que fuera con los demás, que él no tardaría.

El grupo no había recorrido más que unos cuantos metros cuando un monovolumen blanco impecable apareció desde la izquierda y entró en la calle. Maverick lo reconoció al instante y un segundo después de hacerlo, su corazón empezó a latir desafortadamente.

Shea venía al volante, Erin ocupaba el asiento del acompañante. Rostros serios, no conversaban entre ellas. Las

dos llevaban gafas de sol, a pesar de que no había ningún astro del que protegerse. Maverick no podía asegurarlo, pero parecían tensas.

El vehículo pasó frente a él, subió la rampa de acceso a la nave y Shea se apeó. Él se giró de frente a ella por puro impulso. Había unos pocos metros entre ellos que ninguno de los dos hizo el menor intento de reducir. Permanecieron donde estaban unos segundos eternos hasta que Shea se puso las gafas a modo de diadema, descubriendo unos ojos carentes de maquillaje e hinchados por el llanto.

Él se mordió el labio inferior, un gesto involuntario de pesar al comprobar lo mal que ella lo había pasado. Tan mal como él.

Entonces, Shea corrió hacia Maverick y la pareja se fundió en un abrazo.

Durante un rato ninguno fue capaz de articular una sola palabra. Se estrechaban fuerte, aferrándose el uno al otro, como si solo así las cosas empezaran a cobrar sentido, a ponerse en su sitio. Como si solo así sus propias vidas, su mundo particular, pudiera corregir la errática trayectoria y volver a orbitar en torno al sol.

Shea fue la primera en apartarse un poco para poder mirarlo. Tenía tantas cosas que decirle y, al mismo tiempo, era tal su necesidad de perderse en esos ojos hermosos en los que se había visto reflejada desde el primer día. Necesitaba tanto sentir lo que solo sentía estando a su lado... La certeza, la ilusión, la alegría de serlo todo para él y también la imperiosa necesidad de que él supiera que era totalmente correspondido.

Respiró hondo y lo soltó.

—Que les den pomada. Que les den a todos, Mav.

Nosotros, a lo nuestro.

Maverick se echó a reír. Estaba feliz, pletórico. Se sentía el rey del mundo y lo que acaba de oír, le ponía el broche de oro.

—¿Eso es una versión estilo Shea Mitchell de “que les den por culo”?

Ella asintió decidida. Una sonrisa iluminó su rostro especialmente pálido aquella mañana, tornándolo aún más hermoso a ojos de Maverick.

—Estoy de acuerdo, preciosa. No hay peor sordo que quien no quiere oír. Allá ellos.

—Allá ellos —confirmó, ilusionada.

Volvieron a abrazarse fuerte.

—Gracias a Dios que es hoy —susurró Shea con un punto de desesperación, al tiempo que se acurrucaba contra él—. Odié el día de ayer con todas mis fuerzas.

—Y yo... Solo tú sabes cuánto.

Maverick se sentía revivir y la necesidad que siempre tenía de Shea, tras veinticuatro horribles horas sin ella, empezaba a desbordarlo. La besó largamente, con toda el alma. Cuando finalmente se apartó un poco, fue ella quien empezó a besarlo. Y como solía sucederles cuando estaban juntos, una cosa llevó a la otra, y muy pronto se devoraban mutuamente mientras se decían naderías y reían...

Hasta que un claxon sonó, estridente y con insistencia.

—¡A ver, pareja! —exclamó Erin, mirándolos desde el interior del vehículo—. ¿Qué tal si acabáis de morrearos de una vez para que podamos irnos, por favor?

Al primer bocinazo, siguió un segundo, y un tercero y la pareja se volvió para comprobar que se habían convertido en un espectáculo para aquel grupo variopinto de hombres que,

como si estuvieran en la barra del MidWay, los aplaudían y los jaleaban a la voz de “¡que se besen, que se besen!” mientras Erin, dentro del monovolumen, se tronchaba de risa.

—¡Pues yo no pienso hacérmelo repetir! —anunció Maverick, agarrando fuertemente a Shea.

—¡Ni yo! —repuso ella.

Y volvieron a besarse y a reír y a decirse naderías....

Seguidas de más besos y, cómo no, de muchas más risas.

* * * * *

Domingo, 23 de mayo de 2010.

Maverick y Shea llevaban todo el fin de semana montando muebles y trasladando cajas, y aquello empezaba a parecerse a una casa habitable. Ambos habían tenido que atender sus respectivas responsabilidades laborales además de lidiar con los “opositores al régimen”, de modo que no había sido tarea fácil. Nada había cambiado respecto de sus familias; la madre de Maverick continuaba en sus trece y Brennan Mitchell ya había reservado una estancia larga en un apart-hotel, dejando claro que lo de permanecer en Londres no había sido ninguna broma. Lo cual suponía un doble problema para Shea, ya que la estancia de su padre en la ciudad obligaba a Erin a regresar a Dublín para ocuparse de la imprenta, dejándola sin su experimentada ayuda en el

momento que más lo necesitaba.

Sin embargo, estar juntos obraba magia en el ánimo de la pareja que, a pesar de todo, recordaría aquel fin de semana como uno de los mejores de su vida.

Habían trabajado a destajo dentro y fuera de casa, aguantado a base de tentempiés en mitad de un salón desangelado, y reído de pura desesperación ante algún mueble cuyo montaje se les resistía. Por supuesto, también había habido espacio para la intimidad y para compartir un millón de miradas cómplices y carantoñas^V, conscientes del gran momento que estaban viviendo.

Pero había algo que aún no habían hecho; hablar de lo que había sucedido las horas que habían pasado sin contacto. Shea sabía positivamente que él no mencionaría el tema, por lo que la pelota estaba en su tejado, y a pesar de saber que se lo debía, llevaba dos días dándole vueltas a la mejor manera de hacerlo, y seguía sin encontrarla.

—No te me canses ahora, que viene lo mejor —dijo Maverick al ver que ella se desplomaba sobre el sofá como si no tuviera intención de mover un dedo más.

Él estaba desembalando las fotos que había hecho enmarcar, con la misma alegría y la misma energía incombustible de que solía hacer gala. ¿Cómo lo lograba? Ella estaba exhausta.

—No es de ahora, llevo muerta desde el jueves por la noche.

—Pues que sepas que muerta sigues estando buenísima —fue la respuesta masculina tras un exhaustivo repaso.

Shea tuvo que echarse a reír. No tenía claro cómo era la

sensación de eso que los hombres llamaban “estar buenísima”, pero aquel día en particular no pasaba ni siquiera su propio filtro de calidad; había amanecido con la noticia de que el enorme disgusto que se había llevado le había adelantado cuatro días el ciclo. Ni siquiera un maquillaje completo conseguía ocultar del todo los estragos.

Maverick dejó lo que estaba haciendo y fue hacia el sofá. Se agachó frente a ella, mirándola con una de esas miradas que le desnudaban el alma.

—¿Qué pasa, nena?

Ella sacudió la cabeza ligeramente al volver a comprobar que era imposible ocultarle nada. La conocía demasiado bien. Lo cual añadía aún más ironía a la frase lapidaria de su padre: “¿Cómo esperas que no piense que has perdido la cabeza? Te lías con un perfecto desconocido apenas dos meses después de divorciarte del que según tú era el hombre de tu vida y no contenta con eso, cuatro meses más tarde te vas a vivir con él”. Perfecto desconocido, ya.

—Dímelo, preciosa —insistió—. Lo que sea, dímelo.

La angustia que acompañaba a sus ciclos ya estaba allí, cerrándole la garganta, antes de haber pronunciado la temida palabra.

—Dudé. —Inspiró profundamente en un intento de recuperarse. La emoción había conseguido llegar hasta sus ojos, que se volvieron brillantes, y no estaba dispuesta a permitirle que pasara de ahí. Él intentó abrazarla, pero ella lo detuvo con un gesto de la mano y volvió a decirlo—: Dudé. Esperaba el apoyo de Erin y no lo tuve. Y lo que sí tuve fue a mi ex marido soltándome el cubo de agua helada de que se ha buscado un trabajo en Londres porque está decidido a recuperarme. Y a mi padre, claro, cómo no, llamándome de

todo menos bonita, y dándome el golpe de gracia con su decisión de quedarse aquí... De pronto, me ví cercada y sin fuerzas... Y dudé de si quizás no sería mejor rebajar la marcha y dejar que las cosas se calmaran un poco... —Una lágrima traidora consiguió evitar su férreo bloqueo y se la secó con el puño del jersey en un gesto cargado de impotencia que a Maverick le derritió el corazón—. Así que ahora, además de rabia, siento vergüenza. No te lo mereces. No te mereces las descalificaciones de mi padre, ni la desconfianza de Erin ni nada de todo lo que has tenido que aguantar...

La mirada de Shea, que mientras hablaba se había mantenido en un punto indeterminado de la pared que tenía enfrente, regresó a Maverick cargada de remordimiento y se encontró con un baño de dulzura.

—¿Me dejas que te abrace ahora? —pidió él suavemente.

Pero no esperó respuesta. La rodeó con sus brazos y la estrechó muy fuerte.

—Ay, Mav, lo siento...

—No dudabas de mí o de ti, Shea. Dudabas del momento y de las mareas que levanta nuestra velocidad de movimientos. Ronnie tiene razón; vamos muy rápido y eso asusta a todo el mundo. —Buscó su mirada. —Pero no voy a mentirte; me habría gustado saber lo de tu ex... ¿Por qué no me dijiste que llevaba semanas molestándote?

—No creí que él pudiera llevar las cosas tan lejos... Es que si lo piensas, no tiene ningún sentido... Para mí ya era un asunto concluido en el momento en el que presenté la demanda de divorcio. Conmigo no hay vuelta atrás; si quiebras mi confianza, se acabó, y él lo sabe. Así que no entiendo lo que le pasa, pero me da igual. No lo quiero a

menos de un kilómetro de mí y será por las buenas o por las malas. Si quiere más guerra, vive Dios que la tendrá.

Maverick asintió.

—Sigues sin responder a mi pregunta —le dijo con ternura. Sus ojos se tornaron pícaros cuando añadió—: ¿Tenías miedo de que me pusiera celoso?

Shea se ruborizó en un instante. Al siguiente, una ligera sonrisa entre pícara y avergonzada apareció en su rostro.

—¿No fue así? Amenazaste con arrancarle los dientes... —y acabó riéndose al recordar su propio asombro ante aquel Maverick sacado de sus casillas.

—Una jugada maestra —admitió él, con cierta incomodidad pero sin dejar de reír—. Supongo que pensé que si mis puños no lo disuadían, seguro que la factura del dentista, sí. ¿Te lo imaginas? ¡Seguir dando por culo le habría salido una pasta!

Los dos rieron durante un rato. A medida que la tensión provocada por lo vivido aquel viernes funesto iba disolviéndose, podían apreciar lo hilarante, e incluso, lo ridículamente increíble de la situación, y tomarlo con humor. Además, ninguno perdía de vista que continuar juntos y estar tan bien después de enfrentarse a la incompreensión y al miedo, los había fortalecido.

—Ahora eres tú quien no ha respondido a mi pregunta —apuntó Shea, dedicándole una mirada tierna.

Él bajó la cabeza, escondiendo su sonrisa.

Cada vez que el recuerdo de su reacción regresaba, intentaba consolarse pensando que la razón tenía que ver con su idea de cómo un hombre debía tratar a una mujer. Había aprendido a odiar esa brusquedad de la que algunos especímenes de su mismo sexo hacían gala, siendo niño, en su

propia casa. Había sido gracias a su padre y la forma en que él se dirigía a Madeleine cuando ella mostraba su desacuerdo con algo que él deseaba o proponía. Y era cierto que detestaba esas formas, daba igual quién fuera el hombre en cuestión, pero en este caso no había sido esa la única razón.

—Me confieso culpable —reconoció. Ella le acarició el rostro, un gesto cargado de ternura que lo hizo sonreír aún más incómodo de lo que ya se sentía—. No eran celos en el sentido de pensar que ese gilipollas tuviera otra oportunidad contigo o que lo que sentías por él renaciera o, bueno, todas esas cosas que se dicen siempre... Fue *-es-* celo por obligarlo a tratarte con respeto, por protegerte de alguien que no te merece, por impedirle que vuelva a hacerte daño.... No está mal que lo sienta, eso no lo lamento, pero estuvo fatal que interviniera. No debió pasar.

—Y yo debí decirte desde el principio lo de sus mensajes y sus llamadas, Mav. No por él, que sinceramente me importa un pimiento, sino por ti, por lo nuestro... No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Ni yo. Lo que sea, podemos hablarlo y resolverlo juntos, ¿vale, princesa?

Shea asintió varias veces con la cabeza y la pareja selló el acuerdo con un beso.

—Y hablando de cosas a resolver juntos —continuó él—, tengo dos propuestas, a ver qué te parecen.

—¿Dos? Madre mía, no sabes cómo envidio tu energía... ¿No me das un poquito?

—Toda la que quieras —repuso él y volvió a plantarle un beso de película tras el cual, preguntó—: ¿Mejor?

Los dos volvieron a reír.

—Mucho mejor. Aunque hablaba de tu energía, no de

tus besos, pero oye, no me voy a hacer la difícil...

Maverick se sentó en el sofá, hizo que ella ocupara el trozo de asiento que había entre sus piernas y la rodeó con sus brazos desde atrás.

—Esto está mínimamente habitable, y si nos trasladamos ya en vez del finde que viene, los dos ahorraremos tiempo en ir y venir del trabajo, que podemos aprovechar para acabar de poner el piso en condiciones.

Los dos sonrieron cuando Shea giró la cabeza para mirarlo, y la picardía que brillaba en sus ojos se ocupó de recordarle que cada vez que tenían tiempo libre lo dedicaban a otros menesteres.

—Vale, me has pillado —reconoció el barman—. Me muero por empezar nuestra vida juntos. Y tú también, ¿por qué esperar? Hoy dormimos aquí...

—¿Has visto que el dormitorio está lleno de cosas a medio montar? —lo interrumpió Shea.

—Cierto. Pero el sofá está perfecto —dijo, dando golpecitos sobre el asiento— y es graaaaaande y cóooooomodo... ¡Venga, estrenémoslo hoy! Y mañana...

—No tenemos sábanas ni mantas —apuntó ella con picardía.

—Pero tenemos un estupendo nórdico recién comprado con esa funda genial que hemos elegido entre los dos —repuso Maverick, todo ánimo y alegría, logrando que ella se echara a reír, circunstancia que aprovechó para continuar defendiendo su idea—. Dormimos aquí y mañana nos levantamos más temprano, vamos a tu piso a recoger las cosas que necesites para la semana, y el finde rematamos lo que nos quede por hacer. ¿Qué te parece?

Vaya pregunta, pensó Shea. ¿Qué le iba a parecer?

Suponiendo que tuviera la fuerza de voluntad necesaria para negarse a semejante propuesta, ¿quién podía resistirse a esa sonrisa imposible? Ella, desde luego, no.

—Moción aprobada —repuso, risueña.

—¡Genial! Entonces, vamos con el siguiente tema... Cuando acabemos de poner el piso a nuestro gusto, propongo bautizarlo. Buena comida y buena música en buena compañía. Ya sabes, familia, amigos... No digo que tanto como un fiestón, porque tampoco es plan de que nos echen tan pronto del edificio, pero la ocasión se merece una buena celebración. ¿Qué me dices?

Shea se removió incómoda.

—¿Y ponerte al alcance de mi padre para que te acribille delante de todo el mundo? —Negó con la cabeza, decidida—. Creo que no. No me fío de él.

Maverick tiró de ella para que volviera a su posición original.

—No va a pasar nada, princesa —susurró en su oído—. No somos enemigos, no hay ninguna guerra. Tu familia y la mía reaccionaron mal, nada más. En cuanto vean lo bien que estamos se calmarán, y la forma de que lo vean es dejar que sean parte de nuestra vida con normalidad.

Shea volvió a incorporarse. Era como si tuviera hormigas por el cuerpo.

—Tu madre, no sé, pero el señor Brennan va a necesitar mucho más que un mes o dos para dejar de subirse por las paredes. ¿Cuánto le llevará mirarte con cariño? Eso es un misterio. No sé, Mav... Ya están bastante mal las cosas entre él y yo, y como se le ocurra hacer un comentario que no me guste...

Maverick se puso de pie y fue a su encuentro. Ella había

llegado junto a la puerta sin darse cuenta.

—Calma, preciosa, calma. No vamos a hacer nada que no quieras hacer, pero mira... —la tomó de la mano y suavemente la condujo de nuevo al sofá donde volvieron a sentarse—. Según los tópicos sociales tu estrella y la mía no podrían haberse cruzado ni en un millón de años. Ya no hablemos de enamorarnos o de tener un nivel de compenetración que la mayoría de las parejas no consigue jamás. Pero aquí estamos; yo soy el hombre que te ha devuelto la ilusión y tú, la mujer que ha puesto en mi cabeza pensamientos, deseos, certezas que nunca antes había tenido. Me pediste que viviéramos juntos y dije que sí. Sin dudarlo ni un segundo. ¿Sabes por qué?

Shea ya estaba derritiéndose de amor sin necesidad de declaraciones apasionadas ni verdades arrasadoras. La intensidad de Maverick siempre había hecho estragos en ella. Permaneció en silencio, mirándolo.

—Porque siempre diré sí a todo lo que venga de ti. Y por todo, quiero decir todo. Quiero una vida contigo, sábados en Ikea, fines de semana en Menorca o donde el viento nos lleve... *Hijos* que, a ser posible, se parezcan a ti y que cuando los mire, me recuerden la suerte que tengo de ser parte de esto, que hoy solamente creemos tú y yo. —Esbozó una sonrisa—. Porque para el resto del mundo no es más que un tópico y los dos estamos locos de atar...

Maverick hizo una pausa en la que siguió mirándola con expresión de hombre realizado. Le apartó suavemente un mechón de cabello de la frente antes de continuar.

—Pero también quiero todos los momentos que hay entre medias, Shea. Incluidos esos en los que, de buena gana, tú matarías a tu familia y yo a la mía... Porque quizás nosotros

y lo que tenemos sea su última esperanza de creer que esto es real, no un tópico, y que también puede ser real para ellos, ¿entiendes?

Desde la discusión del viernes, su padre y ella apenas se habían dirigido la palabra. Él continuaba en el hotel, guardando cama, con una gripe que se había agravado gracias a su inconsciencia de viajar a Londres para intentar controlar lo incontrolable. Y ella, a pesar de haber ido a visitarlo, seguía sintiendo la misma rabia cada vez que lo miraba. Incluso con Erin le costaba ser la de siempre. Y de más estaba decir que gracias a la situación que tenía en casa, no le habían quedado ni tiempo ni fuerzas para dedicarle muchos pensamientos a la madre de Maverick. Él, en cambio, tenía tiempo y energía para todos. Los reveses de la vida no parecían tener el mismo efecto que en el resto del mundo. No disminuían su motivación ni su confianza, mucho menos su ilusión. No lo hacían más reticente a abrirse a los demás. A pesar de todos y de todo, Maverick seguía siendo Maverick, el mismo hombre generoso, siempre dispuesto a echar una mano, a brindarse a otros, a compartir...

Shea exhaló el aire en un largo suspiro.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo logras ser así? Tan increíble, tan alucinante... Tan... Tan... —Negó con la cabeza, un gesto de impotencia, cuando la palabra adecuada no acudió a su mente. Él notó la profunda emoción que había en sus ojos.

—¿Genial? —propuso con su gran sonrisa seductora, en un intento de evitar que la emoción se convirtiera en llanto.

Ella le echó los brazos alrededor del cuello y durante unos instantes ninguno dijo nada. Pero como siempre que estaban tan próximos...

—Mmm... —murmuró él empujándola suavemente

hasta que quedó tendida sobre el sofá—. Qué ganas de quitarte la ropa muy despacio y darme un festín de ti...

Shea se dejó abrazar y acariciar porque era lo que le pedía el alma, más que el cuerpo. Su cuerpo, en realidad, estaba en franca decaída. Y precisamente porque era así, debía poner fin a aquel momento. Tomó el rostro de Maverick entre sus manos, forzándolo a que dejara de deleitarse en ella y la mirara.

—¿Qué? —dijo él, pero pronto volvió a la carga. Hundió la nariz en el hueco del cuello y aspiró hondo—. Dios, qué bien hueles siempre...

—Mav... —Volvió a arreglárselas para que él dejara de enloquecerla con sus caricias y le prestara atención.

Él obedeció, sus ojos recorrieron el rostro femenino destilando admiración, amor, agradecimiento. Al fin, enfocaron en sus ojos y el mensaje que halló en ellos le resultó sumamente familiar y sumamente claro.

—Hay bandera roja —dijo. Shea asintió suavemente con la cabeza. Una sonrisa apareció en el rostro masculino, que se fue volviendo pícara a medida que la idea tomaba forma en su cabeza—. Y digo yo, ¿habrá alguna posibilidad de...

—Ninguna —afirmó ella, interrumpiéndolo para dejar claro que la respuesta era no.

—¿Y de...

—Tampoco —fue la taxativa respuesta de Shea.

—Pero sin...

—Ni sin ni con, no.

—Venga ya, preciosa... ¿Nunca, en serio? No me lo creo.

—¿Ah, no?

—Seguro que puedo hacer algo con tus momentos de “prohibido el paso a toda persona ajena a las instalaciones”...

—Y los dos se echaron a reír.

La conversación se reanudó después de unas buenas carcajadas a cuenta de las salidas ocurrentes de Maverick que a Shea la hacían desternillar.

—Yo no he dicho “nunca”. Solo he dicho “no”.

Él reptó sobre ella bajo su atenta mirada, procurando no apretar las partes doloridas de su cuerpo. Lo hizo de forma lenta, insinuándose. Aún vestido de pies a cabeza, conseguía que ella sintiera como si estuvieran piel contra piel.

—Mav...

—Relájate, nena. Solo digo que... —buscó su mirada—. ¿No has pensado que quizás deberías probarme en vez de ponerte hasta arriba de analgésicos? —y rió bajito al ver que sus mejillas empezaban a colorearse.

No tenía la menor duda de que Maverick era mejor que el *Nurofen*; el remedio perfecto para los 365 días del año. La cuestión no era esa. Shea apartó la mirada, pero él tomó su barbilla y usándola a modo de timón, hizo que volviera a mirarlo.

—Te adoro y lo que tú decidas, va a misa. Cuando sea que lo decidas. —La empujó suavemente para que se colocara de lado, él adoptó la misma postura—. No hay prisa, porque, ¿sabes? Tenemos *tooooooda* la vida.

Shea se apretó contra él. Sentía su mano sobre el vientre. El reconfortante calor que desprendía le aliviaba el dolor, y estar entre sus brazos le proporcionaba alivio a otra clase de malestar, propio de esos días, que no era físico y que solo las mujeres podían entender. No había un lugar en el mundo mejor para ella que donde estaba, y tomar conciencia de que tenía tanto tiempo por delante para disfrutarlo fue liberador.

—Qué maravilla —murmuró—. Me parece increíble...

Maverick exhaló un suspiro que a Shea le habló de ilusión y de un millón de sueños compartidos.

—Pero es real, preciosa, *esto es real* —afirmó—. Tú. Yo. Y *toooda* la vida para estar juntos.

<<<<>>>>

¡Gracias por leerme!

Espero que hayas disfrutado junto a Shea y Maverick, y que su historia te haya dejado buen sabor de boca. Si es así, te agradecería mucho que compartieras tu valoración en la plataforma donde lo hayas adquirido. No te tomará más de un par de minutos y con tu opinión contribuirás a que otras lectoras como tú se animen a darle una oportunidad a estos momentos especialísimos de una pareja tan singular. Para que te resulte más cómodo, aquí te dejo el enlace directo. ¡Gracias anticipadas!

Pincha aquí para dejar tu comentario.

<<<<>>>>

Tengo un regalo para ti...

¿Te gustaría saber qué tal fue el bautismo del piso de Shea y Maverick? Seguro que sí. ¿Cómo no iba a permitirte que

vivieras ese día que a ella la pone tan nerviosa y a él le hace tanta ilusión? Pincha el siguiente enlace (o escribe la dirección en la ventana de tu navegador) ¡y buena lectura!

jeraromance.com/MP3EXTRA

Sobre Patricia Sutherland

Su estreno oficial en el mundo romántico español tuvo lugar en abril de 2011, de la mano de *Princesa*, una novela que aborda el controvertido asunto de la diferencia de edad en la pareja, y que ha enamorado a las lectoras. Han sido sus apasionadas recomendaciones y su permanente apoyo, las que han convertido a *Princesa* en un éxito.

En noviembre de 2012, *Princesa* obtuvo el I Premio Pasión por la Novela Romántica. En dicho mes, asimismo, fue nominada en tres categorías, Mejor Novela, Mejor Autora Chicklit y Mejor Portada en el marco de los I Premios Chicklit España.

Un año más tarde, en noviembre de 2013, salió *Harley R.*, la segunda entrega de la Serie Moteros de la que *Princesa* es ahora el primer libro, una novela sobre el amor después del desamor y las segundas oportunidades. En febrero de 2014, *Harley R.* resultó ganadora del II Premio Pasión por la Novela Romántica y más tarde fue nominada al Premio Rosas Romántica'S 2013 y a los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2013. Posteriormente, en abril de 2015, salió *Harley R. Entre-Historias*, un apasionado "spinoff" de *Harley R.*, en diciembre de ese mismo año, lo hizo Lola, la tercera entrega de la Serie Moteros y en junio de 2016, le llegó el turno a *Lola Entre-Historias*.

El último mejor lugar, la única novela independiente que la autora ha publicado hasta el momento, vio la luz en septiembre de 2016 y poco después lo hicieron sus SECUENCIAS NUEVAS, que continúan publicadas en su web

desde entonces y ahora también están disponibles en todas las plataformas, tanto en ebook como en versión impresa.

Su último trabajo publicado son las tres temporadas de *Los moteros del MidWay*, una serie de ficción romántica que relata las historias de los personajes secundarios más importantes de la Serie Moteros.

También es autora de la serie romántica Sintonías, compuesta por *Volveré a ti* (2014) *Bombón* (2007), *Primer amor* (2007), *Amigos del alma* (2008) y *Simplemente perfecto* (2014) que quedó segunda finalista de los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2014.

Patricia Sutherland nació en Buenos Aires, Argentina, pero está radicada en España desde 1982.

Página oficial:

Jera Romance

www.jeraromance.com

Notas

- i. Coser y cantar: expresión que se utiliza para decir que algo es muy fácil.
- ii. Gayumbos: calzoncillos.
- iii. Echar balones fuera: expresión que se utiliza para indicar que alguien está intentando esquivar una situación, respondiendo con evasivas.
- iv. Tocar la moral: enfadar, fastidiar.
- v. Carantoña: (coloq.) Caricia, palabra o gesto afectuoso que se hace a una persona, a veces con la intención de conseguir algo de ella.